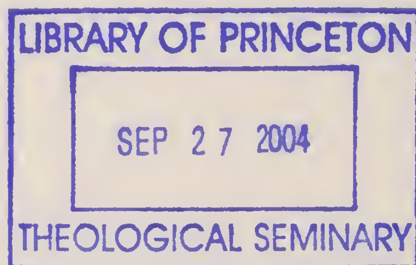


Hacia Cristo con María y como María

(Ecuador)



IV CONGRESO NACIONAL MARIANO DEL ECUADOR

Quito, 7 - 10 de junio de 1988

BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

[1095]

AÑO CXV NUMERO ESPECIAL: MAYO, JUNIO, JULIO, AGOSTO DE 1988

EDITORIAL Pág.

DIRECTOR:
Rmo. Sr.
Héctor Soria S.
Teléf. 210-703
Apartado 106

ADMINISTRADORA:
Hna. Regina Córdova
Teléf. 214-429

IMPRENTA PROAÑO
Venezuela 1681
Teléf. 217-697

Suscripción Anual
dentro del país.
S/. 1.000 oo
fuera del país
US$ 40,oo

para las parroquias
de la Arquidiócesis
S/. 600,oo

SE ACEPtAN CANJES

BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO CXV NUMERO ESPECIAL: MAYO, JUNIO, JULIO, AGOSTO DE 1988

E D I T O R I A L

IV CONGRESO NACIONAL MARIANO DEL ECUADOR

Enmarcado en la celebración de la Novena al Sagrado Corazón de Jesús, que precedió a la solemne e impresionante ceremonia de la consagración e inauguración de la Basílica del Voto Nacional, celebrada el domingo 12 de junio de 1988, se llevó a cabo, en el auditorio "Matovelle" de la ciudad de Quito, el IV Congreso Nacional del Ecuador.

Dada la devoción mariana que caracteriza al pueblo católico del Ecuador, ya se habían celebrado en nuestra Patria tres Congresos marianos: el primero en Quito, en tiempos del Arzobispo Pólit Lasso, el segundo se celebró también en Quito en el año de 1976, con ocasión de la inauguración del monumento erigido en la cima del Panecillo en honor de la Virgen de Quito; el tercer Congreso Nacional Mariano se llevó a cabo en Guayaquil, en 1978, con la presencia del señor Cardenal Ratzinger, entonces Arzobispo de Munich. En este año mariano se ha celebrado el IV Congreso Nacional Mariano en la ciudad de Quito, para ahondar y reflexionar en la doctrina expuesta por su Santidad el Papa Juan Pablo II en su carta encíclica "Redemptoris Mater". El segundo Congreso Mariano se propuso, de manera semejante, estudiar más a fondo el contenido doctrinal de otro documento mariano muy importante, la exhortación apostólica "Marialis Cultus" del Papa Pablo VI.

Varios hechos y circunstancias nos llevaron a la celebración de un Congreso Nacional Mariano en el Ecuador. La primera circunstancia fue la de hallarnos celebrando un "Año Mariano internacional". Era no sólo conveniente, sino necesario realizar algo importante y sólido para dar relieve y solemnidad a la celebración del "Año Mariano" en el Ecuador y este acontecimiento importante fue el Congreso Mariano.

La otra circunstancia que nos llevó a la celebración del "Congreso Nacional Mariano" fue el hecho de que en este año se está celebrando el cuadringentésimo aniversario de la existencia de la venerada imagen de la Santísima Virgen de la Presentación de El Quinche. En efecto Diego de Robles, hacia 1588, hizo otra imagen de la Santísima Virgen María, idéntica a la de Guápulo, que había confeccionado cuatro años antes. El artista toledano confeccionó esta imagen por contrato con los indios de Lumbisí, los que no habiendo quedado satisfechos del artista, éste fue a cambiar la imagen por madera con los indios de Oyacachi. Por disposición del Obispo de Quito, Fr. Luis López de Solís, la bella imagen fue trasladada a la población de El Quinche, en donde se venera hasta ahora en un magnífico santuario, que tiene el carácter de santuario nacional.

Por celebrarse el Congreso Mariano para solemnizar los 400 años de existencia de la imagen de la Santísima Virgen de El Quinche, la preciosa imagen fue trasladada a Quito, a la Basílica del Voto Nacional, para que fuese también madrina de la consagración de este templo votivo que el Ecuador ha construido en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

El lema del Congreso Mariano nacional fue el siguiente: "Hacia Cristo con María y como María", porque con este Congreso se pretendió preparar al pueblo ecuatoriano, con María y como María, al encuentro con Cristo en la consagración de la Basílica del Voto Nacional y en el V Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador, que se celebrará en Guayaquil en noviembre de este año.

Por disposición de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, el Congreso Mariano fue nacional, por eso tanto los ponentes como los participantes en el Congreso representaron a las diversas diócesis del Ecuador.

Cuatro grandes temas marianos, extraídos de la encíclica "Redemptoris Mater, fueron objeto de estudio y reflexión en los cuatro días del Congreso, que se celebró desde el martes 7 hasta el viernes 10 de junio de 1988. Estos temas fueron los siguientes: "María llena de gracia", "María, feliz porque ha creído", "El Magnificat de María" y la "Mediación de María". Estos temas fueron desarrollados bajo el aspecto teológico, ascético, eclesiológico y social por los expositores, algunos de los cuales eran miembros de la Academia Nacional Mariana o, en esta oportunidad, fueron agregados a ella en mérito de la ponencia que desarrollaron.

Bajo el tema "María llena de gracia" se estudiaron los importantes puntos referentes a la justificación y el pecado original, al crecimiento en la gracia, a la santidad de la Iglesia y la comunión de los santos y a las

exigencias de la santidad en el plano social: justicia y caridad. El tema "María, feliz porque ha creído" se explanó con desarrollos sobre la fe y la revelación, las fuentes de la revelación y el magisterio eclesiástico; las exigencias de la fe en la vida espiritual; el ecumenismo y la defensa de la fe ante el avance de las sectas y la fe inspiradora de la convivencia internacional de la paz y de la solidaridad entre los pueblos. En el tema "El Magnificat de María" se desarrollaron los siguientes aspectos doctrinales: la Providencia y la libertad del hombre; la humildad y confianza en Dios frente a la soberbia de la vida; la Iglesia frente a la persecución contemporánea. En busca de la unidad; la opción preferencial por los pobres y las obras de misericordia. Bajo el tema "La Mediación de María se desarrollaron los siguientes puntos doctrinales. Sentido escatológico María nos lleva a la salvación; la verdadera devoción a María y Mirar a María y mirar a los hermanos, fundamento de la hermandad.

Todos los temas fueron desarrollados con gran competencia y brillantez por los ponentes, de manera que los congresistas, que llegaron a ser al rededor de trecientos, se sintieron inmersos en un ambiente de fervor, de entusiasmo y de intensa satisfacción espiritual.

Después de las exposiciones, se organizaron varios grupos para ahondar con la reflexión y el diálogo el contenido doctrinal de las exposiciones y buscar sus aplicaciones pastorales para el fomento y mejor orientación de la piedad y devoción mariana de nuestro pueblo. En un plenario que se realizaba al fin del día se ponía en común el fruto de la reflexión de los grupos.

IV CONGRESO NACIONAL MARIANO

INAUGURACION

Excmo. Mons. Antonio J. González Z.,
Arzobispo de Quito
Presidente de la C.E.E.

Estimados hermanos miembros de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, delegados de las diócesis y circunscripciones eclesiásticas del Ecuador, participantes en este Congreso Mariano Nacional.

Su Santidad el Papa Juan Pablo II nos convocó a los católicos del mundo a celebrar, con especial fervor y devoción, el "Año Mariano" internacional en el que nos hallamos. con su Carta Encíclica "Redemptoris Mater", del 25 de marzo de 1987.

Este "Año Mariano" comenzó en la solemnidad de Pentecostés, el 7 de junio de 1987, hace exactamente un año. Con la iniciación del "Año Mariano" en Pentecostés, se trató de recordar no sólo que María ha precedido la entrada de Cristo el Señor en la historia de la humanidad, sino de subrayar que, desde el cumplimiento del misterio de la Encarnación, la historia de la humanidad ha entrado en la "plenitud de los tiempos" y que la Iglesia es signo de esta plenitud. Como pueblo de Dios, la Iglesia realiza su peregrinación hacia la eternidad mediante la fe, en medio de todos los pueblos y naciones, desde el día de Pentecostés. La Madre de Cristo, que estuvo presente en el comienzo del "tiempo de la Iglesia", cuando a la espera del Espíritu Santo oraba asiduamente con los Apóstoles y los discípulos de su Hijo, "precede" constantemente a la Iglesia en este camino a través de la historia de la humanidad.

Este "Año de María" se clausurará en la solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos, para resaltar así "la señal grandiosa en el cielo", de la que habla el Apocalipsis. De este modo se cumple aquel pensamiento del Concilio Vaticano II, según el cual la Iglesia mira a María como a un "signo de esperanza segura y de consuelo para el pueblo de Dios peregrinante.

La celebración del "Año Mariano" tuvo una ocasión u oportunidad y, según la intención del Papa, tiene una clara finalidad.

Ocasión del "Año Mariano"

La perspectiva del año dos mil, ya cercano, nos hace pensar en la celebración del Jubileo bimilenario del nacimiento de Jesucristo, el Salvador. En estos últimos años, se han alzado voces hasta la Santa Sede, para exponer la oportunidad de hacer preceder el jubileo del año dos mil por un análogo Jubileo, dedicado a la celebración del nacimiento de María.

Por tanto, la ocasión u oportunidad para la proclamación de este "Año Mariano" ha sido la celebración, con un año jubilar, del nacimiento de María en este tiempo que precede al Jubileo bimilenario del nacimiento del Redentor.

El Papa nos explica que "aunque no sea posible establecer un preciso punto cronológico para fijar la fecha del nacimiento de María, es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que María apareció antes de Cristo en el horizonte de la historia de la salvación. Es un hecho que, mientras se acercaba definitivamente la "plenitud de los tiempos", o sea, el acontecimiento salvífico del nacimiento del Emmanuel, la que había sido destinada desde la eternidad para ser su Madre ya existía en la tierra... Por consiguiente, si los años que se acercan a la conclusión del segundo milenio después de Cristo y al comienzo del tercero se refieren a aquella antigua espera histórica del Salvador, es plenamente comprensible que en este período deseemos dirigirnos de modo particular a la que, en la "noche" de la espera de Adviento, comenzó a resplandecer como una verdadera "Estrella de la mañana" (Stella matutina). En efecto, igual que esta estrella junto con la "aurora" precede a la salida del sol, así María desde su concepción inmaculada ha precedido la venida del Salvador, la salida del "Sol de justicia" en la historia del género humano. (Cfr. R.M. 3).

Finalidad del "Año Mariano"

Al convocar al mundo católico a la celebración de este "Año Mariano", su Santidad el Papa Juan Pablo II se propuso un objetivo, una finalidad importante. Esta finalidad es la de poner de relieve la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia, especialmente durante estos últimos años anteriores al dos mil.

Para poner de relieve esta presencia singular de María en la historia, Juan Pablo II ha juzgado necesario profundizar en la doctrina mariológica que nos proporcionó el Concilio Vaticano II. El Vaticano II nos presenta a la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia. También el Papa nos presenta a María, en el desarrollo de su Carta Encíclica, en el misterio de Cristo, luego en el centro de la Iglesia peregrina y, por último, en su mediación materna en la vida de la Iglesia y de cada cristiano.

Por tanto la finalidad que se ha propuesto el Papa con la convocación a la celebración del "Año Mariano" y con la promulgación de su carta encíclica "Redemptoris Mater" ha sido la de profundizar y explanar la doctrina que el Concilio Vaticano II nos dio acerca de la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina, a fin de que sobre el sólido fundamento de una fe ilustrada se intensifique y se oriente adecuadamente la piedad y devoción mariana del Pueblo de Dios.

El IV Congreso Nacional Mariano del Ecuador

El Comité central, establecido en Roma por el Papa Juan Pablo II, para promover la celebración del Año Mariano, ha dirigido varias cartas, en las que ha dado orientaciones e indicaciones prácticas para la celebración del "Año Mariano". En la primera de esas circulares mencionó expresamente que una forma muy conveniente de dar solemnidad al "Año Mariano" sería la celebración de reuniones de estudio o de "Congresos marianos", sea diocesanos, sea, nacionales, sea regionales.

Acabamos de celebrar en Lima el V Congreso Eucarístico de los países bolivarianos. A este Congreso Eucarístico se le dio también el carácter de "Mariano" por encontrarnos en el "Año Mariano". En el Ecuador se han celebrado ya varios congresos marianos. El segundo de éstos se celebró en Quito en el año de 1976, cuando inauguramos el monumento a la Virgen de Quito, erigido en la cima del Panecillo. El tercer Congreso Mariano se celebró en Guayaquil, en 1978, con la presencia del señor Cardenal Joseph Razinger, entonces Arzobispo de Munich y actualmente Prefecto para la Sgda. Congregación para la Doctrina de la Fe.

En el segundo Congreso Nacional Mariano de 1976 nos propusimos la finalidad de estudiar el valioso contenido de un importante documento mariano que publicó el Papa Pablo VI, la Exhortación apostólica "Marialis Cultus", para deducir conclusiones pastorales de renovación y actualización del culto y de la devoción que nuestro pueblo profesa a la Sma. Virgen María.

Actualmente la celebración del "Año Mariano internacional" nos ha proporcionado la ocasión para celebrar este "IV Congreso Nacional Mariano del Ecuador". En la línea del II Congreso Nacional Mariano del año 1976, en éste nos proponemos, como el más importante objetivo específico, "Ahondar y difundir el conocimiento y la vivencia de la Encíclica "Redemptoris Mater" = "La Madre del Rendentor" de su Santidad el Papa Juan Pablo II, a nivel individual, familiar y social.

Como consecuencia del estudio y reflexión del contenido doctrinal de la "Redemptoris Mater", esperamos también intensificar, orientar y renovar el culto y la devoción a la Sma. Virgen María, que caracteriza al pueblo ecuatoriano. Por lo mismo nos proponemos "promover un culto más auténtico y comprometido a la Madre de Dios y Madre nuestra, que nos una más a Cristo y lograr de nuestras Iglesias particulares un mayor compromiso de justicia y de caridad, a ejemplo de María, hacia nuestros hermanos más necesitados.

Hay también algunas circunstancias coyunturales que le dan una oportunidad especial a la celebración de este Congreso Mariano. Una de ellas es el hecho de que estamos celebrando los 400 años del culto que el pueblo ecuatoriano ha tributado a la veneranda imagen de "Nuestra Señora de la presentación de El Quinche", obra preciosa del escultor toledano Diego de Robles. Con este Congreso Mariano queremos rendir un especial homenaje a la Santísima Virgen María, en su advocación de "Nuestra Señora de El Quinche", que tan hondamente ha calado en el corazón del pueblo ecuatoriano.

La auténtica devoción a la Bienaventurada Virgen María nos lleva a Jesucristo y por Jesucristo al Padre. Por esto se ha adoptado para este IV Congreso Nacional Mariano el siguiente lema: "Hacia Cristo con María y como María".

Este lema se realiza plenamente, cuando con este Congreso Mariano queremos preparar al pueblo ecuatoriano, con María y como María, al encuentro con Cristo en la Consagración o dedicación de la Basílica del Voto

Nacional, que perenniza la consagración del Ecuador al Divino Corazón de Jesús. Por esta circunstancia coincide este Congreso Mariano con la celebración de la novena en honor del Sagrado Corazón, con la que nos preparamos a la dedicación de la Basílica, acto que se celebrará el próximo domingo, 12 del corriente mes de junio. La presencia espiritual de la Santísima Virgen María en la ceremonia de la consagración o dedicación de la Basílica se hace sensible con la presencia física de la portentosa Imagen de la Santísima Virgen de El Quinche, Madrina de la consagración de la Basílica del Voto Nacional.

María nos lleva a Jesucristo, porque con este Congreso Mariano nos preparamos también a la celebración del V Congreso Eucarístico Nacional, que se celebrará en Guayaquil el mes de noviembre.

Tema de estudio del Congreso Mariano Nacional

Puesto que nos proponemos ahondar y difundir el conocimiento y la vivencia del contenido doctrinal de la Encíclica "Madre del Redentor", se han extractado de dicha Encíclica cuatro grandes temas, que van a ser objeto de nuestro estudio y reflexión en estos cuatro días del Congreso Mariano. Esos temas son los siguientes: 1.– "María, llena de gracia", para ahondar en la prerrogativa de la plenitud de gracia con que fue colmada la Santísima Virgen María desde el primer instante de su concepción inmaculada y su preservación del pecado original en previsión de los méritos de Jesucristo Redentor. 2.– "María como modelo de la Iglesia en la peregrinación de la fe que emprende el "Pueblo de Dios". 3.– "El Magníficat de María" que es el modelo del "Magníficat" de la Iglesia en camino hacia la luz. y 4.– "La mediación de María", a fin de que contemplemos que todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres se apoya en la mediación de Cristo, depende totalmente de ella y de ella saca todo su poder". Contemplaremos esta eficaz mediación de María tanto en la vida de la Iglesia como en la vida de cada cristiano.

Estos temas serán expuestos y estudiados bajo los aspectos teológico, ascético, eclesiológico y social.

Después de cada exposición habrá estudio por grupos, para ahondar la doctrina expuesta y cada día se concluirá con un plenario en el que se conocerá el estudio realizado en grupos.

Aquello que se recoja en el plenario de cada día servirá de base para la elaboración de las conclusiones, sobre todo, de orden pastoral a las que llegará este Congreso Mariano.

Doy una cordial bienvenida a Quito a los congresistas provenientes de las diversas Iglesias particulares del Ecuador.

Iniciemos, pues, en nombre de Dios, el IV Congreso Mariano Nacional del Ecuador.

Que este Congreso contribuya a orientar mejor, a enfervorizar e intensificar la fe y devoción que el pueblo Ecuatoriano tributa a la Santísima Virgen María, a fin de que María siga siendo la estrella de la evangelización

de nuestro pueblo cuando vamos a cumplir los quinientos años de la evangelización de América y nos disponenos a concluir el segundo milenio del nacimiento de nuestro Redentor.

MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Monseñor
Antonio J. González Zumárraga
Arzobispo de Quito

Santo Padre saluda cordialmente organizadores y participantes Congreso Mariano Nacional Ecuador y eleva plegarias Altísimo para que, mediación Santísima Virgen, conceda abundantes frutos jornadas estudio y reflexión en torno a Encíclica Redemptoris Mater, Con estos deseos señal benevolencia, imparte participantes todos implorada bendición Apostólica.

Cardenal Casaroli

MARIA LLENA DE GRACIA

Aspecto Teológico

EL PECADO ORIGINAL; LA JUSTIFICACION; EL PERDON DE LOS PECADOS. LA REDENCION.

Por Julio Terán Dutari, S.J.
Rector de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Querer hablar de la plenitud del don divino en su máxima belleza es aceptar de antemano el quedarse muy corto. Y hablar de la llena de gracia, después de lo que tantos Padres de la Iglesia, Pontífices, maestros e iluminados devotos nos han transmitido, puede sonar a intento pretencioso y resultar en definitiva un empobrecimiento. Pero en el caso presente se trata precisamente de comentar el primero de aquellos grandes temas marianos que el Santo Padre Juan Pablo II, con el acierto propio de su misión pastoral sobre la Iglesia toda, ha recofido e interrelacionado en la reciente Encíclica "Redemptoris Mater". No pretenderé, pues, sino sacar a luz los trasfondos teológicos que entreteje la Encíclica con hilos tan preciosos como son las prerrogativas de María, la Madre del Redentor, en el ministerio de su plenitud de gracia.

Aunque el tema señalado parecería indicar sólo unos pocos puntos del dogma y de la teología (el pecado original, la justificación, el perdón de los pecados, la redención), nos coloca en realidad frente a lo que podemos llamar con la misma Encíclica toda la "historia de la gracia" (RM 10), que presentaremos en los cuatro pasos siguientes, organizando así los ricos materiales insinuados por el Sumo Pontífice: Primero, el desgnio divino; segundo, el pecado; tercero, la encarnación y la redención; cuarto el triunfo escatológico de la gracia.

1.- El designio divino de libertad

La historia de la gracia no puede entenderse, ni puede tampoco valorarse la plenitud de gracia en María, si no nos remontamos al origen absoluto; el eterno designio libérrimo de Dios. Desde toda la eternidad el Señor omnipotente y bondadoso ha determinado libremente por su Espíritu crear al hombre libre, como un ser dialógico que en un diálogo interhumano de amor se acercase al amor en diálogo que discurre entre las personas de la única divinidad. Pero quiso en su condescendencia inescrutable que la familia humana tuviese como cabeza a Jesucristo el hijo de Dios hecho hombre, y así participase de lleno en la misma vida personal de la Trinidad divina, a través de una historia que debe quedar salvada y asumi-

da en un Reino sin fin, que el mismo Hijo entregará a su Padre cuando haya sometido todo adversario y haya incorporado todo lo bueno y a todos los justos en su Cuerpo místico por la Iglesia. El nombre del don sobrenatural con que Dios se comunica de este modo es la "gracia". Y la persona humana clave en la historia de este don es la bienaventurada Virgen María en cuyo seno la segunda persona divina empezó a ser hombre.

Gracia significa, pues, un hecho de libertad; es un regalo, y por tanto sólo puede proceder libremente del amor; es regalo perfecto, y por eso es donación de sí mismo que hace Dios a aquel a quien ha creado capaz de aceptarlo en libertad e imposible de saciar sino por esta aceptación; don de una libertad divina que inventa y pone en marcha la libertad humana; una libertad humana en encuentro y diálogo de hermanos humanos, que al mismo tiempo significa y contiene el encuentro real y el diálogo misterioso con el Dios a quien nadie ha visto y que, eso no obstante, en su Hijo se revela como amor; como único atractivo vital que puede dar sentido a todo cuanto la humanidad busca con sed, consciente e inconsciente; y como único poder indestructible que alienta en lo íntimo de todos los impulsos arquetípicos, los anhelos personales, las aspiraciones colectivas y las realizaciones estructurales del mundo a través de los siglos.

Para esta "gracia" y por ella existe el universo, creado con el mismo designio divino de libertad, dentro del acto único de amor con que, en fuerza del Espíritu eterno, quiere Dios Padre a su Hijo como hombre. De allí que, como dice San Pablo (1 Cor 3, 21 - 23), resumiendo estas articulaciones del don de Dios, todo es nuestro, de la familia humana: ya sean las grandes figuras de los pueblos, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro; todo es nuestro, y nosotros somos de Cristo y Cristo es de Dios.

Pero el eslabón central, nudo, corazón y cruz de toda esta donación humana y mundana de Dios mismo, Jesucristo, no existe sin María; y así en esa mujer única de la inabarcable historia creatural se concentra la "gracia" Esa mujer posee la libertad creada de tal modo que ha entrado en el encuentro y diálogo perfecto con las tres personas de la Trinidad divina, y ha podido decir un sí rotundo a Dios: el "sí" de la completa aceptación, de la rendida respuesta, en medio de la sencillez estremecida y muy al fondo de la oscuridad luminosa, alumbrada por el irrumpir escueto, indubitable, de la divinidad; un "sí" que se había preparado desde el primer instante de su ser y había coronado todas las decisiones más auténticas brotadas hasta entonces en la humanidad y el pueblo escogido por Dios; un libre "sí" que habría de amplificarse y difundirse en todas las actuaciones de esa existencia suya, inseparable ya de la vida humana que en ella estaba tomando el Hijo de Dios, y que se extendería a todo el crecimiento del Cristo total en la historia.

Por este puesto central cristológico, María aparece como la llena de gracia en la historia de Dios con los hombres. Tiene que llamarse así y debemos bendecirla con ese título que el enviado de Dios le reconoce en la

Anunciación, pues se le aplica por antonomasia cuanto dice San Pablo (Efesios 1, 3-14) al hablar de la elección con que Dios nos ha amado desde cuando iba a crear todas las cosas, destinándonos a ser santos e inmaculados en el mundo y más allá del mundo, como hijos adoptivos y herederos, para alabanza de la gloria de su gracia con que nos agració en su Hijo querido (cfr. RM 8).

2.- El pecado que desde el principio existe y es vencido

En ese mismo cántico de bendición que encabeza la Epístola a los Efesios se incluye también la memoria del pecado, que es el riesgo humano inseparable de la autodonación divina de la gracia, pero un riesgo superado de antemano con la riqueza del perdón que se obtiene por el sacrificio de Cristo en su muerte gloriosa.

Toda la gracia es fruto de libertad, no sólo de la libertad divina que regala y se regala a sí misma, sino de la libertad humana que es llamada a responder por propia cuenta, movida para cooperar sin coacción y elevada para alcanzar como mérito propio lo que es don incomparable. Si esto es así, necesariamente existe también la posibilidad de cerrarse culpablemente ante el don de Dios, de eludir su llamada, de querer sustrarse a su moción, de abusar de su generosa cercanía, de distorsionar el sentido de la historia que él dirige. Existe la posibilidad del pecado; y no sólo esto; sin que podamos explicar porque, la humanidad desde su mismo origen ha pecado de hecho y efectivamente se ha seguido apartando individual y grupalmente del designio divino de gracia.

Esta misteriosa realidad fáctica dentro de la historia de la gracia es la que llamamos pecado original, que tiene dos facetas: el pecado originante o sea la radicación de una culpa personal en los primeros seres humanos, con su esencial dualidad dialógica de varón y mujer, representados por las figuras bíblicas de Adán y Eva; y después el pecado orginado, es decir la propagación del mal a todas las generaciones por el solo hecho de que el ser humano es concebido dentro de un mundo en que domina el influjo de esos primeros pecados y de todos los otros que por ellos han seguido pero este otro aspecto del pecado original no tiene carácter de culpa sino de mala inclinación repudiable, debida a culpas ajenas y conducente a nuevas culpas personales, inclinación de cuya servidumbre necesitamos liberarnos por el Señorío de Cristo redentor

Al planear Dios una libre historia de gracia con el riesgo tan fuerte de un pecado que asumiría de hecho tan universales dimensiones, no pudo menos de querer el triunfo definitivo de su plan; y por lo mismo desde el principio quiso a su Hijo divino no sólo como ejemplar humano perfecto, sin pecado ninguno por más humano que sería, sino lo quiso también como redentor y libertador del hombre frente al pecado. Pero como el pecado

se introdujo por la interacción de las diferencias humanas, ante todo la diferencia dialógica de varón y mujer, por eso quiso Dios que el nuevo Adán, Cristo, estuviese unido purísimamente en la carne y en el espíritu a una nueva Eva, María en la superación radical del mismo pecado.

Esta mujer que ya veíamos predestinada como Madre de Cristo para ser la clave del designio de gracia, aparece ahora ante nosotros como la primera redimida por Cristo del pecado; tan perfectamente redimida que no se le dejó caer no sólo en culpa alguna personal, pero ni siquiera en el contagio de ese ambiente humano proclive al mal uso de la propia libertad en el diálogo con los hombres y con Dios. Ella quedó inmaculada desde que fue concebida por su padre en el seno de su madre, para poder concebir un día en su propio seno sin obra de varón, por el Espíritu Santo, al varón que habría de redimirla y agraciarla a ella misma y a toda la humanidad. A ella misma empero, sin restricción ninguna y por tanto con "plenitud de gracia" (en un nuevo acercamiento nuestro a ese sublime privilegio suyo; cfr. RM 10). La "llena de gracia" significa ahora aquella limpia libertad de mujer para la cual desde el primer momento Dios prevé y predestina superar de raíz el pecado en cuanto es riesgo, amenaza y usurpación frente a la gracia.

3.- La encarnación de Dios y la Redención del hombre

Llegamos así a la etapa culminante de la historia de la gracia, cuando en la "plenitud de los tiempos", para cumplir su designio eterno, había de "enviar Dios a su Hijo nacido de mujer" (Gal 4, 4) Pero como se interponía una historia de pecado desde el principio, esa naturaleza humana que el Hijo de Dios asumiría no iba a ser otra sino la "carne de pecado". Por eso nuestra lengua cristiana no habla de este misterio con el término - reciente por lo demás - de "hominización" sino con el de "encarnación" de Dios.

Pero aquí se impone precisar los conceptos: esa carne de pecado asumida por el Verbo divino le asegura una solidaridad profunda, una comunión personalísima con todos los hijos de Adán y Eva caídos bajo el poder pecador en el imperio del demonio; y esto incluye el que Cristo pueda sentir la tentación y sea de hecho tentado al mal por el demonio mismo; incluye el que pueda padecer también toda la amargura de la situación existencial del hombre pecador. Pero de ninguna manera significa la carne de pecado de Cristo, que él estuviera contagiado de esa condenable aunque inconsciente conspiración colectiva hacia el mal, trasmitida por el pecado de origen. Esto tiene su expresión sensible en el hecho de que la carne asumida por él, aun siendo verdadera herencia de la miserable humanidad, la recibió exclusivamente de una madre preservada ella misma de todo contagio de pecado original, y la recibió no por el camino ordinario de la generación sexual en

que el varón representa el papel del elemento activo, sino por el camino excepcional de la virginidad de una mujer a la que el poder del Espíritu divino hace enteramente fecunda por sí sola.

Con esto se aprecia ya que no puede explicarse la manera singular en que Dios se hace hombre, es decir la encarnación, sin recurrir a María; y además que, siendo la encarnación un misterio en el cual - como dice Juan Pablo II (RM 9) - la autodonación divina a toda la creación y más directamente al hombre alcanza un vértice sobresaliente entre todas las donaciones de gracia en la historia humana y cósmica, la Vigen María, la inmaculada Madre en quien se realiza y cumple tal efusión inigualable de gracia, se muestra tan llena y pletórica, tan rebosante "con un don de gracia tan eximia", que "antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas" (LG 53). Y recordemos que ese encarnarse Dios en María no designa un simple lugar ni un mero proceso psíquico-biológico, sino mucho más; un hecho de libertad entre Dios y la mujer, un diálogo, en el plano de la revelación y la fe, entre el Creador y su creatura, tal como nos lo ha descrito el relato inspirado de la Anunciación, comentado nítidamente en esta Encíclica.

El don que de sí mismo nos hace Dios encarnado en María contiene, de este modo, un sentido redentor. El Hijo de Dios, encarnándose en la humanidad pecadora, la redime, la rescata del pecado; no suprimiendo el pecado ni las consecuencias nefastas del mismo, que son sobre todo la oscuridad de la muerte, la condición de sufrimiento y la concupiscencia del mal; sino más bien perdonado el pecado y superando esos otros fenómenos humanos, demasiado humanos, que han quedado entenebrecidos por la situación pecadora, y dándoles un nuevo sentido en una historia en que, para los que aman a Dios, todo colabora hacia el bien (cfr. Rom 8, 28)

Esto quiere decir en concreto que, por haberse encarnado, Cristo el Señor aceptaba libremente la muerte, castigo intríntenseco del pecado aceptaba la tentación y el sufrimiento como expresiones del pecado del mundo que culminan en la muerte, y hacía de todas estas graves peripecias humanas, marcadas por la culpa, una fuente de vida nueva y eterna: su muerte dolorosa y abandonada se hacía sacrificio redentor y le llevaba a la resurrección gloriosa; y a la vez se hacía camino por el que nuestra vida de dolor, de incertidumbre, y aun de caídas superadas por la efusión de su Espíritu en la Iglesia, transitase también hacia la participación de su vida triunfante y finalmente hacia nuestra propia resurrección en su reino eterno.

Esta redención del pecado hecha por Cristo tiene, según San Pablo, dos aspectos inseparables; es perdón y es justificación. Ambos quedan cumplidos o sobrepasados de modo excelso en María, la primera redimida. El perdón expresa un acto dialógico de libertad en quien lo da (Dios) y en quien lo recibe (el hombre). Este reconoce su bajeza y se abre a la

vida de amor con que Dios le inunda para perdonar todas las culpas personales; más aun, en el bautismo se perdona también esa última raíz, -no culpable pero sí condenable- del mal que es el pecado original; después de recibir ese "perdón original" seguimos estando en el mundo de pecado, pero ya no somos de él. María participó de este primer aspecto de la redención en una manera no formal sino supereminente. Al reconocer su bajeza y humildad no encontró en sí misma culpa alguna, ni siquiera aquella condenación propia del pecado original, pues por los méritos de su Hijo y para darle ella su carne humilde había sido preservada por Dios de todo eso. Y por tanto, al ver su alma redimida por Dios sólo encontró siempre motivo de límpida exultación: "mi espíritu se alegra en Dios mi salvador"; " me dirán todos bienaventurada porque me ha hecho maravillas el Poderoso" (Lc 1, 47 - 48)

Pero el perdón no es un simple acto quasi jurídico o emocional de Dios que precedería a la concesión de la gracia. Por el contrario, somos perdonados en cuanto se nos da la gracia de Dios, la gracia que es Dios mismo participado por nosotros en la íntimidad dialógica de su vida trinitaria, pero a través del amor sacrificado a los hermanos. Esto precisamente es lo que quiere decir aquella "justificación", o concesión intrínseca de justicia a lo divino (término que viene desde el Antiguo Testamento), por la que se nos comunican los frutos de la redención de Cristo. A través de los Sacramentos nos viene a nosotros esta vida nueva, sobrenatural; a la bienaventurada Virgen Madre de Dios le vino con su misma Concepción purísima. Desde su primer instante gozó de la vida de la gracia como perfecta justificada, como santificada por Aquel que pronto sería su Hijo y que más adelante realizaría el sacrificio redentor por todos los hombres: Llena de gracia más que nadie, desde el comienzo de nuestra redención.

4.- El triunfo escatológico de la gracia.

La visión que despliega el Papa en su Encíclica mariana sobre la historia de la gracia nos hace vislumbrar dentro de nuestras preocupaciones por el mundo las últimas perspectivas de esa plenitud del don divino para con María. Ella es, en cuanto tal agraciada en plenitud, el signo inmutable inviolable y seguro de la historia de esta gracia, de esta vida, de esta alegría perdonadora de Dios entre los hombres a pesar de todas las luchas y angustiosas enemistades que marcan la historia humana

Al querer Dios una libre historia con la humanidad, donde prevé que el pecado brotaría y se propagaría amenazador como una especie de antiplán diabólico contra el plan divino de amor, ha dispuesto constituir desde el mismo comienzo de la culpa una esperanza, sellada por una solemne promesa. Dios dijo al principio personal de pecado, bajo el símbolo de la serpiente: "pondré enemistad entre ti y la mujer; entre tu linaje y su linaje"

pero ese linaje de la mujer "te quebrantará la cabeza" (Gen 3, 115).

Por eso se presenta al final de la Revelación, en el libro del apocalipsis (Cap. 12), a la Mujer Madre en lucha triunfante junto a su Hijo sobre la serpiente antigua. Se trata de la nueva Eva que es María y es también -con la pluridimensionalidad del símbolo- la Iglesia peregrina a través de la historia. Con toda justicia se ofrece esa mujer como gran señal trascendente, "en el cielo", adornada de todos los rasgos espléndidos que puedan significar la plenitud de gracia. Eso no le quita estar en continuo trance de contienda, de persecución, de huida, de espera, y en trance de necesitar alimento y auxilio, no sólo de lo alto sino de la misma tierra. La llena de gracia resiste y triunfa con su paciencia, que despecha al enemigo.

Esta visión nos da por una parte testimonio de la permanencia de María en la historia de salvación hasta el final. Ella ha sido llevada en cuerpo y alma al cielo ("se le dieron dos alas para volar"), a fin de que pueda seguir participando junto a su Hijo resucitado de la lucha más importante, la única decisiva de la historia: la de la gracia sobre el pecado. Por otra parte la visión de esta mujer, que nos dio a luz al hijo que aplástará definitivamente la cabeza infernal, tiene un alcance de teología de la historia que jamás debemos eludir los creyentes en nuestra forma de enfrentar el mundo.

Nos recuerda el Papa a este propósito que habrá siempre una dura lucha por el hecho mismo de que se acoja la gracia, esa nueva forma de vivir entre los hombres a lo divino, que Cristo nos regala. Pero nos recuerda también que esa lucha no debe conmover nuestra confianza en la elección que Dios ha hecho de nosotros desde antes que fundara el mundo, para vivir su gracia. Y nos recuerda finalmente en el centro mismo de esta lucha y enemistad, donde está situada la llena de gracia, están también los humildes y los pobres del Señor, porque a ellos pertenece María (RM 11), ya que el primero de ellos es Jesús, su Hijo, y como bien lo cantó ella en su Magnificat, el núcleo de la disputada historia de la gracia y de la salvación está en que Dios derribó de sus tronos a los potentatos y envió a los ricos con las manos vacías, para exaltar a los humildes y colmar de bienes a los hambrientos (cfr. Lc. 1, 51 - 53).

Pero la clave de toda esta lucha y de la victoria final está en entender ante la señal de esta mujer llena de gracia, qué es ser rico y qué es ser pobre, qué es humanidad y qué soberbia, cómo se combate al lado de los pobres y humildes y cuál es el reino prometido que esperamos ya en esta tierra y más allá de ella, como plenitud de la historia. Porque esto no se saca de la ciencia moderna ni de la historiografía erudita, sino - en cuanto es promesa de gracia - se nos brinda únicamente en la revelación del Hijo divino encarnado en María. Solo así se entiende entonces que la elección de gracia que en Cristo hizo Dios de María y de nosotros, según el Papa, " es más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, de toda aquella "enemistad" con la que ha sido marcada la historia del hombre. En esta historia María sigue siendo una señal de esperanza segura" (RM 11).

CRECIMIENTO EN LA GRACIA

LAS VIRTUDES Y LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

R.P. Enrique Almeida, O.P.
Profesor del Seminario de Ibarra.

Celebramos el IV Congreso Mariano Nacional de Ecuador. Un Congreso dedicado a la Sma. Virgen María constituye un suceso de importancia extraordinaria. Por una parte, es ocasión para que se hagan estudios más profundos de la Teología Mariana, y por otra, sirve mucho para extender estos conocimientos entre los fieles y promover el culto de la Madre de Dios en todos los ámbitos sociales.

Y para estas reflexiones sobre las grandezas de María contamos con la Encíclica "Redemptoris Mater", que nuestro augusto Pontífice, Juan Pablo II ha dirigido a todo el orbe cristiano. Con este solemne documento inauguró el Año Mariano declarado para difundir no sólo "La doctrina de la fe, sino la vida de fe" y, por lo tanto, de la auténtica espiritualidad mariana" (R.M. 48).

En realidad, en el curso de este Año resuenan cánticos de gloria y Alabanza, se elevan plegarias fervorosas y henchidas de afecto a María, Madre de bondad y de misericordia. Y este mismo Congreso significa un homenaje especial. Nos congregamos como representando a nuestro pueblo ecuatoriano, que mantiene su vida cristiana, porque mantiene su devoción a la Sma. Vigen, a pesar de las fuerzas del mal, que conspiran contra todo ello.

A su gloria se encamina este Encuentro Nacional de Teología Mariana Pero ¿cómo analizar y penetrar las perfecciones de María? Esta labor supera el poder de la razón humana. Bien lo ha dicho el Angélico Doctor, Sto. Tomás de Aquino: La bienaventurada Virgen María, por ser Madre de Dios, tiene una dignidad casi infinita, por el bien infinito que es Dios. Por ello, aunque todos los siglos han cantado las grandezas de María, sin embargo, no han podido decir lo que son. Todos los siglos las cantarán, como lo anunció Ella misma, y no dirán lo que son. Ninguna creatura dirá jamás lo que es la Madre de Dios, y qué gracia y qué humildad la ha hecho Madre de Dios. Impotente es la sabiduría humana, frágil la sabiduría de las escuelas. Están muy lejos de las rutas del cielo.

Por mi parte, sólo intentaré decir algo sobre el tema tan amplio, que se me ha asignado: Crecimiento en la gracia, las virtudes y los dones del Espíritu Santo.

1. Gratia Plena

Bellas y sabias consideraciones nos presenta el Santo Padre en su Encíclica R. M. Antes de exponer la cuestión de fondo sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina, se refiere al Ministerio de Cristo. Afirma que la encarnación del Hijo de Dios se inició con el saludo del Embajador del cielo: alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo. (Luc. I, 28). El Santo Padre nos ofrece un estudio bíblico-teológico de estas palabras, que han sido siempre objeto de investigación de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia., "El saludo y el nombre" Llena de gracia, en el contexto del anuncio del ángel, nos dice Juan Pablo II, se refiere ante todo a la elección de María como Madre del Hijo de Dios. Pero al mismo tiempo,

la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María, porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo" (R.M. 90)

2. La Plenitud de la Gracia.

Sto. Tomás de Aquino, al referirse a la plenitud de gracia, menciona una propia de Cristo. Es la plenitud absoluta. Consiste en poseer el más alto grado de gracia de la manera más excelente que puede ser tenida y con la máxima extensión a todos los efectos de la gracia. Y esta plenitud de gracia es exclusiva de Cristo.

Hay otra plenitud relativa. Consiste en poseerla plenamente en la medida de su condición, ya se trate del grado de intensidad fijado por Dios, ya se trate de su virtualidad, en cuanto quien la posee tiene la gracia suficiente para cumplir con su estado y sus deberes. (III, cuest. 7, a 10) María, nos dice el mismo Doctor común de la Iglesia, tuvo una plenitud relativa, o sea, toda la gracia suficiente para que fuese idónea y digna Madre de Dios. Es llamada llena de gracia, no por lo que toca a la misma gracia, pues no la tuvo en el máximo grado posible, ni por relación a todos los efectos de la gracia, sino porque recibió la gracia suficiente al estado de Madre de Dios a que había sido llamada" (b. a la obj.)

Distinguen los teólogos tres clases de gracia en María: una inicial, plenitud inicial. Se llama así no porque sea imperfecta, sino porque la recibió en el primer instante de su concepción. Es el aspecto positivo de la inmaculada concepción de María, mucho más sublime todavía que la mera preservación del pecado original, que es su aspecto negativo. La recibió en grado superior a la gracia final de todos los ángeles y de todos los santos juntos. Se la puede calificar como una plenitud de preeminencia. Enseñan Sto. Tomás y San Bernardino de Sena, que siempre que Dios elige a una persona para cierto cargo, le concede todas aquellas gracias y prerrogativas que el oficio exige (III, cuest. 27, a 5 a la 1a. obj). María recibió la gracia suficiente para el estado a que había sido elegica por Dios, esto es, para que fuese Madre suya. El oficio más alto es el de Madre de Dios; excede muchí-

simo en dignidad a todos los otros. Por ello María está en el grado sumo de la plenitud relativa de la gracia y la recibió más que todos los demás. (III, cuest. 27, a 5. a la 1a. obj).

Hay otra gracia llamada progresiva, perfectiva en María, plenitud perfecta. En el momento mismo de verificarse la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas, recibió la Sma. Virgen un aumento inmenso de gracia santificante. Luego creció en todo el curso de su vida mortal.

Hay otra gracia llamada final o consumativa, plenitud final. Explican los teólogos que puede considerarse en dos aspectos: el grado de gracia alcanzado en el instante de su muerte por María y el que posee actualmente en el cielo para toda la eternidad.

3. Plenitud de virtudes y dones del Espíritu Santo.

La plenitud de la gracia de María incluye la plenitud de las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, así como también de las gracias carismáticas que eran convenientes a la dignidad excelsa de la Madre de Dios. Sabemos muy bien que con la gracia santificante se infunden las virtudes sobrenaturales. Sto. Tomás lo afirma de modo categórico: como la gracia dice relación a la esencia del alma, así también la virtud guarda relación con sus potencias. Por eso, de la misma manera que las potencias del alma se derivan de su esencia, del mismo modo las virtudes se derivan de la gracia". Un principio, cuanto más perfecto sea, tanto más imprimirá su huella en sus efectos (III P. cuest. 7, a 2)

Como la Sma. Virgen tuvo la plenitud de la gracia santificante, se derivaron de ellas las virtudes infusas y los siete dones del Espíritu Santo. Poseyó por lo tanto, en grado eminente las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. De igual modo las virtudes morales como la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza y todas las demás en grado proporcional. Y así se convirtió en modelo y ejemplar acabadísimo de todas las virtudes cristianas. Con mucha razón afirma San Bernardo: Tú (María) campo de santos aromas plantado por el celeste jardinero deleitablemente floreces con las preciosas flores de todas las virtudes". Por esta plenitud de virtudes la Iglesia suele aplicarla aquellas palabras del Eclesiástico, XXIV, : Yo soy la madre del amor, del temor, de la ciencia y la santa esperanza.

De modo semejante, de la plenitud de la gracia procedían los dones del Espíritu Santo. Brillaron de manera excelentísima en la Virgen María, en proporción a la plenitud de su gracia. Y ¿cómo no había de tener estos dones, si el Espíritu Santo vino sobre Ella y el poder del Altísimo le cubrió con su sombra; si Ella es venerada como la Esposa del mismo Espíritu Santo? Si los dones son hábitos permanentes que vuelven dócil al alma para seguir las mociones del Espíritu Santo, ¡Qué docilidad no habría en María para ser dirigida por El ! De ahí que San Juan de la Cruz exprese que la Madre de Dios vivía bajo la acción continua del Espíritu de Dios en la cima de

la unión transformante. "Tales eran (las acciones), nos dice, de la gloriosísima Virgen Ntra. Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este tan alto estado, nunca tuvo en su alma forma impresa de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo".

4. Progreso espiritual de María.

Pero esta plenitud de la gracia, de las virtudes y los dones del Espíritu Santo; esta riqueza de talentos recibidos por María, no podían quedar en la inactividad y la inoperancia. Como era una plenitud relativa, es preciso admitir un crecimiento en todo este organismo sobrenatural. En esto se hallan de acuerdo muchos teólogos, quienes mencionan razones de mucho peso. El Vat. II nos dice: María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres, Sto. Tomás de Aquino aplica a la gracia la doctrina de los hábitos. Pueden aumentar de dos modos, nos dice: uno, en sí mismo, como se habla de un mejor o peor estado de salud o de una ciencia mayor o menor según considere más o menos objetos: otro, en cuanto son participados por un sujeto" (I - II, cuest. 52, a 1). Al aplicar a la gracia, él mismo nos afirma que los seres humanos que son puramente viadores pueden aumentar en gracia tanto por parte de la forma, pues no alcanzan el grado supremo de gracia, como por parte del sujeto, pues aún no han llegado al término de la bienaventuranza. (III, cuest. 7, a 12).

La Sma. Virgen se hallaba también en estado de viadora, dirigiéndose más y más a la unión más perfecta con Dios. Por lo tanto su vida toda era un itinerario constante hacia su término. Y es también de fe de toda alma justa mientras vive sobre la tierra, pues merece el aumento de la gracia santificante (CF. D. 834). María, en la cumbre de la gracia, podía acrecentarle indefinidamente durante el decurso de su vida mortal. Y hay mucho acuerdo entre los cultivadores de la teología mariana en afirmar que su gracia creció más en algunos hechos de su vida. "Consiguió un inestimable aumento de gracia en la concepción de Cristo, porque se unió más a la Divinidad del Verbo Encarnado en su seno. Se hizo Madre en acto y físicamente. Y no sólo en la Encarnación del Verbo ni en los nueve meses que llevó en su seno a su Divino Hijo, sino que pudo extenderse a todo el tiempo de la infancia de Cristo, durante el cual tuvo la Sma. Virgen con El una familiaridad suma y cotidiana. Igualmente recibió una abundancia de gracia, cuando ocurrieron los principales misterios de Cristo, como la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés. Y más aún, si se trata de la gracia final, o sea, hasta la hora de su muerte, que fue máxima en la Sma. Virgen, superando muchísimo toda la gracia de los ángeles y de los bienaventurados juntos".

Se puede confirmar esto con el testimonio de los Santos Padres y el Magisterio de la Iglesia. San Pedro Damiano afirma: "La Virgen, eminentísima y levantada entre las almas de los santos y de los ángeles sobrepasa

los méritos de cada uno y los títulos de todos". San Pedro Crisólogo declara: llena de gracia, porque en otros la gracia; en Ti la plenitud de la gracia. Pío IX, en su Bula "Ineffabilis Deus", concluye: "por tanto, mucho más que a todos los espíritus angélicos y a todos los santos la llenó maravillosamente de todos los carismas celestiales" Nos. 1 y 2).

Más, cómo se puede crecer en la gracia? Responden los teólogos que "todas las almas, miemtras permanezcan en este mundo en camino hacia la patria eterna, pueden aumentar el tesoro de su gracia santificante por las buenas obras, por la recepción de los sacramentos y por la eficacia de la oración".

La Bienaventurada Virgen María " con sus buenas obras hizo crecer desmesuradamente el tesoro de las gracias recibidas en el monento de su concepción inmaculada. Sus obras fueron objetivamente excelentísimas durante toda su vida; subjetivamente perfectísimas; incontables numéricamente consideradas; nos dice un teólogo muy célebre. Fueron, por tanto, singularmente eficaces para aumentar el teroso, ya en sí ingente, de la gracia santificante que le fue concedida. (ROSCHINI, Instrucciones marianas, pp. 176-179)

María creció también en la gracia por la recepción de los sacramentos. Es casi seguro que recibió el sacramento del bautismo no por necesidad sino por conveniencia. Se tiene como cierto que recibió muchísimas veces el sacramento de la Eucaristía, tal vez diariamente, como se acostumbraba en la iglesia primitiva. ¿ Quién podrá decir el aumento de gracia que María recibiría en este augusto Sacramento? ¡ Cómo se intensificaría su amor a Aquel que lo sintió en el momento de la Encarnación!.

Finalmente, la gracia de María creció no sólo por el mérito sino también por la oración de distinto poder impetratorio. La oración es tanto más eficaz cuanto más se revista de humildad, de confianza y de perseverancia y cuando se pide, sobre todo, el aumento de los bienes espirituales, de la misma gracia y de las virtudes. "La oración de María era, desde su infancia, no sólo muy meritoria, sino que tenía un valor impetratorio que no podríamos apreciar, pues era proporcional a su humildad, a su confianza y la perseverancia de su no interrumpida generosidad, siempre en aumento. Obtenía, pues, conforme a estos principios certísimos, un amor cada vez más puro y más intenso".

De modo semejante debemos juzgar el crecimiento de María en las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Hemos dicho que se infundieron en Ella juntamente con la gracia y los tuvo en alto grado ya que estaba llena de gracia. Como se dice de Cristo en el Evangelio que pasó haciendo el bien sobre la tierra, podemos decir de la Sma. Virgen, que pasó su vida practicando todas las virtudes naturales y sobrenaturales y entre estas las teologales y las morales. Al mismo tiempo se llenaba más del Espíritu Santo, crecía en sus dones y carismas.

Debía progresar en todo ello la Madre de Dios. Ya hemos dicho que los hábitos son susceptibles de aumento tanto en sí mismos respecto a su forma, como también respecto a la participación del sujeto. Se hacen más extensos y pueden extenderse a muchos efectos. Esto aplicamos a las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Son hábitos permanentes y, por lo tanto, pueden desarrollarse más en una criatura. Así hablamos de una fe más intensa y más viva, de una caridad más ardiente y progresiva.

El progreso de María en las virtudes y los dones fue asombroso y extraordinario hasta la hora final de su existencia. No voy a referirme a cada virtud y cada don en particular. Esto exigiría una exposición extensa. Conviene tocar lo principal de esta materia. La Sma. Virgen vivió intensamente las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Leemos en el Evangelio cómo Isabel elogió la fe de María: Bienaventurada eres Tú, porque has creído pues en ti se cumplirá lo que el Señor te ha dicho (Lc. 1,45). Los Padres de la Iglesia reconocen en la fe de la Madre de Dios el principio de su divina Maternidad y de su grandeza. Ellos aceptan como un axioma: por la fe concivió, por la fe dio a luz. Juan Pablo II, al comentar las palabras de María "Hágase en mí según tu palabra", nos dice: María ha pronunciado este fiat por medio de la fe. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Senor, a la persona y a la obra de su Hijo No. 13) ..... Las palabras de Isabel no se aplican únicamente a aquel momento concreto de la Anunciación. es el punto de partida de donde inicia todo su camino hacia Dios, todo su camino de fe. Y sobre esta vía, de modo eminente y realmente heroico es más, con un heroismo de fe cada vez mayor se efectuará la obediencia profesada por ella a la palabra de la Divina Revelación" (No 14) María ha sido la primera en creer" (26)

Si fue grande la fe de María, no menos grande debió ser su esperanza El que cree en las promesas de un Dios infinitamente bueno espera también con firmeza el objeto de esta promesa. La Virgen era viadora y esperaba llegar al cielo y esperaba recibir de Dios todos los medios necesarios para ello

Y ¿cuál no sería su caridad a la Bondad suma, que es amable por sí misma? Fué en realidad altísima, mayor que la de toda criatura. ya que brotaba de la plenitud de su gracia. Además, había esa amistad especial como Hija predilecta y única del Padre, Madre y consocia del Hijo. Esposa del Espíritu Santo y sagrario de toda la Sma. Trinidad por título singular María correspondió a los dones de Dios amándole intensamente, consagrándose a El desde el primer momento de su concepción y ordenándose totalmente a El de acuerdo a su divina voluntad. Si el progreso espiritual depende principalmente de la caridad, que inspira, anima a las otras virtudes y hace meritorios sus actos, la caridad de María se desarrolló constantemente en la tierra, creció muchísimo hasta el día de su muerte Se movio de modo incesante hacia Dios y hacia los prójimos, a quienes amaba en Dios on

igual proporción de caridad. Imposible imaginar el grado de caridad que encendería su alma hasta la hora final de su vida. Con justa razón se afirma que "murió por causa de un amor extremadamente dulce y tranquilo".

Igualmente su progreso en las virtudes morales infusas fue asombroso. Brilló por una prudencia eminente, sin la cual no puede practicarse virtud alguna. Ella dirigió todos los actos de María según las normas y las leyes de la razón y de la fe. Por este motivo la llama la Iglesia "Virgen prudentísima".

Guardó perfectísimamente la justicia respecto de los demás, tanto la general, ordenando toda su vida al máximo bien de toda la humanidad caída y cumpliendo todos los preceptos de la ley, cuanto la particular, haciendo el bien debido a todos y evitando hacer el mal. Por eso la proclamamos "Espejo de justicia".

Practicó la fortaleza, afrontando con valor de ánimo los peligros y las fatigas más duras. Supo sobrellevar los trabajos y dolores de la vida; supo sufrir con resignación heroica la pasión y la muerte de su Hijo. De allí el título que se le da: Reina de los mártires. Padeció más y con mayor generosidad los dolores interiores, que los verdaderos mártires con los tormentos exteriores.

Resplandeció de una manera singular en la templanza, no en el sentido de virtud moderativa de apetitos desordenados de los que carecía totalmente, sino en el sentido de aborrecimiento de placeres desviados y entrega total a las delicias espirituales.

Respecto a los dones del Espíritu Santo, que los recibió juntamente con la plenitud inicial de la gracia, aparece un adelanto en ellos a través de los pasos de su existencia mortal. Era conveniente que la Esposa del Espíritu Santo sea movida y gobernada por El mismo obedeciéndole en todo. Y, aunque desde el momento de su creación estuvo llena de los dones del Espíritu Santo, sin embargo, están de acuerdo los teólogos en que recibió un gran aumento de ellos en su vida no sólo en la concepción de Cristo realizada por la virtud del Espíritu Santo, sino también en la misión del mismo el día de Pentecostés. Ella como Reina de los Apóstoles recibió los dones en mayor abundancia.

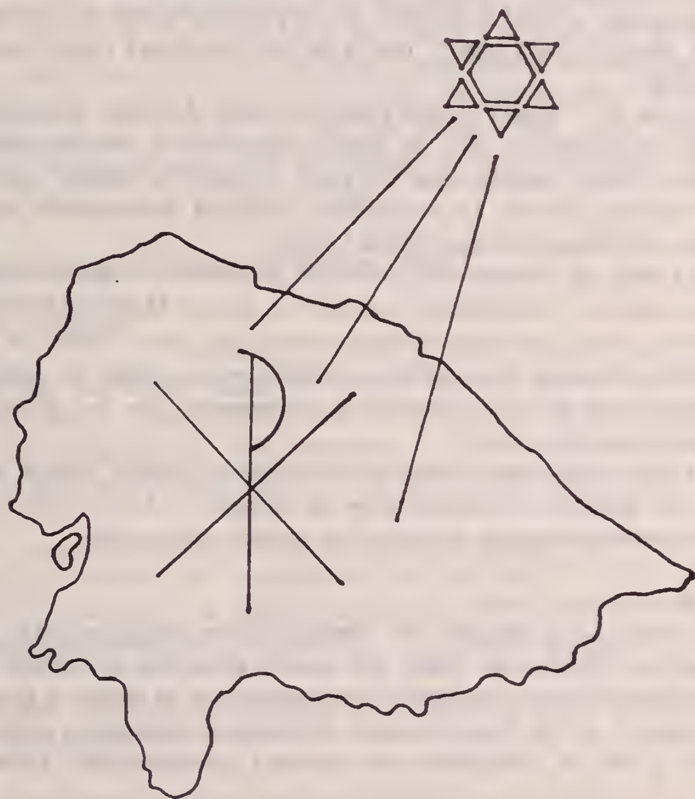
5. Conclusión

He aquí expuesto brevemente el tema sobre el crecimiento de María en la gracia, las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Toda consideración es sombra frente a la santidad casi infinita de María. Ella, como dice el Vaticano II " es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo "LG. 63)". Resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos" (Ib. 65). "Creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre" (Ib. 63).

Es necesario que el mundo contemporáneo la contemple como estrella

que guía hacia la verdad que es Cristo. Parece que camina fuera del camino de la gracia y María es madre de la Divina Gracia. Está envuelto en inumerables vicios y pecados, y María nos dice el Papa: Es un "Modelo Perenne" de las virtudes para todos. Vive atormentado por graves miserias y desgracias y María es Madre de Misericordia y áncora de salvación.

Hacia Cristo con María y como María



IV Congreso Nacional Mariano del Ecuador

LA SANTIDAD DE LA IGLESIA Y LA COMUNION DE LOS SANTOS

Mons. Germán Pavón Puente
Vicario Episcopal de Apostolado Seglar.

I.- Introducción

Continuando las reflexiones de esta mañana es preciso recordar que, teniendo como base la Encíclica " Redemptoris Mater", de S.S. Juan Pablo II, estamos ubicados dentro de la primera parte de la Encíclica: "María en el Misterio de Cristo", que a su vez comienza con el subtítulo: "Llena de gracia".

María es la " mujer " que tiene un lugar del todo particular en el plan divino de la Salvación. Ella se prestó conciente u voluntariamente para ser Madre de Cristo, puesto que El, para cumplir la misión que le confió su Padre, requería tomar la naturaleza humana haciéndose hombre en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen.

Este título de Madre del Redentor le mereció a María obtener de Dios especiales gracias y privilegios como ser a la vez Madre y Virgen, estar exenta de todo pecado desde su misma concepción, ser " llena de gracia" como le llamó el Arcángel (Lc. 1, 28), también el privilegio de cuidar de Jesús y ser cuidada por El; ser compañera inseparable de las glorias, esperanzas y tristezas de su Hijo.

Por ese cumplimiento cabal de la voluntad divina, María, nuestra Madre mereció ser llamada "bendita entre las mujeres" (Lc. 1, 42), y merece por ello todo nuestro respeto, admiración, afecto e imitación.

II. Tema

Pero esta gracia singular de María, de ser escogida entre todas las mujeres para ser Madre de Dios, no quedó reducida al ámbito de su hogar, ni de su tiempo, sino que María se convirtió en la Madre y Modelo de todos los hombres y en la Corredentora del género humano y, como tal, estaba destinada a ser la compañera en nuestra peregrinación hacia la Casa del Padre.

Su compañía nos es necesaria para ayudarnos a caminar en santidad y unidad.

Por eso, en la presente ponencia, que me ha tocado el honor de compartir con todos ustedes; vamos a reflexionar sobre el tema asignado: "La Santidad de la Iglesia y la Comunión de los Santos" Este tema será tratado

teniendo en cuenta la importantísima participación de María, nuestra Madre, en ambos procesos de una misma realidad.

III Desarrollo del Tema

Para proceder ordenadamente veremos:
A. La Santidad de la Iglesia y María
B. La Comunión de los Santos y María

A. LA SANTIDAD DE LA IGLESIA Y MARIA

Ante todo veamos en qué consiste la santidad. La santidad es vivir en la amistad y gracia de Dios. En este sentido San Pablo llama santos a los fieles de Corinto no por ser sacerdotes o religiosos: son obreros de puerto que viven en amistad y gracia de Dios (II Cor. 1,1). Y, gracia es la participación de la vida divina en nuestras almas por medio de Jesucristo (Rm. 6,3 - 11; Jn. 6, 57 - 58). Esta es una verdad revelada por el mismo Jesús cuando propuso a sus oyentes la parábola de la " vid y los sarmientos" (Jn. 15, 1 - 6). Quien quiere vivir en gracia de Dios, tiene que estar vitalmente unido a Cristo, como la rama al tallo.

1. Cómo sabemos que la Iglesia católica es santa?

a) Por su fundador

Es Jesucristo su único fundador; es el Hijo de Dios hecho hombre, el Santo, inocente e inmaculado (Her. 7, 26), no conoció el pecado (II Cor. 5, 21), es la fuente de toda santidad. La Iglesia participa plenamente de esta divinidad porque ella cuerpo de Cristo lo tiene como cabeza invisible.

Por otra parte para fundar la Iglesia en las condiciones establecidas y para mantenerla a través de los siglos se necesita todo el poder divino (G S 40), (L G. 8). Esta es la Iglesia Santa que Cristo encomendó a Pedro para que la apacentara (cf Jn. 21, 15-17)

b) La Iglesia Católica es santa por los medios que suministra a los hombres para llegar a la santidad.

La Iglesia es santa porque está enriquecida con los dones de su fundador y a su vez, al observar fielmente sus preceptos de la caridad, humildad y abnegación recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo (L G. 5) y de continuar y perpetuar su obra salvadora en el tiempo y en el espacio con la asistencia del espíritu de Cristo, quien dijo a sus apóstoles 'Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación de los siglos" (Mt 28, 20) De allí que

sólo la Iglesia católica cuenta "con la plenitud de los medios de salvación" (U. R. 3); "tiene toda la verdad revelada por Dios y los medios de su gracia" (U. R. 4).

La Iglesia católica es santa, por la doctrina que posee y enseña y por el cumplimiento de los preceptos que llevan a la santidad y a la práctica de las virtudes; por la práctica de los consejos evangélicos (L. G. 43); y especialmente es santa porque administra los sacramentos que comunican la gracia; que es como dijimos, la participación de la vida divina en nuestras almas por medio de Jesucristo

c) **La Iglesia Católica es santa por sus frutos.**

Pues su vivencia histórica demuestra los frutos de santidad que ha producido con la vida de tantos santos. Los hay de todas las condiciones, edades y sexos. La acción del Espíritu Santo ha obrado sobre la vida de los hombres y la Liturgia celebra su natalicio al cielo precisamente el día de su muerte temporal. Así, dentro de la liturgia del año eclesiástico, se celebra la memoria de las más variadas personalidades. El 1o. de noviembre nos recuerda, en fiesta común, a todos los santos. Muchos son los hermanos nuestros que se han entregado totalmente a Cristo, han seguido sus huellas y se han hecho conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, trabajando con toda su alma para la gloria de Dios y el servicio del prójimo (L. G. 40).

Dios, por su parte, ha rendido testimonio a su santidad con numerosos milagros. Los milagros jamás han cesado en la Iglesia Católica.

La Iglesia canoniza a sus santos luego de un largo, exhaustivo y minucioso proceso.

La iglesia está asociada a Cristo en la glorificación de Dios y santificación de los hombres " S. C. 7).

d) La iglesia católica es santa por sus obras.

La iglesia siempre, pero de manera patente ahora, ha realizado obras que miran no sólo al aspecto espiritual, sino también al aspecto temporal de los hombres:

I. **En el aspecto espiritual:**

Ella prolonga la función sacerdotal de alabanza de Cristo, mediante la oración litúrgica en el culto público y en rezo del santo oficio. (S. C. 83).

- La Iglesia actualiza también la misión sacerdotal de Cristo administrando los santos sacramentos, que están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios. (S. C. 59)
- La Iglesia, desde sus inicios ha sido el instrumento insustituible para la conversión de los individuos y de las comunidades humanas.
- La Iglesia siempre ha predicado y practicado el espíritu de probreza y caridad, su opción es por los pobres y marginados. (G. S. 88).
- La Iglesia, especialmente en América Latina, se ha impuesto realizar una evangelización liberadora que lleva a los pueblos a convivir humanamente de una manera de hijos de Dios (Puebla 491).
- La Iglesia, ha sido siempre la enemiga del pecado en todas sus manifestaciones: ella es y será la defensora de la vida: no al aborto, no a la eutanasia y eugenesia, no a la droga, no al alcoholismo, no a la explotacion e injusticias.

  Basta recurrir a la lectura de las Encíclicas de los Papas y a la Catequesis semanal del actual Pontífice.
- La Iglesia cuenta con el enorme ejército de misioneros que lo han abandonado todo para llevar la nueva del Evangelio a todos los pueblos, por más remotos que éstos sean. Muchos de ellos han muerto en olor de santidad o han derramado su sangre en el cumplimiento de su misión; un ejemplo lo tenemos en Monseñor. Alejandro Labaca y en Sor Inés Arango.

Es verdad que en la iglesia existe la cizaña que crece con el trigo, pero dondequiera que aparezca la cizaña, se demostrará siempre como nacida del abuso de la libertad humana.

2. Las obras de la Iglesia en el aspecto temporal

- La Iglesia siguiendo el precepto de Jesús "amaos los unos a los otros" (Jn. 13, 34), ha realizado y realiza obras de caridad incontables: orfanatorios, hospitales, casas asistenciales, albergues, oratorios, etc.
- La Iglesia está presente dondequiera que haya hombres carentes de alimento, vestido, vivienda, medicinas, trabajo, instrucción, etc. Todas estas obras son el fruto y la consecuencia de la práctica del amor a Dios y al prójimo.

  Para ella es un honor socorrer a los necesitados (A. A. 8).

II. Y María nuestra Madre ¿cómo ha colaborado en esta santidad de la Iglesia?.

1. Aceptando ser Madre de Jesús.

Nuestra Madre, María Santísima tuvo en su vida un día histórico que hizo estremecer a toda la creación y le llenó de esperanza, consuelo y salvación: fue cuando, al anuncio del ángel, que le proponía de parte de Dios, que fuese la Madre de su Hijo Unigénito y Eterno, Ella aceptó con un confiado y profundo "sí" (Lc. 1,38).

Este " sí " dado con tanto amor fue el inicio de una constante colaboración de María en el plan salvífico de Dios, es decir, en ese plan en el que Dios quiere llevar a los hombres a la participación de su misma vida divina. Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva.

De esta manera la Santísima Virgen María entra de lleno en el Misterio de Cristo Redentor (L. G. 52; R. M. 1) y en la existencia de los redimidos, nosotros sus hijos.

2. María a colaborado en la santidad de la Iglesia aceptando ser su Madre y Madre nuestra.

María al dar cabida al verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y ser reconocida como Madre de Dios Hijo aventaja con creces a todas las criaturas celestiales y terrenas. Pero a la vez está unida, en la estirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan de la salvación; y no solo eso, " sino que es verdadera Madre de lós miembros (de Cristo) .... Por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza" (L.G. 53; P. 287).

En el Calvario Jesús nos la entregó en la persona de Juan, cuando desde la cruz dijo, primero a María: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" y, luego al hijo: ahí tienes a tu Madre" (Jn. 19,26-27), por eso podemos hablar confiadamente con ella como con nuestra propia Madre.

María ama a todos sus hijos y quiere que vivamos unidos a nuestro hermano Jesucristo.

3.- María ha colaborado en la Santidad de la Iglesia, siendo miembro ejemplar de la misma.

María, por ser ella misma de la estirpe de Adán, es también miembro del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia pero de un modo excelentísimo y enteramente singular, como tipo ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad (L. G. 53). La vemos a través de las páginas del Evangelio: en el misterio de la anunciación del Arcángel San Gabriel, ella se considera la "esclava del Señor", ejemplo acabadísimo de humildad y acatamiento a la voluntad de Dios; cuando acude presurosa a la casa de su pariente Isa-

bel, lo hace en función de servicio, de exquisita caridad; la obediencia, el sacrificio, la mortificación, la prudencia y la sencillez se hacen manifiestas en María cuando es sumisa a las disposiciones de César Augusto y a las de su esposo José en el viaje a Belén, en el nacimiento de Jesús, en la huída a Egipto; su fineza, su ternura, su preocupación por los demás aparecen en las bodas de Caná; su inmolación y sufrimiento no pueden ser más elocuentes en las amarguras de la pasión y del Calvario. María es el Modelo acabadísimo de todas las virtudes; resplandece en el Cenáculo unida a los apóstoles y discípulos de su Hijo. María es el miembro ejemplar de la Iglesia naciente y de la Iglesia de todos los tiempos que peregrina hasta alcanzar la recapitulación de todas las cosas en Cristo.

4. María ha colaborado en la santidad de la Iglesia cuidando de los hermanos de su Hijo.

María cuida de nosotros, los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinamos en este mundo (L.G. 62). Su cuidado consiste en que tengamos una vida abundante y lleguemos a la madurez de la plenitud de Cristo (Jn. 10, 10; P. 288);

Este compromiso maternal de María es permanente. Jamás nuestra Madre ha dejado de prestar auxilio a la Iglesia; pues, la ayuda a ser santa:

a) Recordándola que su Fundador es Cristo, su Hijo. Pues Ella dio la vida al autor de la vida. Quien ve a María, ve al mismo tiempo a Cristo, Cabeza de su Cuerpo Místico. En María "todo está referido a Cristo y todo depende de El" (M.C. 25). Es la colaboradora estrecha de su obra (P. 293).

b) Le ayuda María siendo educadora de la fe, cuida de que el evangelio por la Iglesia predicado penetre en la vida de los hombres y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América Latina (P. 290).

c) Le ayuda siendo modelo para la vida de la Iglesia y de los hombres. Ella ha sido, es y será el espejo en que se miran la Iglesia y los hombres para aprender las virtudes que llevan a la verdadera santidad. Ella nos enseña que la virginidad es un don exclusivo a Jesucristo, que la pobreza y la obediencia al Señor se hacen fecundas por la acción del Espíritu Santo. Imitanto a María muchos hombres, mujeres y niños han llegado a la santidad. La Iglesia, como María, quiere ser Madre de todos los hombres por su comunión íntima y total con El. La virginidad maternal de María conjuga en el misterio de la Iglesia esas dos realidades: toda de Cristo y con El, y toda servidora de los hombres. María enseña el silencio, la abnegación y adoración (P. 294).

María es para la Iglesia y para nosotros el modelo del creyente "feliz tú que has creído" (Lc. 1,45). Es el modelo de la plena confianza en el Señor, "hagáse en mí según tu palabra" (Lc. 1,38), vaciándose de sí misma y poniéndose en las manos misericordiosas del Padre (P. 297).

d) Le ayuda a la Iglesia a ser santa obrando prodigios reales en la vida espiritual y material de los individuos y de los pueblos.
Efectivamente, quién puede negar el inmenso influjo que ejerce en los Santuarios dedicados a su veneración: cuántas conversiones y reconciliaciones; cuántas heridas del alma y del cuerpo se cicatrizan y curan cuando nos postramos a sus pies.
Y no se escapan a su maternal preocupación la obras materiales que a su nombre se realizan en bien de los pobres, necesitados y marginados. La generosidad de los devotos facilita atender a estos hermanos más débiles.
La preocupación de María en Caná de Galilea (Jn. 2,3) es una manifestación de que Ella está presente aún en la vida temporal de la Iglesia, solidarizándose con los necesitados.
De esta manera María influye positivamente en la santificación de la Iglesia y de los hombres. Su ejemplo nos conduce a una vivencia integral del Evangelio, en lo espiritual y material.

B. - LA COMUNION DE LOS SANTOS Y MARIA

I. ¿Qué entendemos por comunión de los santos?

La comunión de los santos es la misma Iglesia, pero ciñéndose a una interpretación eclesiológica, la comunión es la expresión formal de la sociabilidad sobrenatural de los miembros de la Iglesia; sociabilidad que sólo en última instancia remite a Cristo y a su obrar. En otras palabras, los miembros de la Iglesia forman una sola y misma familia. En una familia hay comunidad de bienes entre el padre, la madre y los hijos: todos trabajan por la familia y el trabajo de cada uno aprovecha a todos. De la misma manera, en la gran familia de Jesucristo, todos los cristianos se aprovechan de los tesoros, que son como las rentas espirituales de la Iglesia.

Esta comunicación de bienes existe, no solamente entre los fieles de la Iglesia terrena y militante, sino también entre los santos de la Iglesia celestial o triunfante y nuestros hermanos de la Iglesia purgante.

Estos bienes espirituales de la Iglesia son: ante todo, los méritos infinitos de Jesucristo; los de la Santísima Virgen y de los Santos; luego, el Santo Sacrificio de la Misa y los sacramentos; y, finalmente, las oraciones y buenas obras de todos los fieles.

Por lo tanto, estamos en capacidad de decir don Gianni Colzani que "la comunión de los santos es la comunión de los fieles vivos y solidarios entre

sí en la oración, en el amor mutuo y en la obras buenas con que participan en la vida de la comunidad; la comunión de los santos expresa además la comunión con los fieles pecadores que, a pesar de sus culpas, siguen siendo miembros de la Iglesia, convirtiéndose para ellos en proclamación de la misericordia y el perdón divinos y en posibilidad de una nueva pertenencia al Reino de Dios; la comunión de los santos abarca también la comunión con los fieles difuntos, en cuyo favor elevamos nuestros sufragios para implorar la misericordia de Dios y abreviar su purificación; la comunión de los santos es, sobre todo, la comunión de los bienaventurados del cielo, que, definitivamente santificados, no conocen ya otra relación ni otra autoridad que la que representa la santidad de Dios; y, la comunión de los santos es nuestra comunión con los bienaventurados, cuya memoria celebramos para que su intercesión nos ayude a progresar en el camino de la virtud ("La comunión de los santos - Unidad de cristología y eclesiología" - Colección Alcance, No. 39, pág. 24).

El Concilio Vaticano II nos dice que: " La comunión de los santos nos une con Cristo, de quien, como de Fuente y Cabeza, dimana toda la gracia y la vida del mismo pueblo de Dios" (L.G. 50)

II. ¿Cuál es el puesto de María en esta comunión de los santos?.

a) María está presente en la vida de la Iglesia.

El Papa Juan Pablo II en su Encíclica "Madre del Redentor", recogiendo una idea del Vaticano II, habla de una Iglesia en camino estableciendo una analogía con el Israel de la Antigua Alianza en camino a través del desierto, así la Iglesia, el nuevo Israel, caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne (Heb. 13,14; L.G. 9); "precisamente en este camino - peregrinación eclesial a través del espacio y del tiempo, y más aún a través de la historia de los hombres, María está presente, por el don de su maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamanete a la Iglesia (R.M. 44) y María está presente como la que es feliz porque ha creído, como la que avanza en la peregrinación de la fe", participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo (R.M. 25).

Por consiguiente, María está presente, nos acompaña en todos los pasos de nuestra propia peregrinación. Ella aceptó colaborar con Dios para la salvación del género humano; se prestó para ser la Madre de Jesús, nuestro Redentor; se comprometió también para ser nuestra Madre y desde entonces no nos ha abandonado jamás. La historia del hombre está repleta de las intervenciones de María, llamándole a la conversión, a la unidad, a la fraternidad, al amor. Este ha sido el sentido de todas sus apariciones. Ella no nos ha fallado en su papel de Madre.

b) **María en la comunión de los santos nos participa la plenitud de su gracia.**
Según el testimonio de Arcángel Gabriel, María Santísima es la "llena de gracia". Dios le colmó de gracia en consideración a que iba a ser Madre del Redentor. Esta gracia especialísima y plena también nos beneficia a nosotros, en razón de la comunión de los santos. Ella nos participa de su plenitud por la comunión de los santos.

c) **María en la comunión de los santos es la modelo espiritual de todos los creyentes.**
La Santísima Virgen es el perfecto modelo de todos los fieles que aún peregrinamos en esta tierra. La Madre de Dios es tipo de la Iglesia, a saber: en el orden de la fe, "feliz tú que has creído (Lc. 1.45); de caridad: visita a Isabel (Lc. 1,39), Bodas de Caná (Jn. 2,5) de la perfecta unión con Cristo y de la esperanza: "haced lo que El os diga" (Jn. 2,5), "he aquí la esclava del Señor" (Lc. 1,38) Ella no desengaña (Rm. 5,5; R.M. 42).
La Iglesia, entendida como comunión de los santos, teniendo como modelo a María, trata de asemejarse a Ella: "Imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad" (L.G. 64)

d) **María en la comunión de los santos es cooperadora en la generación y educación de los hijos de la Iglesia.**
Efectivamente, María no solamente es modelo de virtudes, sino que es mucho más. Pues, "con materno amor coopera a la generación y educación" de los hijos e hijas de la Madre Iglesia, como coopero para la generación del Hijo de Dios hecho hombre. Esta acción de María es el cumplimiento amoroso del mandato de Jeús cuando, estando Ella al pie de la Cruz, le dijo. "Mujer, ahí tienes a tu Hijo" (Jn. 19,26), refiriéndose a Juan, que en ese momento representaba a todo el género humano, y él, a su vez, a nombre de todos los hombres, le recibió como su Madre, "ahí tienes a tu Madre" (Jn. 19,27) De esta manera María asume el papel de "Madre espiritual, en el orden de la gracia, de todos nosotros.
El pueblo cristinao así lo ha entendido y así lo ha sentido, pues sus relaciones con María han sido siempre de amor filial.

e) **María en la comunión de los santos es modelo de apostolado seglar.**
Ella ha recibido de la Iglesia el título de Reina de los Apóstoles porque en su peregrinar terreno. tal como toda criatura humana, con sus penas y alegrías, "estaba constantemente unida con su Hi-

jo y cooperó de modo singularísimo a la obra del Salvador; y ahora, asunta a los cielos, "cuida con amor materno de los hermanos de su Hijo que peregrinan todavía y se ven en peligros y angustias hasta que lleguen a la patria feliz" (A.A. 4).

Ella, más que con sus palabras, nos dejó un ejemplo perfecto de sincero servicio a los demás y de caritativa participación en las necesidades, preocupaciones y viscisitudes del prójimo. Aún ahora asunta en el cielo, sigue intercediendo por nosotros pues como nuestra Madre nos ayuda con su consuelo, su estímulo, sus mensajes, dándonos así pruebas evidentes de su maternal amor.

De esta manera nuestra Señora señala el camino, los criterios y la finalidad de un auténtico apóstol de Cristo.

Como hemos podido constatar, María Santísima está en la comunión de los santos repartiendo a raudales sus dones y gracias especiales a los que formamos, la Iglesia peregrinante; está siendo el consuelo de nuestros amados difuntos, en la Iglesia purgante; y, está siendo la dicha de los santos en el cielo, de la Iglesia triunfante.

IV Conclusión General

Queridos hermanos aquí presentes:

Con cuánta admiración y amor hemos reflexionado sobre las glorias de María Santísima, nuestra Madre, y sobre la protección maternal que ejerce en favor de todos nosotros, que formamos la Iglesia Santa de Dios y estamos unidos en la comunión de los Santos.

El Concilio Vaticano II nos trae un grande consuelo, pues con su autoridad nos enseña que "María con su solicitud maternal se preocupa de los que son hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en medio de los peligros y ansiedades, hasta que sean conducidos a la Patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro de los cristianos, Mediadora. Lo cual sin embargo ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador" (L. G. 62).

Nosotros en cambio, debemos estar dispuestos a obedecerla, si queremos ser verdaderos hijos de Ella; debemos acoger comodicha a cada una de nosotros las palabras que dirigió a los criados en las bodas de Caná: "Haced lo que El os diga"(Jn. 2,5)

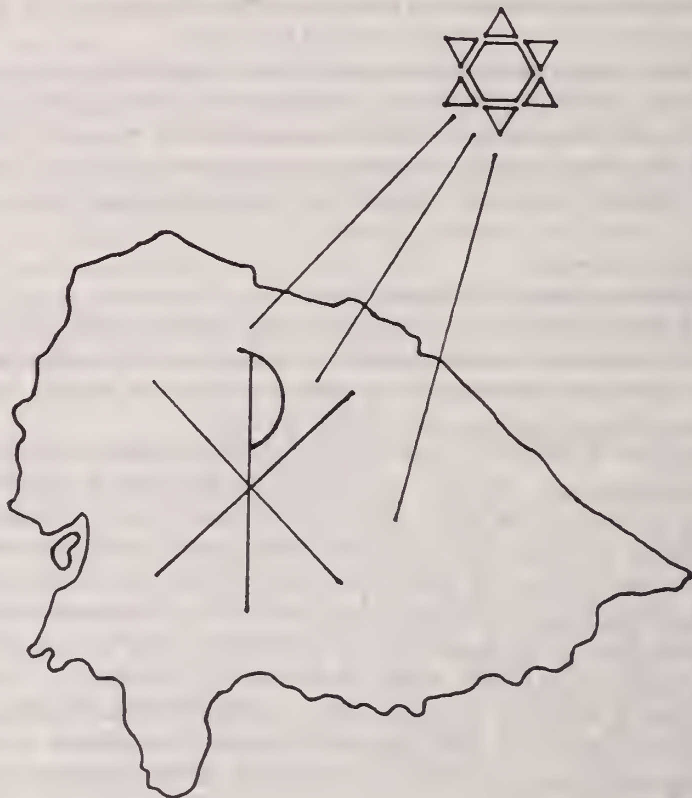
Este es el secreto para caminar en este mundo por el verdadero y seguro camino de la salvación.

De una manera especial para nosotros los ecuatorianos, consagrados al Sagrado Corazón de Jesús, que tenemos la dicha de contar con los cuidados amorosos de nuestra Madre la Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Presentación de El Quinche, están dichas las palabras: "Haced lo que El os diga" A Ella, presente para amadrinar la consagración de la Basílica

del Voto Nacional, prometámosle obediencia a los mandatos de su Hijo; pidámosle ricas y abundantes gracias para nuestra Patria, para nuestro Quito y para nuestra Santa Iglesia.

Fieles a la Alianza que celebró el Ecuador con Dios, reconociéndole con su Dueño y Soberano, caminemos hacia Cristo con María y como María.

Hacia Cristo con María y como María



IV Congreso Nacional Mariano del Ecuador

EXIGENCIAS DE LA SANTIDAD: JUSTICIA Y CARIDAD EN EL PLANO SOCIAL

Dr. Galo García Feraud

En la línea del pensamiento pontifical, que bien reconoce y proclama la presencia "activa y ejemplar" de la Madre del Redentor en la vida de la Iglesia, corresponde destacar cómo entre las Exigencias de la Santidad y bajo la inspiración de MARIA, la Justicia y la Caridad son premisas indispensables en la vida terrenal de quienes buscan, por la gracia del Señor, los mejores y mas altos niveles en la virtud y el ejemplo.

María, "llena de Gracia", Madre de Dios y Madre de todos los hombres, al haber sido llamada así, en el anuncio de su misión trascendental, fue desde su inicio nominada por el Señor como el ser excepcional y extraordinario que recibía la "plenitud de sus dones" por el "misterio de la plenitud de los tiempos".

La Gracia de Dios, es un don del Señor en su infinita misericordia. Por lo mismo, nominar a María "llena de Gracia" preservada desde su nacimiento del pecado original, significa consagrar el prototipo de la gracia salvífica y santificante, como espejo en el que debe mirarse y medirse la humanidad entera, en la búsqueda permanente de su liberación y redención.

Será entonces el ejemplo de María, en sus silencios y abandonos llenos de fe, en su prudencia y en su entrega sin comprender y reclamar, la que ha de señalarnos el camino de la virtud y el ejemplo, para hacer del tránsito terrenal una oportunidad para la justicia - virtud moral- y una dimensión para la caridad, virtud teologal, entendida como el amor o cumplimiento del mandato de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

El reino del Señor es el reino es de la vida eterna y del amor infinito, y por eso el fin de su Iglesia, la que se levantó sobre Pedro, es de orden religioso. Empero, de esa religiosidad, como lo advierten los documentos del Concilio Vaticano II, "se derivan funciones, luces y energías" que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la Ley divina.

Por consiguiente, la Justicia no sólo resulta así un valor conceptual, de logicidad universal, que implica el ideal del derecho, tanto como corresponde a la razón y a la naturaleza humana, sino que es también y en preeminente lugar una virtud en la escala de los valores espirituales del hombre bueno, que reconoce en los demás y en cada cual lo que le corresponde, no únicamente por una disposición racional, puramente racio-

nal, sino por el amor a Dios, y a todos los seres humanos, cercanos y distantes, para la mayor Gloria del Señor.

La regla de oro de la justicia, que manda a respetar y a hacer por el derecho ajeno lo que uno desea que se respete y se haga por el derecho propio, encuentra así su más clara expresión en la convivencia religiosa del hombre virtuoso que concibe su deber social no sólo por una concepción racionalizada sino por un sentimiento de amor a la humanidad.

La Gracia santificante y salvífica se expresa así y entonces, en esa perspectiva de la vida social, en la suprema síntesis de dos valores, que de dos se hacen uno entre las exigencias de la santidad.

Si he de ser justo, no sólo lo he de ser por la justicia racionalmente concebida, sino porque ella es expresión de amor a Dios y se explica como expresión de amor a los demás.

La caridad concebida como el Mandato de amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a uno mismo, es de por sí base, fortaleza y respaldo para la justicia, porque en las especificaciones y concretizaciones de ésta, en el reconocimiento de los derechos de los demás, de cada hombre y sus realizaciones, deben estar latentes muchos de nuestros renunciamientos, erguidos sobre el pedestal de la sensibilidad y la solidaridad, como sólo son posibles en el perfil más claro de un amor oblativo.

Pero nada de esto será posible si no concebimos el valor permanente y trascendente de la Hija y Madre del Redentor en su perspectiva original y en sus salvíficas derivaciones. Maternidad suprema la de María, en la concepción a un tiempo divina y humana de su Hijo, Maternidad derivada la de la Virgen como Madre de la Iglesia en tanto Madre de los Apóstoles, consagrada en el testamento postrero de Cristo en el Calvario, clavado en la Cruz Liberadora, confiando su Madre a Juan y a Juan a su Madre; Maternidad derivada como Madre de todos los seres humanos, porque la Iglesia en tanto pueblo de Dios la constituimos todos y porque la encarnación humana de Dios, en la expresión más alta y sublime de la redención, completa y perfecta, aún así generosamente admite los complementos imperfectos de nuestra redención a través del dolor y del abandono como el de María - Pobre de Dios - ante los inescrutables designios del Señor.

La exquisita y aleccionante sensibilidad de María es magníficamente presentada en la Encíclica Redemptoris Mater, trayendo el recuerdo del Evangelio de San Juan, sobre las Bodas de Caná de Galilea. En palabras del Sumo Pontífice, el Evangelio "delínea en la descripción del hecho de Caná lo que concretamente se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea, la solicitud de María por los hombres, el ir al encuentro en toda la gama de sus necesidades ...... El ir al encuentro de todas sus necesidades significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo".

Aqui María, como bien se ha dicho, aparece, transparece y desaparece. Aparece con humildad, con inmenso amor a Dios y con amor para todos los demás. Evita la vergüenza de los anfitriones, porque no les hace caer en cuenta de la falta de vino y obra con la superior discreción de quien no debe aparecer en primer plano. Por ende, podemos repetir esa sabia lección: María aparece con discreción, sirve y transparece como el mejor de los cristales para dejar que la luz y la misericordia del Señor se vea tal como es, y desaparece silenciosamente, porque sólo y únicamente es el mejor de los testimonios de la misericordia del Señor..

Pues bien. Esa sensibilidad, aleccionante sensibilidad, frente a la inmensa gama de necesidades del hombre, de la humanidad, es la que tenemos que seguir para alcanzar aunque sea pálidamente la realización de la Justicia en los más diversos contenidos de nuestras relaciones interpersonales y de aquellos que conciernen al plano social.

La justicia, valor inespacial e intemporal, aspiración humana y de toda la humanidad, necesidad universal de todos los hombres a imagen y semejanza de María, como expresión de santidad y virtuoso ejemplo, tendrá que ser el ideal perseguido. Y esa solicitud por las humanas necesidades no tiene otro mejor testimonio que la acción por la Justicia, en todas sus manifestaciones.

Llegados a este punto de nuestras reflexiones, no podemos olvidar el pensamiento de Pablo VI, cuando en la "Evangelii Nuntiandi", al referirse a la esencialidad evangélica de la Iglesia, dice que ella le da a los cristianos "una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención, sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido. La Iglesia se esfuerza por inserir siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia".

Guiados por tan magnífica interpretación, la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, en su Declaración sobre la Promoción de la Justicia Social, en Agosto de 1977, con gran sentido cristiano y prudente maestría, expresa " que las únicas decisivas para trabajar, sin desfallecer, por un orden social más justo son las que están en relación directa con el plan querido por Dios al revelar el "Gran MISTERIO" de Cristo (E.f. 3,1 - 13).

Pero no estará por demás puntualizar que nuestra palabra sobre materias temporales no se limita de suyo a los enunciados generales y a los fundamentos doctrinales abstractos. La vida cristiana es un único tejido donde se entrecruzan los afanes del tiempo y de la eternidad y está hecha de realidades muy concretas. Este servicio nuestro a la promoción de la justicia

y de la solidaridad social se apoya, pues, en la fe y en la caridad aplicadas a la vida práctica y en la esperanza de que nuestra Iglesia "por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, pueda ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre y a su historia".

Es decir, la vocación por la Justicia, supremo ideal, resumen de todas las virtudes, en la dimensiones de la relación interpersonal y de la organización social, sólo puede concebirse cabalmente bajo la inspiración del amor divino y del amor fraterno, que nos mueve a dar a los demás lo que quisiéramos que se nos dé también a nosotros.

Si no hay ese "darse", si no hay el impulso de la solidaridad social movida por la fe y la caridad, como fundamentos y soportes de toda virtud, qué difíciles resultarán en la práctica las cristalizaciones de la justicia en el plano social.

Resulta ahora imperativo recordar la idea generosa y cristiana del patrimonio común de la humanidad, extraída de la concepción luminosa del Santo Padre Pío XII. "Todo hombre, - decía, - como viviente dotado de razón, tiene de hecho y por naturaleza, el derecho fundamental de usar los bienes materiales de la tierra, aunque se haya dejado a la voluntad humana y a las formas jurídicas de los pueblos el regular más particularmente su realización práctica. Semejante derecho individual no puede en modo alguno ser suprimido, ni siquiera por otros derechos justos y pacíficos sobre los bienes materiales. Sin duda que el orden material, que se deriva de Dios, requiere también la propiedad privada y el libre comercio recíproco de los bienes por medio de cambios y donaciones, así como la función reguladora del poder público sobre estas dos instituciones. Sin embargo, todo esto permanece subordinado al fin natural de los bienes materiales, y no se podría hacer independiente del derecho primero y fundamental de su uso que corresponde a todos, sino que más bien ha de servir para hacer posible su realización conforme a su fin".

Hay que afrontar, entonces, como lo recomendara el citado documento de la Conferencia Episcopal, la cuestión clave de la implantación de la Justicia Social. Allí y con razón se dijo: "El gran interrogante que está en la base del problema presente es este: en qué consiste la relación básica de dominio entre las riquezas de un País y la población que lo habita?. Se trata de la finalidad esencial y primordial de los bienes económicos según el orden natural establecido por Dios. Hay una respuesta sintética a esta pregunta fundamental que deseamos consignar recogiendo ideas que constituyen doctrina unánime en la Iglesia: La relación fundamental del dominio de una población sobre los bienes materiales de su tierra es una relación comunitaria, solidaria y laboral, configurada constitutivamente por el mismo Creador. Esto quiere decir algo muy claro y concreto: los bienes económicos de una país son para todos sus habitantes, pero no como quiera, sino en cuanto están ligados entre sí por vínculos de solidaridad y en

cuanto todos han de cooperar a su desarrollo con el trabajo".

Por otra parte, en nuestra obligación de cristianos y católicos confesantes está el acercarnos al ideal de santidad que quiere Dios para nosotros, sin que esto implique una pretensión vanidosa. El Señor quiere que seamos santos, dentro del marco de nuestras evidentes y sentidas limitaciones. El llamado del Señor se repite en el testimonio de las Sagradas Escrituras:

"El mismo nos escogió antes de la creación del mundo para que seamos santos y sin mancha en su presencia por la caridad, habiéndonos predestinado como hijos adoptivos por Jesucristo, a gloria suya, por puro afecto de su buena voluntad" Epístola a los Efesios I, 4-5)

Y este llamado alcanza una mayor tonalidad, en medio de nuestras reflexiones cristocéntricas, cuando admiramos al Verbo Encarnado a través de su Madre, que hace la luz en la imitación de Cristo.

Así, pues, para limitar al Señor, en su infinita Misericordia, que nos concede su Gracia no por nuestros méritos sino por el amor que El siente por sus criaturas, tenemos que transitar por los caminos de la caridad y la Justicia, que son caminos de amor y comprensión, de solidaridad y entrega sin esperar contraprestaciones.

"La mejor caridad está en excederse generosamente en la Justicia", enseñaba y con sobrada razón don José María Escrivá de Balaguer. " La caridad ha de ir dentro y al lado, porque lo dulcifica todo, lo deifica : Dios es Amor", decía recordando la Primera de las Epístolas de San Juan. Y luego, con evidente sabiduría, entre sus Homilías, se expresaba así: ".... .... no existe ejemplo más claro de esa unión práctica de la justicia con la caridad que el comportamiento de las madres. Aman con idéntico cariño a todos sus hijos, y precisamente ese amor les impulsa a tratarlos de modo distinto - con una justicia desigual - ya que cada uno es diverso de los otros. Pues, también con nuestros semejantes, la caridad perfecciona y completa la Justicia, porque nos mueve a conducirnos desigual con los desiguales, adaptándonos en sus circunstancias concretas, con el fin de comunicar alegría al que está triste, ciencia al que carece de formación, afecto al que se siente sólo .... La Justicia establece que se dé a cada uno lo suyo, que no es igual que dar a todos lo mismo. El igualitarismo utópico es fuente de las más grandes injusticias. Para actuar siempre así, como esas madres buenas, necesitamos olvidarnos de nosotros mismos, no aspirar a otro señorío que el de servir a los demás, como Jesús - Cristo que predicaba: el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir" (Epístola a los Gálatas VI, 2).

En el plano social del Ecuador, cuando tantas son las diferencias que marcan tan agudas y lacerantes desigualdades, en medio del dolor y la pobreza, cuando muchos están vencidos por las necesidades, y tantas son las presiones y deformaciones de la sociedad, el sólo pensar en el segundo milenio de María y el alborar de los veinte siglos que nos separan histórica-

mente de la vida de Jesús, hacen de ésta una cita de trascendental importancia para renovar nuestros esfuerzos en la imitación al Señor, para que el mundo sea más humano y llevadero, para que la solidaridad y la comprensión nos permitan ir en pos de los hombres y comunidades con las manifestaciones específicas de Justicia que esos hombres y esas comunidades requieren de un trato personalizado y respetuoso de las integridades personales y colectivas, sabiendo que "la vida cristiana es un único tejido donde se entrecruzan los afanes del tiempo y de la eternidad", según la cita que antes hiciéramos de la Conferencia Episcopal.

Por esos caminos, nuestra espiritualidad religiosa, nuestra ansiada fertilidad en la oración, nuestra confesión íntima y sincera, nuestra devoción plena y auténtica, si es que las alcanzamos como don de la Misericordia Divina, cobrarán la dimensión vivencial que el Señor espera de nosotros. Esto, naturalmente, en la medida en que vivamos los deberes de la Justicia con amor para el hombre y todos los hombres, en la medida en que ponderemos la "opción de los pobres" en la apreciable diversificación cualitativa que la pobreza importa en tanto se carezca de factores de sustento, atracción, simpatía o aprecio, en fin, en la medida en que la Justicia la percibamos como una expresión de respeto a la integridad de cada ser humano y de las colectividades dentro del plano de las limitaciones, peculiaridades e idiosincracias que a cada uno corresponden, y en particular en la consideración de sus carencias e insuficiencias estructurales que a veces resultan insuperables. Entonces si la dimensión dikelógica de la vivencia social hará que nuestros esfuerzos sean un himno de paz y entendimiento para la humanidad.

En esos esfuerzos, la luz de la Madre del Redentor, permitirá que Jesús nazca en nosotros. Así resulta y resultará su maternidad permanente y repetida. En un repetirse de la Navidad en cada vez que por la intermediación de María, la imitación de Cristo, por los senderos de la Santidad, en la Justicia y la Caridad, haga en nosotros el prodigio de la salvación, reflejando el Misterio de la Plenitud de los Tiempos. En cada vez que así acontece y acontezca, María, Stella Maris, Estrella del Mar, es y seguirá siendo el faro del navegante en la búsqueda de su destino espiritual hacia la plenitud de la Gracia de la vida eterna.

CONCLUSIONES

1.– Hay una realidad de injusticia, desigualdad y descristianización, como consecuencia de una deficiente evangelización.

2.– La práctica de la justicia exige la caridad en toda dimensión, pero la caridad y la justicia exigen, a la vez, un proceso de continua conversión.

3 Es necesario intensificar la evangelización para que actúe el Espíritu de Jesus y se pueda practicar la justicia informada por la caridad.

4 Es un vivo anhelo de este Congreso Nacional Mariano que:
Como Iglesia, seamos ejemplo en la práctica de la caridad y la justicia, acogiendo la proclamación de María, quien en su cántico dice: "A los hambientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada" (Lc. 1,53).
Tomemos conciencia de la situación en que vivimos y nos esforcemos por conocer la Doctrina Social de la Iglesia para llegar a actitudes que nos impulsen a la vivencia del Evangelio.
Frecuentemos los sacramentos para que no nos falte la gracia.

5 - Este Congreso Nacional Mariano exhorta a:
Una celebración más solemne de la fiesta de la Anunciación, el 25 de marzo.
- La recitación piadosa y diaria del Angelus, que recuerda la encarnación del Hijo de Dios en el seno de María Virgen.
La celebración de los primeros sábados de mes en honor al Inmaculado Corazón de María, a quien el Ecuador está consagrado.

MARIA FELIZ PORQUE HA CREIDO

Aspecto Teológico

"DICHOSA LA QUE HA CREIDO QUE SE CUMPLIRAN LAS COSAS QUE SE LE HAN DICHO DE PARTE DE DIOS" (Luc. 1, 45)

P. Hugo Vázquez Almazán
Delegado de la Arq. de Guayaquil

Me corresponde hablar sobre la pericopa de san Lucas: "Dichosa la que ha creído que se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte del Señor" (1. 45). La primera parte de mi intervención no es sino una reelaboración de lo que ya han dicho sobre el mismo tema los escrituristas, exegetas, teólogos y mariólogos. En la segunda parte, que he pretendido hacerla más original y más propia, deseo destacar que, en la persona de la Virgen María, Dios en forma plena y total, restauró la imagen del ser humano de la creación y, en consecuencia, la alabanza de granito con que la envuelve su pariente anciana, no es sino la expresión y la concretización del encuentro de Isabel con el rostro materno de Dios, presente en María. De esta forma quiero poner especial énfasis en el mundo de las Causas Segundas y en el papel maravilloso que María tiene en este aspecto.

I. Lo que dice la fe y la tradición de la Iglesia.

1. San Lucas, que hace una mariología madura, transparente y profunda, comienza su Evangelio con la orquestación de dos anunciaciones: la de Isabel, esposa del sacerdote Zacarías, y la de María, la Madre del Señor. Las dos son distintas y tienen fines distintos. Sinembargo, en el pensamiento teológico-histórico de Lucas, las dos anunciaciones son como un prólogo: nos preparan a la escena de la Visitación de María a su pariente Isabel, que, en el fondo, no es otra cosa que una revelación de la fe de María y de la fe de Isabel.

   La pariente de María, que concibe milagrosamente en su ancianidad, oculta el vientre porque tiene vergüenza de su embarazo. En Isabel pesa igual cosa que con Sara, Rebeca y Raquel, ilustres antepasadas del pueblo de Israel, y de Ana, la madre de Samuel, a quienes el Señor les dio hijos tardíamente, para que así se hiciera evidente la bondad y el poder de Dios con los humildes y despreciados de este mundo.

El ángel del Señor, que conoce el misterio ontológico de María, le revela el secreto de su pariente encinta, señalándole que para Dios "nada hay imposible" (Luc. 1, 37). María se conmueve y, sin pensarlo dos veces, toma el camino de Ain-Karim para ir a visitarla, ayudarla y compartir con ella "la gracia del embrazo". Por otra parte, Isabel su pariente, por una especial intervención de Dios, recibió asimismo "la revelación" de lo que Dios había hecho en el seno de María. De esta manera la Visitación se transforma en el sitio de Dios en donde se revelan las maravillas del Señor en dos hijas de Israel.

2. El misterio santo de María, por otra parte, es presentado por Lucas bajo la fuerza de dos salutaciones inusuales: la primera de orden divino y la segunda de orden humano. La dos salutaciones, en forma concisa y meridiana, nos dejan al descubierto "lo muy, muy interior de María", como diría santa Teresa de Jesús. Gabriel, el ángel, la saluda: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (Luc. 1,28), e Isabel, su pariente anciana: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" (Luc. 1, 42).

El saludo del ángel, que llevó consigo la realidad de la Encarnación, trasciende cualquier línea de cortesía. Lo que más inmediatamente aparece destacado por San Lucas, es que la Maternidad Divina, que siguió al saludo del ángel, significó para María un inmenso despliegue de fe, cuyas facetas las pone de relieve cuidadosamente.

a. Su fe en cuanto a la acogida dócil de la Palabra de Dios. Esto se encuentra expresado sobre todo en la escena de la Encarnación. Su respuesta al ángel es total: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra" (Luc. 1,38). La respuesta de María constituye, en sí misma, una formulación formidable de su total disponibilidad para el plan y el designio de Dios sobre su persona. Es una contraposición clarísima a la respuesta de Zacarías, castigado "por no haber creído en las palabras" del ángel, destinadas a cumplirse de todos modos (Luc. 1, 18 -20), y, por otra parte, celebrada por Isabel en la Visitación: "Dichosa la que ha creído que se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte de Dios".

b. María, por otra parte, vive su fe a través de una cuidadosa conservación y preservación de esa misma palabra en el corazón contra todos los embates de la decepción y del desaliento: "Los que están junto al camino son los que la oyen pero luego viene

el diablo y se lleva la palabra de Dios de sus corazones para que no crean y se salven ..... Y la que cayó en tierra buena, son los que, escuchando la palabra con corazón bueno y generoso, la conservan y fructifican con perseverancia" (Luc. 8,12.15). " Pero él le dijo: Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican" (Luc. 11, 26). Con estos textos de san Lucas podemos entender la intención manifiesta del evangelista con que desea destacar la actitud "retentiva" y "reflexiva" de la Madre de Dios frente a los sucesos desconcertantes en los que se encuadraba el misterio de su Hijo: "María, por su parte, guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón" (Luc. 2, 19).

c. Un tercer aspecto que san Lucas acentúa notoriamente es la prontitud con que María traduce en obras la palabra de Dios. El Evangelio nos subraya que María partió con "presteza" a visitar y asistir a su pariente Isabel, de cuyo estado había sido informada por el ángel, manifestando, en esta forma lúcida, su fe en el mensaje que había sido transmitido (Luc. 1,36.39).

3. Con el saludo de María a su parienta, se rompe el ocultamiento del embarazo de Isabel, y, por un designio especial del Señor, Isabel hace una confesión a gritos: "¿De dónde aquí que la Madre de mi Señor venga a mí? ..." (Luc. 1,43). Para continuar con mayor fuerza: "por que así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño de mi seno" (Luc. 1,44). El movimiento del niño Juan en el vientre materno de Isabel no es nada nuevo en el libro sagrado. Es, por una parte, una alusión directa a Esaú y a Jacob en el vientre de Rebeca: "Los chicos se entrechocaban en su seno" (Gén 25, 22) y, por otro, una alusión indiscutible a la acción del Rey David que, con "toda la casa de Isabe bailaba delante de Yahweh con todas sus fuerzas" (II Sam 6, 5).

En la exultación de gozo del niño Juan en el viente de su madre hay una intención muy clara de san Lucas: quiere indicarnos que Juan, desde el vientre materno, estaba lleno del Espíritu Santo y que sería un profeta en todo el sentido de la palabra y que, en ese mismo momento, comenzaba a profetizar saltando de gozo. Este gozo, por otra parte, anuncia el advenimiento "de la plenitud de los tiempos" (Gál. 4.4) es decir, la era del Mesías y Señor.

4.- Ahora bien, ¿Isabel profetiza por la presencia del Niño que María lleva en su seno o es la misma Madre del señor la que despierta en su pariente esta realidad divina? Personalmente pienso que se debe tanto a la presencia del Hijo de Dios que lleva María en su seno como la misma persona de

María, en quien se ha restituido la imagen del hombre primero. Lo mismo podemos decir en cuanto a la exultación de Juan; María es Arca de la Nueva Alianza. Portadora del Señor. En san Lucas resulta evidente la utilización deliberada del oráculo en que Sofonías se dirige a la Hija de Sión, invitándola a alegrarse porque, disipada la opresión, Yahweh está en su seno como Rey y Salvador (Sof 3, 14 - 17; Zac 2, 14). Max Thurian, el teólogo de la otra orilla, con rara perfección, entra en el pensamiento de San Lucas y dice: "San Lucas reconoce en la Virgen María a la Hija de Sión del Antiguo Testamento a la Hija de Sión escatológica, a la encarnación del Resto fiel de Israel que, en su pobreza y su santidad, espera el gozo de la venida de Dios en su Mesías, y, al concebir virginalmente, Yahweh va a venir a habitar en su seno, como en el Arca de la Alianza. Hija de Sión, Madre del Mesías, Morada de Dios: he ahí la titulatura que se puede dar a María, en la perspectiva del Antiguo Testamento, tal como san Lucas la ha querido subrayar" (María Madre del Señor, Figura de la Iglesia, pág. 27). René Laurentin, en su Corto tratado de teología marial, pág. 23, subraya: "En María la Hija de Sión deja de ser un símbolo para llegar a ser una realidad personal, y la presencia de Yahweh en el seno de Israel toma un nuevo sentido: el de una maternidad divina".

5.- Con todo lo expuesto hasta ahora, podemos entender mejor la perícopa: "Dichosa la que ha creído que se cumplirán las cosas que le han dicho de parte del Señor" (Luc. 1, 45). Pero aquí también, se quiera o no, se tiene que tomar uno de los dos cánticos que san Lucas coloca en los labios de Isabel y de María.

La pariente anciana, le canta:
"Bendita eres entre las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre...
Dichosa la que ha creído,
que se cumplirán las cosas que se le han dicho
de parte del Dios"

a) El cántico de Isabel es una amalgama de motivos véterotestamentarios. Son trozos tomados de cánticos que alaban a mujeres israelitas, que tejieron la Historia de la Salvación. Isabel alaba a María como Débora alaba a Jael: "Bendita seas, Jael, entre las mujeres" (Jue 5, 24). Lo mismo hizo Ozías, el hijo de Miqueas, em presencia de Judith: "Bendita tú, hija.... entre todas las mujeres de la tierra" (Jud 13, 18).

Los cánticos de Jael y de Judith señalan la forma cómo Dios se sirvió de ellas para vencer a enemigos tan potentes, confundiendo a los fuertes de este mundo Pero la bendición de María, según el pensamiento de san Lucas, se explica y se encuadra en una realidad nueva "Bendito es el fruto de tu viente" Es un eco de la bendición prometida por Moisés a Israel: "Bendito sea el fruto de su vientre" (Det 29,1,4). Esto supone tam

bién en este aspecto, que la bendición de María no es una gracia personal sino una gratia capiti. María, según el pensamiento de san Lucas, tiene un papel en el plan entero de Dios porque ha concebido al Mesías, "que será la gloria de Israel" (Luc. 2,32).

b) La segunda parte del cántido de Isabel tenemos que ubicarlo en la respuesta total de María al ángel del Señor: "Hágase en mí según tu palabra" (Luc. 1,38). La contestación de María equivale a las mismas palabras usadas por el señor Jesús: "Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen" (Luc. 8,21). Es importante adentrarse en el pensamiento de san Lucas para descubrir cómo concibe él su relación con la maternidad mesiánica. "Su idea, lo señala el Padre Beltrán Villegas, es, ante todo, que ésta, en cuanto relación física, no constituye una vinculación con Jesús provista de algún valor: lo único que vale es la fe. Y es así como san Lucas no sólo conserva en su evangelio la escena marcana en que Jesús proclama que el verdadero parentesco con él no se funda en los lazos de la carne y de la sangre (Mar 3, 31 - 35); Luc 8, 19 - 21), sino que añade por su cuenta otra escena semejante, en la que el Señor corrige la exclamación de una mujer del pueblo que "beatifica" a su Madre' "Más bien dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la conservan". Aquí se centra el telón de fondo de las palabras de Isabel a María: "Dichosa la que ha creído....".

c) Como la mujer de la multitud, Isabel celebra el que María sea la Madre del Mesías. Pero la maternidad fisica, según el pensamiento de Lucas, está supeditada al discipulado. María, para San Lucas, es grande porque "ha escuchado la palabra de Dios y la ha puesto en práctica".

Este discipulado consiste, esencialmente, en juntar la escucha atenta de la palabra de Dios, y al mismo tiemo, en la "observancia" y "vivencia" de la misma palabra. La palabra que María aceptó en su vida, implicaba ciertamente una concepción virginal, pero también una entrega sin reservas a la voluntad de Dios, y por eso, requería de una fe adulta, desconocedora de prudencias o de miedos. Por tanto, lo que María aportó al plan salvífico de Dios, fue su fe redonda y única en su Creador y Señor que podía realizar su palabra. Es, en este camino, donde se encuentra toda la fuerza del canto de su pariente: "Dichosa la que ha creído.... "

II. María rostro materno de Dios.

1.- Cuando Dios Yahweh, según el relato del Génesis, concretiza: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra propia semejanza" (1, 26) no podemos creer que se trata de una obra de alfarero. No es un hacer hombres en horma para lanzarlos al cosmos. En el relato del Libro Sagrado está claro que el hombre "es imagen de Dios". No en cuanto a sus accidentes, sino en cuanto a su realidad ontológica. Dios, al crear al hombre,

lo incluye en su propia vida y en su propio ser. Pero aquí viene una pregunta importante: ¿Dé qué imagen y semejanza nos habla la Biblia, si a Dios "nadie lo ha visto jamás?" (Juan, 1,18). San Pablo, nos dice: "No nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno" (II Cor 4,7). Cuando Moisés pidió al Señor que le dejara ver el rostro, el Señor le contestó: "Mi rostro no podrán verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo" (Ex 33, 20).

Si a Dios nadie lo ha visto, y Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, esto nos está indicando que la semejanza es interior, que está en la misma esencia del ser hombre. De allí que el hombre de todos los tiempos y de todas las razas, no sólo es un reflejo de Dios, en todo el sentido de la palabra, sino una Causa Segunda de Dios.

2.- Imagen es la representación de una cosa. La semejanza es como una aposición que indica la proporción entre ambas, excluyendo la paridad. Sinembargo, en el relato sacerdotal del Génesis, esta semejanza aproxima al hombre a Dios y lo coloca por encima de todos los demás seres creados. Esta semejanza radica en las facultades espirirtuales que sólo el hombre tiene en potencia en su interior de carne: armonía, coherencia, amor, libertad, conciencia de sí mismo.....

3.- Revelar significa: quitar el velo, manifestar una realidad oculta. Según la teología, la Revelación es el acto con que Dios se revela; con que Dios se manifiesta. Con estos principios, podemos decir que Dios se revela a través de Causas Segundas libres. Y que la revelación del Dios oculto a nuestros ojos, en el fondo queda supeditada al Hombre, con mayúscula, es decir, al ser humano que lucha por restituir en él la imagen primitiva del hombre lleno de gracia que, en un momento de la historia, se quebró con la fuerza del pecado original.

4.- El Hombre del Paraíso, era un ser enhebrado en Dios. Caminaba y vivía bajo las alas y la luz del Señor. Según la Biblia, este hombre contemplaba el rostro de Dios, conversaba con El y sentía los pasos de Yahweh "que se paseaba por el jardín al fresco del día" (Gén 3,8).

El desorden comienza el momento en que el hombre pierde la ruta y, siguiendo el juego del desamor, decide hacerse él mismo Dios. No está contento con ser imagen de Dios, Causa Segunda de Dios.

En este momento, la vida, la materia, el espíritu, la gracia, la coherencia...., que eran atributos del hombre del Paraíso, se disocian, se rompen, se separan. El hombre quedará con el dolor de lo eterno perdido y, al mismo tiempo, con el dolor y la fatiga de la búsqueda. Desde el momento del pecado de origen, el hombre comenzó a buscar la forma de reintegrarse, de volver a pegar, a unir, los trozos de su imagen despedazada. Y esto tendrá el peso, la tarea de hacerlo con el sudor de su frente, con el dolor de los hijos, con la angustia de saber si lo hizo bien o lo hizo mal. La experiencia de Dios le quedó temblando en el fondo de su alma.

6.- El amor de Dios es infinito. El mismo, esencialmente, es Amor. Sólo así entendemos la "paciencia del Señor" para soportar los deslices del hombre. Cuando pecamos, quedamos con una imagen de desolación y de amargura. Es como si la esperanza se hubiera disecado. Pero cuando nos quitamos las sandalias para entrar en la tierra de la Palabra de Dios, nos damos cuenta que Dios jamás ha estado lejos de nosotros.

Después del pecado, el hombre siente su pobreza: está desnudo. Pero Dios no se queda mirándolo de lejos. La narración bíblica es tremendamente tierna y conmovedora: "Yahweh Dios hizo al hombre y a su mujer una túnicas de piel y los vistió" (Gén 3, 21). Antes de este acto tan paternal y misericordioso, les había llenado el corazón con bosques verdes:

"Yo pongo enemistad entre ti y la mujer,
entre tu linaje y el suyo;
El te aplastará la cabeza
mientras tú te abalances a su calcañal" Gén 3, 15)

El camino de la esperanza, queda abierto. El corazón compasivo de Dios iba a regresar constantemente sobre el hombre. Tenía que revestirlo de su amor y de su retorno. Tenía que realizar un acto de amor exrremo: Hacerse El mismo Hombre, para que el Hombre, su Hijo, revelara su imagen divina en toda la fuerza y la expresividad de su hondura.

Desde ese momento de la Promesa, Dios estará retornando constantemente sobre el hombre de barro. Y, en cada hombre, irá poniendo la hoja verde de su presencia.

7.- El hombre, colocado en esta verdad de ser buscado por Dios, cobra una nueva dimensión de esperanza. Es importante caer en la cuenta que Dios busca al corazón arrepentido del hombre que ha pecado, para devolverle su gracia y su presencia.

Abraham y Moisés, los Profetas y los poetas de los Salmos, Juan del desierto y la Virgen María, son como etapas concretas en donde se acentúa la presencia de Dios o, si se quiere, la misma revelación de Dios. Sólo así podemos entender la experiencia de Dios, su voz profunda y su presencia viva en el corazón del hombre, de todas las latitudes, y de todas la edades.

"En la plenitud de los tiempos" (Gál 4, 4), loco de amor por el hombre, se hace Hombre en el Hijo, y se vuelve revelación de su realidad de Dios para siempre en el Hijo.

8.- Cuando revisamos la historia de la salvación y nos encontramos con todos estos personajes que encarnan lo divino, que revelan a Dios y que despiertan el deseo de nuestra entrega en la fe, nos sentimos como fuera de nosotros. ¿Cómo es que el Señor Jesús, que no conoció pecado, se hizo "pecado en lugar nuestro para que seamos justicia de Dios en El"? (II Cor. 5, 21). San Juan lo subrayará con tinta fuerte: "Porque tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo Unigénito, para que quien cree en

El no muera; sino que tenga la vida eterna" (3. 16)

En las palabras de San Juan podemos casi entender el amor de Dios al hombre. Es más, su decisión definitiva de valerse de la misma imagen del hombre, para encarnarse, como dice san Pablo, "en el pecado".

La Encarnación del Hijo de Dios, en el seno de María, sobrepuja todo amor o concepto de amor. "Dios, después de haber hablado muchas veces y en diferentes formas a los Padres por medio de los Profetas, en estos días, que son los últimos, nos ha hablado por el Hijo, a quien ha constituido heredero de todas las cosas" (Heb. 1,1-2).

9.- En la larga caminata del Exodo, Israel experimenta la presencia de Dios a través de signos. Los israelitas sentían que Dios caminaba con ellos. Podemos llegar a aseverar que los israelitas llegaron a experimentar hasta la saciedad el "Dios con nosotros". Pero la Encarnación nos abre una nueva dimensión de altura. Dios se hace Hombre, para hacerse Dios en cada hombre.

En la Encarnación se juntan y armonizan lo divino con lo humano. El hombre queda elevado a un destino eterno, pero supeditado a crear y desarrollar en su "muy, muy interior", la imagen del Hijo. De esta manera Cristo se vuelve camino de retorno al Padre. Por eso la Encarnación es un canto de Dios sobre el barro-hombre, sobre el cual Dios sopló su hálito vital.

10- En la Encarnación Jesús se hizo Hombre y tomó sobre sí la realidad humana: "En todo fue semejante a nosotros, menos en el pecado" (Heb 4,). En la Resurrección-Ascensión, Jesús vuelve a su invisibilidad divina (Hech 1, 9; Fil 2, 9) y, como tal, está presente en el hombre en gracia. En estos dos tiempos podemos comprender al "Dios con nosotros" y al "Dios en nosotros".

El Hombre Jesús, al hacerse visible, instaura un nuevo tiempo (Luc 4. 18 - 19). El Hombre Jesús, en sí mismo, concretiza la visibilidad del Padre; "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juam 14, 9) y "Yo y el Padre somos una misma cosa" (Juan 17 - 11). En este aspecto, Jesús no sólo nos entrega la imagen del Padre, sino que eleva y dignifica a toda la raza humana, devolviéndole nuevamente lo que perdió en el pecado: "Porque aquellos que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito de muchos hermanos; a los que los predestinó, a esos también llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó" (Romanos 8, 29, 30).

La Encarnación no es un inclinarse de Dios solamente, como se inclinaba al corazón de los israelitas. Es un hacerse, un meterse, un tomar la misma carne de pecado, el mismo barro del hombre, como culminación y norte de toda la revelación y como principio y dinamismo de toda fe· "Porque el santificador y los santificados tienen el mismo origen, por lo

cual no se avergüenza de llamarlos hermanos" (Heb. 2,11). El Apocalipsis lo asevera: "He aquí que hago todas las cosas nuevas" (21 , 5), y san Juan, en el prólogo de su Evangelio, lo anuncia como la "buena nueva" de la locura más inmensa de Dios invisible: "Y el Verbo se hizo Hombre, y habitó con nosotros, y nosotros vimos su gloria" (1, 14)

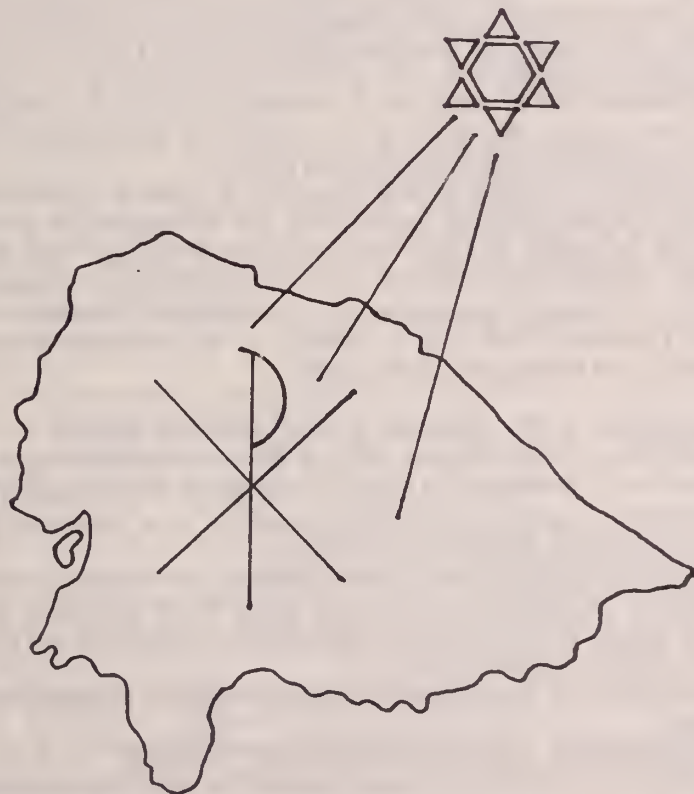
11. Si retomamos la imagen de María en la Visitación y nos ponemos frente a la anciana Isabel que descubre "lo muy, muy interior de la Madre de Dios, " no nos queda la menor duda que su pariente de Ain-Karim descubrió, en la persona de la inmensa María, "el rostro materno de Dios" Es más: María se presentaba como el trasunto de la imagen primitiva del primer ser humano, salido de las manos de Dios. Sólo así comprendemos a la Inmaculada Concepción que, para el teólogo José Luis Cunchillos, es la grandeza y originalidad de María. Según él, María, sin tensiones de ninguna clase, en previsión a la Maternidad Divina, aceptó sus propios límites y estuvo exenta de la raíz más profunda del pecado original: el egoísmo. Libre totalmente de este peso doloroso contra el cual se vuelve frecuentemente el hombre, María destila a Dios. En la Madre del Señor se había restituido verdaderamente la primitiva imagen de la criatura humana primera. Por eso, en María, hay una fuerza de irrupción de lo divino en lo humano, que atrae como un remolino hacia el centro, que es Dios. María, Causa Segundo Especial de Dios, nos enseña la forma correcta de vivir la unión íntima con el Señor; "Es mi Amado para mí y yo soy para mi Amado" (Cant 6,5). Ella, la Inmaculada, es la mejor revelación anticipada de Dios, porque en "lo muy, muy interior" suyo, anida el Señor. Así se lo dice el ángel: "Alégrate, llena de gracia". Y su pariente Isabel, que ha penetrado en el mismo ser de María, le llama dichosa.

12. Aquí entra una punto importante en el papel que juegan las Causas Segundas: se nos presentan como una comunicación humana divina, bajo el impulso de la voluntad movida por la gracia" (Summa Theol. ii, ii, q, 2. a. 9). Pero nosotros sabemos que la fe va mucho más allá. Que la fe, en el fondo, es saber descansar en la Palabra de Dios, en el calor del corazón del Padre y en el fondo, es saber descansar en la Palabra de Dios, en el calor del corazón del Padre y en su regazo amoros, como niños pequeños. En aprender a lanzarse en la noche oscura, sabiendo que siempre encontraremos los brazos abiertos de un Padre que no nos dejará caer. En este aspecto, María, como Causa Segunda, no sólo es nuestra maestra especial, sino que ella misma tiene la fuerza de las Causas Segundas, capaz de llevarnos y meternos en un puñado de estrellas despiertas. Esa ha sido la experiencia de la Iglesia desde que comenzó a caminar y a realizar todas sus Visitaciones a través del tiempo y del espacio. Entre libros de teología, pasando por el pensamiento y vida de los Santos Padres y por el Magisterio vivo de la Iglesia, y cosidos totalmente a la Palabra Divina, María siempre se nos ha manifestado como la imagen restituida de la primera criatura humana. Por eso, la Iglesia, al igual que

Isabel, no ha hecho otra cosa que llamarla "dichosa", en la absoluta certeza, de que Ella, "en lo muy, muy interior de su ser", siempre nos ha sido una revelación del "rostro materno de Dios". Por eso creemos en Ella y la buscamos a tiempo y destiempo o corremos detrás de sus olores.

Y, por eso, desde que Isabel abrió los labios para alabarla, nosotros no cesamos de decirle: "Dichosa tú que has creído..." Y esto con todo el sabor y el amor de la Iglesia.

Hacia Cristo con María y como María



IV Congreso Nacional Mariano del Ecuador

EXIGENCIAS DE LA FE EN LA VIDA ESPIRITUAL

R. P. Angel Heredia Mora

Introducción:

"Bienaventurada aquella que ha creído" (Lc. 1,45).

Estas palabras dirigidas a María por Isabel, durante la visitación centran ahora nuestra atención:

— Tú que has creído con fe, LLENA DE ALEGRIA, a la anunciación, a la visitación, en el nacimiento, en la presentación en el templo, en el re-encuentro en el templo.
— Tú que has creído con FE, LLENA DE DOLOR, durante toda la pasión del Getsemaní, de la flagelación, de la coronación de espinas, del camino de la cruz, Tú que has creído junto a la cruz en el Calvario.
— Tú que has creído, con una fe DE UNA GLORIA que comienza en la glorificación de tu Hijo, en la resurrección en la Ascención, en el día de Pentecostés, Tú, cuya fe se cumple en la asunción, Madre nuestra adornada con la corona de la gloria celeste.

El Concilio Vaticano II nos propone, a MARIA COMO MODELO, de hecho las últimas palabras que María nos ha dejado en el evangelio, son aquellas de las bodas de Caná "Haced lo que El os diga" (Jn. 2,5) y nosotros queremos multiplicar a María y hacernos portadores e imitadores de Dios (Ef. 5,1) y, el camino que nos ayuda a contemplar el misterio de Dios hecho hombre, a través de los ojos de María. Y su enseñanza para nuestra vida, de oración y de trabajo en Cristo Jesús.

1. Exigencia de la Fe: Entender la vida como una Misión.

Recordemos primeramente que los Misterios del Rosario se llaman gozosos, dolorosos y gloriosos, no tanto en referencia a las personas sobre las cuales meditamos, cuanto por nosotros mismos, es a nosotros que nos traen un anuncio de gozo, de dolor y de gloria.

Con la anunciación, María viene llamada a colaborar, en la realización del proyecto de Dios, que no quiere jamás hacer las cosas, El sólo. Es en efecto un regalo cuando Dios se digna llamar a alguien, y no es que nosotros pensamos hacerle un regalo a El.

Toda vida es ya una llamada, y no una simple y casual succión de acontecimientos.

Preguntémonos: Para qué sirve mi vida? a quién?

La vida es: vocación a la plena realización de sí mismo, según el proyecto de Dios que lo lleva adelante sirviéndose de todos los instrumentos.

Vocación a la construcción de un mundo mejor.

Llamada a la liberación del hombre.

En suma la vida, es un compromiso y un esfuerzo por la felicidad nuestra y de los demás, aquel sueño de felicidad que existe en el fondo de nuestro

ánimo, no se puede perder. Esa sed de felicidad es sed de Dios, es eso que soñó Adán, Ser como Dios, es en el fondo el mismo querer de Dios. Nos equivocamos sin embargo cuando buscamos nuestra felicidad en las cosas y no en el creador de ellas, en su propio autor.

El Señor quiere que nos comprometamos a realizarnos plenamente, a construir un mundo mejor, a librar a nuestros hermanos de la esclavitud en la cual toda la humanidad ha caído con el pecado.

María se comprometió a "engrandecer al Señor" con toda su vida y por eso es que su espíritu se llena de gozo. Dijo SI aún comprendiendo porque conocía bien las escrituras que ese SI le causaría tanto sufrimiento.

San Pablo, (1Cr. 1,26ss.) nos exhorta a considerar atentamente nuestra vocación y subraya como la llamada de Dios viene hecha no mirando a las cosas que hay en nosotros sino a nuestro propio ser, el ser recipientes que se dejan llenar. Así es María.

Estamos llamados a seguir a Jesús, Que signfica?

Puede significar tantas cosas, ante todo creer en el amor de Dios jugarnos nuestra vida por El, sabiéndonos amados ante todo cuando estamos tentados por el desánimo. Dios nos ama, así como somos, no porque seamos buenos, es su Amor el que nos hace buenos.

Más aún significa no sólo creer en el amor de Dios, sino también aceptarlo, conscientes de que somos parte de un proyecto, Dios amándonos, nos cambia, nos transforma, siempre para algo mejor recordemos la transformación que el Espíritu Santo obra en el pan y en el vino en la consagración. Las criaturas que como María dejan a Dios que haga como El quiere, llegan a ser obras maestras de su amor.

Pero cuando el Señor ama, lo signa a uno con la cruz, "Te seguiré Señor donde quiera que Tú vayas". (Lc. 9,58).

Pero Jesús respondió: Las zorras tienen sus guaridas, las aves tienen sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene en donde poner su cabeza" y a Santiago y Juan les preguntó: "Podéis beber el cáliz que yo beberé?" (Mt. 20. 22) significa por tanto aceptar que Dios entre en nuestra vida, El que es el totalmente otro.

Nosotros somos con frecuencia egocéntricos, pero El nos hace poco a poco abiertos a los otros, no puede hacer mejor el mundo sin sacrificarme, sin pasar desde mis certezas hasta las de El, que es la verdad, desde mi voluntad hasta su querer (María se sometió enteramente a El) desde mis fuerzas, que son más bien debilidad hasta su fuerza, porque "Todo lo puede en aquel que me conforta hasta su fuerza, porque "Todo lo puedo en aquel que me conforta" (Fil. 4.13) Sta. Teresa del Niño Jesús, solía repetir que Teresa más Teresa = cero, pero que Teresa más Jesús = Todo, esto es un indicio y un camino para conformar mi vida a la suya, un camino pascual que implica la pasión.

El Señor nos ha llamado a continuar su obra de salvación pero mi disponibilidad a colaborar es generosa como aquella de María? Nos sirve de tanto en tanto reconsiderar la misión que El quiere confiarnos.

2. Exigencia de la Fe: El servicio, concretización del Amor.

La fuerza que mueve la vida es la búsqueda de la propia felicidad, es una sed del mismo Dios, puesta en nosotros y que sólo el puede saciar. María ha intuido que la felicidad se alcanza sirviendo a los otros, dando y dándose, pues hay más alegría en el dar que en el recibir (Hch. 20,35) para poder darse es necesario poseerse, es decir conquistarse y por eso conocerse bien.

Cuáles son nuestros componentes personales, comunes a todos?

— el físico, no se puede pedir más de lo que puede dar,
— el sentimiento, el alma,
— el espíritu, o la vida divina o la gracia.

El orden en la vida está cuando el físico está supeditado al sentimiento y entre ambos el espíritu. El tener dominio de sí, significa conservar este orden. La felicidad se realiza cuando se satisfacen todas las necesidades en todos los órdenes, (en la vida se puede lograr más frecuentemente la serenidad que la felicidad).

María demuestra ser verdaderamente dueña de sí misma en todas las esferas: físico, sano y robusto, madurez afectiva y sicológica, y capacidad de deducción extraordinaria, (fue a Isabel, no tanto para visitarla, cuanto para servirla, pues lo necesitaba). Cómo se alcanza este dominio de sí mismo?

Para que una planta crezca hay que podarla no en la cima, sino en las ramas bajas, para nosotros, los sentidos y el corazón, hay que partir de un programa de mortificaciones, ojos, lengua, corazón y sentimientos. En efecto el sentimiento en sí es una cosa buena que facilita el darse a los otros, pero no debe estar en primer lugar, ej. una palabra punzante que bloquea a la pasión que se vuelve arrolladora.

En sí el sentimiento no es un pecado, aún Jesús tenía sus propios sentimientos y sus preferencias, ej. Juan, basta que estos no traigan injusticias. El mejor modo de conquistar el dominio de sí mismo, es cultivar el espíritu, que tiene necesidad de respiro, (oración) de alimento (palabra de Dios) de movimiento, (dedicación y disponibilidad). Pero para ser completamente disponible hay necesidad de desarrollo de las propias capacidades, de ojos y corazón abiertos sobre las necesidades, del mundo y de profunda humildad. Sobre estos dos aspectos volvemos más adelante, sobre el primer aspecto será necesario estar siempre actualizados, pues estamos llamados a santificar nuestro mundo, el de hoy.

El Trabajo en Cristo Jesús:

San Lucas nos hace llegar lo que oyó de María, la cual guardaba todas estas cosas en su corazón (2.51).

Qué nos dice el Señor? Háganse imitadores de Dios que es amor (Ef. 5,1) Amar es ser y actuar como Dios, de El la escritura ha hablado sobre todo por imágenes, Juan en cambio llegó a definirlo como AMOR, Dios es un amarse, una comunidad de amantes, Dios es Padre y es Hijo, es un amor entre los dos, que es Espíritu Santo y ha hecho al hombre a su imagen y semejanza (los esposos encarnan el aspecto de la exclusividad del amor de Dios, los consagrados en la virginidad el aspecto de universalidad), por lo tanto somos nosotros los llamados a imitar y multiplicar este amor sobre la tierra.

El amor de Dios cómo se manifiesta?

Como el amor humano, a través de los dones, por ejemplo, la creación a través del don de sí mismo (tanto ha amado a los hombres que por ellos ha enviado a su hijo unigénito (Jn. 3,16) condividiendo nuestra condición, haciéndose uno como nosotros, metiéndose en nuestra piel, los regalos que nosotros hacemos a los que amamos no cambian lo que ellos son, sino más bien lo que tienen, mientras que el don de Dios hace de sí a nosotros nos transforma, nos asimila a nosotros, así como el alimento, nos hace santos. Por tanto nosotros debemos, encarnando la situación de nuestros hermanos, no tanto hacerlos semejante a nosotros, sino nosotros capaces de condividir con ellos. María, aceptando llegar a ser la Madre del Salvador, sabía que sería la madre del hombre de dolores y esto no disminuye su inmenso amor, le hace decir SI y entonces puede donar a Dios al mundo.

Cuando nosotros damos verdaderamente el amor a los otros, entonces hacemos concreto el amor de Dios, así a Elisabeth María le lleva no sólo el amor humano y su servicio sino la plenitud del Espíritu Santo. Dios escoge aquellos que se ponen en esta actitud de humildad, para dejar que El haga. Pero para que nuestra existencia sea una epifanía, manifestación de Dios, es necesario que todos nuestros actos sean de bondad, de servicio. Es todo aquel enriquecimiento interior y aquella cualificación externa, que constituyen el primer punto de nuestra espiritualidad, y tienden a hacernos mejores para hacer mejores bienes a los otros y a manifestarles mayormente a ellos el amor de Dios.

El amor no es solo ni sobre todo, sentimiento, pues comporta igualmente sonrisa y gentilezas, amar es querer el bien, querer para todos aquello que Dios quiere para cada uno de ellos.

Exigencias de la Fe en la Vida Espiritual

Oración, presencia de Dios, trabajo en Cristo Jesús

La Bienaventurada Virgen María, predestinada desde la eternidad como Madre de Dios, junto con la Encarnación del Verbo Divino, por designio de la Providencia Divina, fue en la tierra la augusta Madre del Divino Redentor compañera singularmente esforzada entre todas las demás y la humilde esclava del Señor.

El No. 61 de la Constitución dogmática sobre la Iglesia con el Concilio Vat. II señala así la razón de la Bienaventuranza de María como una respuesta humana a la acción divina.

Toda exigencia de la fe es esto, una respueta del humano ante la acción misericordiosa del Divino.

La acción de Dios es la "Predestinación desde la Eternidad" para que María sea la Madre de Dios, para que se realice la Encarnación del Verbo y para que fuera la Madre del Divino Redentor.

La respuesta de fe, de María viene señalada con esta doble característica; compañera esforzada y humilde esclava.

Son dos exigencias que la fe de María le permite cumplir, su esfuerzo es particular cuando está disponible plenamente a la acción del Padre por medio del Espíritu, pero por sobre todo hay que señalar la exigencia de Humildad con que lo hace reconociéndose esclava de su Señor, es decir con su vida en las manos de Dios, pues frente a El su vida entera viene entendida como un servicio, ser servidora es su misión.

Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo juntamente con su Hijo agonizante en la Cruz cooperó a la obra del Salvador de un modo totalmente extraordinario por la Obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad a fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas.

Y concluye este número, la preciosa reflexión de Concilio en estos términos "Por tal motivo es Nuestra Madre en el Orden de la gracia".

Dos exigencias más concretas de la fe, la respuesta activa del creyente, su cooperación a la obra del Salvador, desde el campo de la fe, estar disponible es el inicio, pero cooperar es lo concreto es la participación personal y activa frente a la Palabra que pide, actúa y confía. La otra exigencia es la obediencia. Es poner la voluntad personal a disposición de la voluntad del otro, el campo de la fe lleva a la exigencia de obediencia incluso frente a la voluntad incomprensible del Dios misterio cuyos caminos no conocemos.

A estas cuatro exigencias de la fe: el esfuerzo, la humildad, la cooperación y la obediencia se añaden como corona las otras dos virtudes teologales, la esperanza y la ardiente caridad que le llevan a ser "Nuestra Madre en el Orden de la Gracia".

La Iglesia, en constante y piadosa reflexión sobre el altísimo misterio de la Encarnación descubre como María en su participación en la obra de Dios que se hace hombre, brilla ante toda la comunida de los elegidos como modelo de virtudes porque al haber entrado María íntimamente en la historia de la salvación en cierta manera une en sí y refleja las más grandes exigencias de la fe: pues es en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unidad con Cristo es la Madre de Dios y es el modelo de la Iglesia.

Por su fe y obediencia María engendró al Hijo del Padre, por su fe y su virginidad, no adulterada por duda alguna y a la sombra del Espíritu Santo se convirtió en la nueva Eva y dio a luz al Hijo, constituido por Dios el primogénito de muchos hermanos.

Por su fe y por exigencia de su fe es María la Virgen que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo y fidelidad que le permite a su vez conservar virginalmente la fe íntegra, la esperanza sólida, la caridad sincera.

Exigencia de fe es también conservar puro, indeleble y fuerte aquel afecto materno del cual es tan necesario que estén animados todos quienes cooperan en la misión apostólica de la Iglesia para la regeneración humana.

Me llamarán bienaventurada todas las generaciones porque el Poderoso hizo en mí cosas grandes, dice María en el himno precioso del Magnificat y en efecto el pueblo de Dios a lo largo de los siglos la ama, la venera y le rinde culto. Pero igualmente se fija en ella y como modelo de fe le aclama por su proverbial respuesta de fe y de amor, de alabanza y de alegría proclama mi alma la grandeza del Señor y mi Espíritu se alegra en Dios mi Salvador.

Si en alabanzas hacia María el pueblo cristiano no ha sido parco, pues de ello dan prueba las letanías, las invocaciones y las oraciones compuestas en su nombre, por otro lado el cristianismo a lo largo de siglos ha aprendido de ella, las virtudes de las que se ha visto reflejada como Modelo, las exigencias de una fe a toda prueba, hecha justamente de sacrificios y de dolores y también de alegría y de esperanzas, fe que permanece fuerte en las Bodas de Caná, como al pie de la Cruz de Jesús, fe inquebrantable hecha de sumisa obediencia, de grande humildad y de serena alegría que nos permite exclamar con Isabel su prima: Feliz tú que has creído.

Un trozo del Evangelio de San Juan, las Bodas de Caná es uno de esos bellos pasajes evangélicos sobre los cuales es necesario detenerse, es conocido para todos, pero ofrece puntos de preciosa reflexión, no sólo exegética y científica, sino y sobre todo de Teología Mariana.

Al presentar esta reflexión intentaría cubrir el cometido de la parte ascética de las exigencias de la fe, de la oración, de la presencia de Dios y del trabajo en Cristo Jesús, que la Bienaventurada Virgen María, porque ha creído, nos enseña y como modelo nos conduce, meditar en su modo de actuar, meditar en su presencia junto a Jesús en la lejana época de Caná, como en nuestros tiempos cuando María sigue siendo el gran problema para muchos vale la pena.

En tanto el contexto de este trozo es una realidad tan humana y hasta trivial, se trata de un banquete de bodas, al cual Jesús, no se ha hecho rogar para estar presente; y está allí, no como entreteniéndose o perdiendo su precioso tiempo, sino más bien como el estar en un sitio ideal para su presencia. Y junto a El estaba María, la Virgen, también ella, invitada, a un tipo de fiesta donde acudía normalmente, voluntariamente, de modo que su presencia es normal junto al hijo, como es normal la presencia de Jesús, junto a su Madre, y normal también, porque habían sido igualmente invitados, la presencia de los discípulos.

Todo esto es necesario tomar en cuenta, porque no faltan quienes temen que ser cristianos y católicos es hacerse extraños al ambiente, reconocidos por los demas justamente por esas extrañezas que lograrían hacer difícil el acercarse a la sociedad actual, moderna Y el cristiano en cambio no tiene nada de inhumano o deshumano, sino al contrario, humanísimo. Acaso no buscamos practicar en el cristianismo el evangelio "Sin glosas"? sin aumentos?

Pues bien, Jesús, María, los discipulos, asisten a la fiesta, como tantas otras veces acoge las invitaciones, comparte las comidas, come con los demás y más de una vez escandaliza y provoca escándalo, sea proque comparte con los ricos, sea porque ocasiona "desperdicios" que con tanta insinceridad provoca cuestionamientos aún a uno de sus mismos discípulos Al economo del grupo le pareció mal, aunque realmente de los pobres no se interesaba para nada.

A un cierto momento de la fiesta, Maria dice "No tienen vino" son palabras de María, que sentada a la mesa estaba con la mirada no sólo puesta en el cielo como tantas veces nos imaginamos Para darse cuenta que faltaba el vino, María debió estar atenta a lo que pasaba a su alrededor y quizás incluso preguntar lo que pasaba y con tanta discreción se entero del drama y no

dudó un instante para decirle al Hijo, y no como noticia, sino con un tono de voz muy diverso, no tienen más vino, la comida continúa, los esposos podrían pasar un mal rato, y yo se que tú puedes remediarlo.

Estas son pinceladas preciosas de un verdadero retrato de una verdadera María, humana, premurosa, angustiada por lo que inevitablemente podría suceder, rompe un silencio de años y pide al Hijo obrar como Verbo Encarnado; lo que el Hijo diga; que nos va a ti y a mi mujer? no ha llegado todavía mi hora; no le interesa,,seguro que las tomó como de esas palabras que ella no entendía, el hecho es que sin más ordenó a los siervos "hagan lo que El les diga" y poco después el vino, óptimo, el buen vino, llegó a la mesa y Jesús dio comienzo a sus milagros.

"Hagan los que El les diga", son últimas palabras de María pues el evangelio no nos cuenta alguna otra intervención de ella; y es la frase destinada a nosotros y para el tiempo que la Iglesia vivirá, es decir hasta el final. Es la frase que, quieran o no muchos católicos y tantos protestantes, hace presente a María en la vida de los cristianos, con esa petición, consejo, orden o testamento de la Virgen, para nuestra relación con El, para nuestra mayor exigencia de Fe en El. Hacer siempre lo que El nos diga.

En efecto el devoto de María sabe que para ella hubo un sólo motivo de su existencia, concebir y dar a luz al Cristo han revisado su postura y reconocen la importancia de estas afirmaciones nuestras.

Estando atentos al "Testamento de María", es más tomándolo en cuenta no como un consejo, sino más bien como una tierna y materna disposición, no debía haber problema. Hagan lo que El les diga, no lo que diga yo, sino lo que diga El.

El gran teólogo Hans Von Balthazar escribió hace poco, que, "para una justa respuesta al problema de la mujer en la Iglesia, habría que dar el puesto que se merece una Mariología sobria y buena".

Habría que recordar por ello a todos los ciudadanos, católicos cristianos y comenzando por las mujeres, que en la Iglesia María tiene un puesto aún más alto que el de Pedro, porque sin hacer de esto un sentimentalismo, María es el corazón de la Iglesia.

María estuvo con los apóstoles antes del día de Pentecostés perseverando unánimemente en la oración, y el Espíritu que ya la cubrió en la Anunciación con su sombra, se posó también sobre ella en Pentecostés, para que esa comunidad de Apóstoles, que luego se convierte en la comunidad - Iglesia, nazca en su presencia y florezca en su Oración.

Finalmente, la vida del cristiano, en la presencia de Dios llamada a ser vida de trabajo y de oración, buscando aquellos valores indispensables de justicia, de libertad, de fraternidad y de corresponsabilidad en el destino común. Sólo se pueden lograr manteniéndose firme al amor de Cristo" que enseña la verdadera paz, la liberación moral y material del trabajador y de todos los hombres".

Y el trabajo en Cristo encuadra la visión más clara de una praxis cristiana, es decir en Cristo, la riqueza interior del hombre de fe, impulsa su acción, mueve su voluntad alienta su espíritu, y sabe por ello que su destino no concluye en su trabajo,,en la ganancia, fruto de su esfuerzo, ni siquiera en la sa-

tisfacción del deber cumplido, sino en el destino eterno que tiene como horizonte, en la tierra prometida a la que llegará por su fe y también por el trabajo de sus manos.

Pero la unidad con Dios, en la dimensión activa de la vida cristiana tiene el modelo humano más cercano y a la vez más perfecto en aquella que supo poner su vida, su ser y su trabajo en las manos de aquel que mirando la humildad de su sierva hizo obras grandes en ella.

María, es el ejemplo que más a la mano del hombre nos enseña a vivir con el pensamiento y la voluntad dependiendo totalmente del pensamiento y la voluntad del Dios, misterio incomprensible de Amor. Nos enseña por ello que el trabajo del Cristiano, encaminado a buscar las mejores iniciativas de promoción y dignidad crecientes que le den mayor bienestar para el cuerpo y salvación eterna para el espíritu.

Es en la presencia de Jesús, en la Oración y en el trabajo en donde María inspira nuestra vocación y misión de cristianos que unidos a ella cantan el Magnificat de alabanza al Señor y de alegría en el Espíritu en Dios, nuestro Salvador.

ECUMENISMO Y DEFENSA DE LA FE ANTE EL AVANCE DE LAS SECTAS Y DEL ESPIRITU PAGANO

Enrique M. Villasís Terán
Miembro de la Academia Nacional Mariana.

No pudo querer Jesucristo Señor Nuestro una Iglesia dividida. "Esta división es abiertamente contraria a la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo. . ." (Dec. Ecum. Proemio N. 1); pues la víspera de nuestra Redención, solemnemente, rogó el Señor por la Iglesia futura, en el Cenáculo, donde el mismo Hijo de Dios comió la Pascua. Esta es la oración de Jesús: ". . . que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos en nosotros sean uno, para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn 17,21).

Siempre hubo amenazas de rupturas o rupturas mismas; en la Iglesia. Un ejemplo, la deficción del Apóstol traidor, con la innominable venta. "Ya desde los comienzos surgieron escisiones en esta única Iglesia de Dios (Cor II, 18 - 19), las cuales reprueba el Apóstol como gravemente condenables; y en siglos posteriores aparecieron disensiones más amplias. . ." (Dec. Ecu. I.M.3).

"Pero el Señor de los siglos, que sabia y pacientemente continúa el propósito de su gracia para nosotros pecadores, ha empezado recientemente a infundir a los cristianos desunidos entre sí el arrepentimiento y un deseo más intenso de unión", como se lee en el Decreto sobre el Ecumenismo (Proemio No. 1).

Nada más oportuno que en el Cuarto Congreso Nacional Mariano del Ecuador, en el Año Mariano Internacional (1987 - 1988), con que la Iglesia Ecuatoriana se prepara para celebrar el Bimilenario del Nacimiento del Salvador Jesucristo, intentemos penetrar en el conocimiento, si así puede decirse, de esta última voluntad del Espíritu Santificador, el Ecumenismo.

La Honorable Comisión de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana que ha preparado el IV Congreso Nacional Mariano me ha distinguido con el encargo de exponer el siguiente tema: **Ecumenismo y defensa de la fe ante el avance de las sectas y del espíritu pagano.**

Con esta oportunidad, me atrevo a repetir para esta privilegiada Asamblea de Quito, para cuantos pudieran escuchar, la amonestación de su Santidad Juan Pablo II en Puebla: **Dejaos conducir por el Espíritu. . .** (Discurso inaugural).

El Espíritu, si lo acogemos, ha de obrar en estas reuniones, como obraba en las primeras de nuestra Iglesia, cuando los hermanos a quienes se refieren los Hechos de San Lucas, se ponían en puntillas para ver al Señor ascender al Cielo con gloria y majestad. . . Cuando las cosas de arriba estremecían a las multitudes, por la fuerza de la palabra de Pedro, y a Aquila y Prisca, Andrónico y Junias, Urbano y Estaquis y a tantos otros, a quienes saluda el Apóstol Pablo en sus Cartas. Como siempre obró cuando los corazones han esta-

do abiertos a las enseñanzas del único Maestro, el Espíritu, que se aposenta en cada bautizado. Como obraba en Benito y su hermana, los dos hermanos santos, que, visitándose al anochecer, empezaban a considerar las bellezas sobrenaturales y eran sorprendidos por la mañana del día siguiente, sin que advirtieran el paso del tiempo. . .

Me halaga pensar que soy un seglar, y que sólo tengo obligación de aproximarme a la Teología para ir a las profundidades del Misterio. Soy un seglar obligado sí a estudiar los fundamentos de la Fe, como todo bautizado. según el expreso deseo de la Iglesia hoy y siempre. Las fallas serán del hijo que no acierta a decir bien lo que es el Padre, su Hijo Dios como el Padre y Hombre verdadero, y el Espíritu; lo que es la Madre de Dios y de la Iglesia.

Por eso he ido a buscar en las fuentes los tesoros; y aquí los traigo para la admiración de todos, es decir, de esta ilustrada Sala y de muchas inteligencias de buena voluntad que conozcan por cualquier medio estos tesoros.

Aquí el Evangelio (la Sagrada Escritura); el Vaticano II en la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios en el Misterio de Cristo y de la Iglesia, y el Decreto sobre el Ecumenismo; el "Anuncio del Evangelio" y el "Culto de María" de Paulo VI; la Madre del Redentor" de Juan Pablo II; "María en la Palabra de Dios" "María, la Virgen", estudios del autorizado biblista del Ecuador, Padre Ernesto Bravo P., S.I.

Hemos de ver a la Madre de Dios que es también nuestra Madre como el primero y más claro ejemplo de "obediencia de la fe", porque ella "antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y consuelo" (Redemp. Mat. N. 29, L.C.). Inunda de felicidad esta idea al llegarnos hacia los hermanos separados, pues hay muchos que tributan debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los Orientales (Ib. No. 29).

El camino de la Iglesia en nuestra época está marcado por el signo del Ecumenismo, que es la reconstrucción de la unidad de esa Iglesia edificada por Cristo sobre la roca de Pedro, y por tanto los cristianos tenemos obligación de profundizar en esta consigna del mundo moderno.

Aunque lo que voy a decir pueda ser sorpresa o paradoja, el itinerario no es incierto, sino seguro, pues hay un lazo de unión entre los hermanos separados y nosotros, y ese lazo de unión es la Virgen María, Madre nuestra y de ellos. La Virgen es la Señora vestida del Sol, puesta en el Paraíso como esperanza de la humanidad, y como realización de las misericordias divinas, al llegar la plenitud de los tiempos. Desde la Cruz, su Hijo divino nos la dio por Madre, y Ella es, entre otras prerrogativas, Trono de la Sabiduría.

Por eso el Vicario de Cristo nos invita hoy a mirar a la Virgen como a nuestra Madre común. Las antiguas Iglesias orientales y la Iglesia ortodoxa se sienten unidas a María con la Iglesia Católica, por el culto a María siempre Virgen. . . y Madre Santísima de Dios con que los orientales ensalzan a Nuestra Señora.

Qué alegría se experimenta al conocer la historia de la fidelidad al Señor en la "peregrinación de la fe" de los cristianos de Oriente, puesta su confian

za en la Madre del Redentor. Las Iglesias que profesan la doctrina de Efeso llaman a la Virgen "verdadera Madre de Dios", pues "nuestro Señor Jesucristo, nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad, en los últimos tiempos, por nosotros y nuestra salvación, fue engendrado por María Virgen y Madre de Dios según la carne" (Red. Mat. N. 31). Los Padres griegos y la tradición bizantina, a la luz del Verbo hecho hombre, se empeñan en desentrañar el vínculo que une a María, Madre de Dios, con Cristo y la Iglesia. . .

San Cirilo de Alejandría introdujo en la contemplación del Misterio de María las tradiciones coptas y etiópicas. San Efrén el Sirio, llamado "la cítara del Espíritu Santo", tiene una impronta viva en la tradición de la Iglesia siriaca por las alabanzas extrahumanas a María. Y una de las glorias de Armenia, San Gregorio de Narek, se caracteriza por su profundización poética en el Misterio de la Encarnación y la más que humana belleza de la Virgen. No son, por tanto, sorpresas ver en el culto de las Iglesias antiguas orientales la abundancia sin comparación de fiestas y alabanzas a la Madre de Dios.

Jubilosamente recuerda la "Redemptoris Mater" que estamos en el décimo segundo centenario del II Concilio de Nicea (a. 787), el cual dio fin a la controversia sobre el culto a las imágenes sagradas. Así, pues, con el fundamento de la tradición universal, la Iglesia y la enseñanza de los Santos Padres, quedaban a la veneración de los fieles, junto con la Cruz, las imágenes de la Virgen, de los Angeles y de los Santos, no sólo en los templos, sino en las casas particulares. Oriente y Occidente mantienen esa bella costumbre. María es trono de Dios, transportadora del Señor para entregarlo a los hombres. María es camino para ir a Cristo. María es intercesora "y signo de la presencia divina en el camino de los fieles hasta el día del Señor", o como protectora de los pueblos (Redemp. M.N. 33).

Estamos cerca del primer milenio de la conversión al cristianismo de Ucrania, Bielorusia y Rusia, tierras de gentes humildes, de pensadores y santos. Son pueblos en los cuales se siente la presencia y la protección de la Virgen, tenida como imagen de la divina Belleza, morada de la Sabiduría eterna, representante de la Gloria.

Todo esto, toda esta riqueza de alabanzas, podría ayudarnos a que la Iglesia vuelva a respirar con sus "dos pulmones", Oriente y Occidente. Todo esto afianzará el diálogo actual entre la Iglesia católica y las Comunidades eclesiales de Occidente. Nos llevará a cantar y vivir de manera perfecta el Magnificat de María.

Lamentablemente, en nuestro medio, los protestantes no aman a la Virgen: no sólo esto, sino que niegan la prerrogativa de su virginidad. María, "la siempre Virgen María", Madre de Dios, según ellos, tuvo otros hijos. Atacan su culto (también el de los santos), porque creen que esto es algo que se roba a Cristo, quien ha de ser el único de nuestra devoción.

En primer término, cuanto a la virginidad perpetua de María, a la leyenda o cuento de los otros hermanos que pudo tener Jesús, los historiadores, biblistas y teólogos de renombre, científicamente, con argumentos y testimo-

nios incontestables, han demostrado que esas objeciones peregrinas, por decir lo menos, sólo revelan desconocimiento del genio de las lenguas hebreas y griegas. Revelan falta absoluta de información respecto del uso de la palabra hermanos, de la palabra primogénito. No hay otra cosa que una incomunicación con los pueblos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

San Jerónimo, Padre y Doctor de la Iglesia (siglo IV), eminente en letras sagradas y profanas, nos enseña los cuatro encasillados (cuatro listas) que tenía el término hermanos. Era 1. Natura: hijos de una misma madre o de un mismo padre: Caín y Abel; 2. Cognatione o parentesco, los de una misma familia (parientes en general): Jacob dice a Labán: ante nuestros hermanos, o sea los parientes; 3. gente o razas: los miembros de una misma tribu o pueblo: los hebreos son hermanos de Moisés; 4. affectu o amistad. No hay vínculo de sangre, sino muestra de simpatía. El Rey Salomón y el Rey Irán de Tiro se dan el tratamiento de hermanos por mutua benevolencia o amistad. Y en el Nuevo Testamento, los usos del término "hermano" tienen una gama parecida. Así, los cristianos en general, los compañeros de actividades (epístolas); el prójimo común, cualquier hombre, en virtud de la universal paternidad de Dios; todo individuo del mismo pueblo (Evangelios). La arqueología, con precisión, fija el sentido de la voz primogénito. La judía Arsínoe, según el epitafio descubierto en 1922 (El Cairo) había fallecido de parto al dar a luz a su hijo primogénito. No tuvo tiempo, naturalmente, esta mujer de dar a luz otros hijos; pero murió dando a luz a su primogénito. Arsínoe es contemporánea de la Virgen Sma.

María nos da el mejor testimonio de su virginidad perpetua el momento en que, con prudencia divina, primero se asegura de que será la siempre Virgen María, para ser Madre de Dios. Sólo así da el "fiat" al Angel del Altísimo.

Por eso es sublime la oración del pastor protestante Juan de Saussure, Profesor de la Universidad de Lausana (Suiza), que dice así: "Gracias, Señor, por habernos otorgado una Madre tan exquisita! La verdad es que, una vez que en tu misericordia te dignaste hacernos tus hermanos, ¿cómo tu Madre no sería Madre nuestra? Y más todavía, una vez que Ella fue tu Madre, ¿cómo no iba a ser también nuestra Madre, si nosotros somos miembros de tu Cuerpo, y no somos sino un Espíritu contigo?".

¿Cuándo estas palabras de un protestante tan cristiano y tan bíblico podrán ser repetidas por los protestantes todos?, pregunta un sabio.

El hecho es que la Virgen, modelo de todas las virtudes cristianas y en particular del acercamiento a Cristo, podría y debería ser el más hermoso punto de enlace entre los hermanos separados (católicos, ortodoxos y protestantes), porque Ella es el monumento más grande de la Redención de Cristo Jesús. El hecho es que el culto a María y el de los santos enriquecen el que a Dios debemos. Ella, María, intercede ante su Hijo para que todos los pueblos sean un solo pueblo de Dios, para gloria de la Trinidad Santísima (Vat. II. La siempre Virgen María. N.69). (Lo relativo a las leyendas de "los hermanos de Jesús", véase el imponderable opúsculo. "María, la Virgen ¿tuvo María otros hijos?", del Profesor ecuatoriano de Sagradas Escrituras, sabio internacionalmente renombrado P. Ernesto Bravo P., S.I., pp. 37 a 48 y 73).

Hemos de volver a mirar el Ecumenismo con los ojos del Vaticano II, el cual quiere promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos. Fue esta unidad uno de sus principales propósitos; pues "una sola es la Iglesia fundada por Cristo Señor. Sin embargo, las comunidades cristianas que se presentan a sí mismas como la verdadera herencia del Fundador son muchas, como si el propio Cristo estuviera dividido".

La verdad es que "sólo hay un Cuerpo y un Espíritu. . . Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo", como nos enseña el Apóstol (Eph. 4,4-5). La verdad es que Cristo confió al Colegio de los Doce el deber de enseñar, gobernar y santificar (Mt 28, 18-20). Y que, después de la confesión que Pedro hizo, lo eligió para edificar la Iglesia sobre él; y le dio las llaves del reino de los cielos (Mt 16-19) y (18,18); le encomendó a la vez, luego de la fidelidad reparadora, confirmar a todas las ovejas en la fe (Lc. 22,32). Le encomendó también apacentarlas en la perfecta unidad (Io 21,15-17, "permaneciendo eternamente el mismo Jesucristo como piedra angular" (Eph 2,20).

Movimiento ecuménico es el conjunto de actividades e iniciativas que faforecen la unidad de los cristianos. Allí están, en primer término, los esfuerzos por eliminar palabras, juicios y acciones, que en justicia no respondan a la condición de los hermanos separados. Allí está el diálogo entablado, con espíritu religioso, entre peritos, para profundizar la doctrina y características propias. Sobre estas bases, se examina, en fin, la voluntad de Cristo respecto a la Iglesia, para emprender la tarea de renovación y reforma.

Orar por los hermanos separados y adelantarse a su encuentro recomienda la Iglesia Católica. Además, quiere que se tenga en cuenta que, sin embargo de estar nuestra Iglesia enriquecida con toda la verdad revelada por Dios y los medios de la gracia, es necesario vivir la fe. Si no es así, el rostro de la Iglesia resplandece menos ante los separados y el mundo, y se retrasa el crecimiento del reino de Dios.

Más tesoros de Biblia, de Iglesia, de maravillas del tercer cielo que a San Pablo le dejaron atónito, podemos seguir mirando casi hasta el infinito; pero, en esta parte de nuestras reflexiones, hemos de mirar una lumbre del Espíritu Santificador, que es Alfa y Omega, Génesis y Apocalipsis, clave para realizar la unión de los cristianos. Y es presentarnos la figura de María, en quien todo es referido a Cristo y todo depende de El; pues en la nota trinitaria, cristológica y eclesial en el culto a la Virgen se encierra el plan de Dios. El culto cristiano es por naturaleza culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, o al Padre por Cristo en el Espíritu. Legítimamente se entiende, aunque de modo diverso, primero a la Madre de Dios y luego a los Santos, en quienes la Iglesia proclama el Misterio Pascual, porque ellos han sufrido con Cristo y con El han sido glorificados (Marialis Cultus, I.N.25). María fue la convertida por el Espíritu en nueva creatura, la primera entre todas, en la plan divino de la Redención humana (Ib.N.26).

Ahora bien, la Mariología nos lleva a comprender cómo el Ecumenismo es una de las dimensiones del Cristianismo, pues se trata de estimular a la gente con fe o sin ella que se prepare al encuentro del nuevo milenio, "acercando todas las cosas a Cristo por medio de María"

La Virgen, desde el principio, desde Caná, nos enseña: "Haced lo que El os diga". La Virgen es la Señora que, con frecuencia, ha variado el curso de la Historia (W.T.Walch). Una prueba entre mil, la del siglo XIII, en que Nuestra Señora salvó a Europa, con el Rosario predicado por Santo Domingo, de la destrucción amenazada por la herejía maniquea. En el Rosario se encierra el Evangelio. Entonces, en el siglo XIII, y después, la Virgen Sma. ha sido el baluarte de la fe. Nuestro baluarte de cuatro siglos, de cinco siglos, en América ha sido María. Llegó en el corazón de los conquistadores y de los evangelizadores. Ella está al principio y al fin de la obra de la Iglesia hecha por el brazo de España. Por la Evangelización, que Obispos, misioneros, cristianos de todos los niveles y hasta soldados y menestrales realizaron con la ayuda de María, somos el Continente de la esperanza en el Tercer Milenio.

Dios no tiene prisa y espera la acción de los hombres, la hora de la misma Iglesia, para purificar los aires infestados, o para poner un antemural en defensa de la fe de Iberoamérica, combatida desde la América del Norte. Una punta de lanza política es la penetración de las sectas; pero esta penetración tiene que estrellarse en la fidelidad de nuestro cristianismo. Y una de las armas eficaces ha de ser la devoción auténtica de la Virgen, sin encerrarnos en prácticas que, con justicia, les puedan ofender a nuestros hermanos separados. Sentimentalismo o falta de fundamentos en la fe tienen que desaparecer en nuestras devociones marianas, para dar paso a una devoción sólida, fundada en la Palabra de Dios.

Así se entenderá nuestra fuerza bíblica, que pone junto a Cristo a María. Que la gracia lo es todo. Pero la gracia va unida a nuestra colaboración para salvarnos. Que la presencia de un único Mediador que el protestantismo invoca, no destruye la presencia de María, Mediadora entre Jesús y nosotros: "Haced lo que El os diga". Jesús adelantó por Ella el curso de la Historia.

Y ante el avance pagano, la devoción a la Virgen nos coloca en una órbita cristiana, dándonos una visión espiritual de la mujer, frente a la visión pagana que se nos entra por todas las puertas y ventanas.

El paganismo invasor habla a través de estos elementos: la visión de la mujer, la visión del sexo, la visión de la riqueza, la visión del lujo, la visión de la violencia, la visión de la crueldad o falta de misericordia. A lo que se añaden las "formas erradas" en la Teología de la Liberación, fomentadora en los pobres de "la lucha de clases como única solución posible", según acaba de advertir S.S. Juan Pablo II en su última visita a América. "No podéis sustituir el Evangelio por opciones temporalistas. El Evangelio de Cristo juzga al mundo y no el mundo al Evangelio", clamó el Papa (El Comercio, 16 de mayo de 1988.— Lima, AFP).

El palacio de cristal que hemos admirado -permítaseme esta referencia a las "Moradas" de Santa Teresa- tiene un libro escrito en el Ecuador, que explica el sentido de este palacio. Está hecho para el Año Mariano. Para el IV Congreso Nacional Mariano, diría yo, y es "María en la palabra de Dios". Tiene por autor al catedrático universitario de Sagradas Escrituras Padre Ernesto Bravo P., S.I.

En 109 páginas, María aparece como es, la Soberana o Señora Enaltecida, con todas las excelencias de Madre del Redentor, de Madre de Dios, por obra y gracia del Espíritu Santo, de Madre nuestra -de la Iglesia- no sólo para ser admirada sino imitada. Es "María en la Palabra de Dios" de esos libros que hacen ver a la Virgen en su paso por la tierra como fue y mueven a ser como Ella, "la más generosa colaboradora de Dios que haya habido nunca".

La Virgen tuvo los criterios de Cristo: eso es ser cristiano. Y eso enseña a ser este libro. Eso se ha propuesto el IV Congreso Nacional Mariano, movido por el lema: "Hacia Cristo con María y como María".

LA FE, INSPIRADORA DE LA CONVIVENCIA INTERNACIONAL DE LA PAZ Y DE LA SOLIDARIDAD DE LOS PUEBLOS

Dr. Luis Tobar Rivadeneira

Para desarrollar el tema es conveniente hacer dos consideraciones.

La primera se refiere a la historia de la humanidad. Esta es un maravilloso proceso de ascensión desde las épocas primitivas, desde la época en que hasta la rueda y el fuego eran desconocidos, hasta los días en que el hombre se enorgullese de sus inventos, se solaza en los decubrimientos abiertos por su mente, cura sus enfermedades en forma casi milagrosa, se transporta por los aires y cruza los mares con mayor velocidad que el sonido, presencia mediante transmisiones directas sucesos que acaecen al otro lado del mundo y hasta realiza viajes siderales, llega a la luna y comienza a incursionar en los misterios de los astros. El ascenso del hombre es un hecho indiscutible, evidente, que se ha efectuado a través de los siglos y, en forma mucho más rápida, en el transcurso del siglo actual. Pero -cosa rara- al mismo tiempo la historia humana, iniciada en el ataque de Caín y Abel, es la sucesión interminable de luchas, guerras, conflictos, sucesos de sangre, de hambre, de angustias, de guerras de unas naciones contra otras y, con frecuencia, de hombres de un mismo pueblo contra sus propios hermanos. Los historiadores han dedicado más páginas a la descripción de estas luchas y conflictos que a la exposición de la paz, de los progresos, de los aspectos positivos de la humanidad. En otras palabras, frente al evidente progreso, a la ascensión a la cultura, a la civilización, a los grandes inventos, está el otro lado de la historia, el negativo, la destrucción, la pugna permanente, los conflictos de intereses. Esta visión histórica se prolonga a la realidad actual de la humanidad que no es diferente de lo que queda descrito. Lo contrario, la realidad actual es el más vivo contraste entre lo bueno y lo malo, lo positivo y negativo, el progreso y la destrucción, la esperanza y la frustración. Nunca, como ahora, el hombre ha vivido rodeado de mayores éxitos en todos los órdenes, económico, físico, biológico y, al mismo tiempo, nunca ha vivido en mayor peligro. Además de guerras y luchas como en épocas anteriores, la amenaza de destrucción y muerte ha tomado caracteres apocalípticos.

La segunda consideración es la fe. Consiste en creer sin el auxilio de los sentidos. El Evangelio de San Juan narra, al respecto, un hecho extraordinario, cuando Jesús se apareció a sus discípulos pero Tomás no estaba con ellos y cuando le contaron que habían visto al Señor, respondió si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré. Ocho días después, estando otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, vino Jesús estando también cerradas las puertas y púsose en medio y dijo: la paz sea con vosotros. Después dice a Tomás: mete aquí tu dedo y

registra mis manos y trae tu mano y métela en el costado y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Senor mío y Dios mío: Díjole Jesús: tú has creído oh Tomás! porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído (Juan, 20,19-29).

Estas palabras maravillosas, bienaventurados los que han creído sin haberme visto, son la esencia de la fe, ésto es creer sin el auxilio de los sentidos. Posiblemente esto constituye una necesidad para los materialistas. Posiblemente es una aberración para la mente de un ateo. ¿Cómo la razón humana puede aceptar algo no demostrable por los sentidos, algo que está fuera del alcance de las pruebas de la materia? No hay duda que esto plantea uno de los interrogantes más serios de la religión: la razón y la fe. Pero no es éste el tema que me corresponde. Solamente quiero destacar que la fe, que es un don sobrenatural, abre a la mente humana un horizonte más allá de lo que Tomás pedía: ver la hendidura de los clavos en las manos y meter la mano en la llaga del costado. La fe va más allá, más allá de la prueba material, de lo que los ojos pueden ver y de lo que las manos pueden tocar. La fe abre al hombre un horizonte extrasensual, un horizonte que le permite "ver" lo que sus ojos no ven y "tocar" lo que sus manos son incapaces de palpar. La fe permite al hombre entender algo -no todo- del misterio de la vida, de la vida humana que viene de Dios y va hacia El, de la vida humana que no tiene sentido ni objeto si viene de la nada y marcha hacia la nada. La fe ilumina el camino del hombre en su peregrinaje por la vida y le confiere el sentido y el objeto que todo ser humano busca en su existencia.

Sin embargo, en este lugar y momento, no me refiero solamente a la fe en sí, don excelso y sobrenatural. Quiero referirme a la fe a través de la más pura criatura, después de Dios, a la fe a través de la Virgen María.

Dos documentos últimos son fundamentales en relación con María. La Constitución Dogmática sobre la Iglesia y la Encíclica Redemptoris Mater.

El primero es uno de los documentos básicos del Vaticano II. El capítulo VIII trata de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el Misterio de Cristo y de la Iglesia. Explica cómo la Virgen María que, según el anuncio del ángel, recibió al Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo y entregó la vida al mundo, es conocida y honrada como verdadera Madre de Dios Redentor (No. 53). Ella posee la máxima prerrogativa y dignidad: ser Madre de Dios Hijo; aún más, es la madre de los miembros de Cristo, por haber cooperado con su amor a que naciesen los fieles en la Iglesia (Id.). Estas reflexiones llevan a María a ocupar, después de Cristo, el lugar más alto y, a la vez, el más cercano a nosotros. Esto significa que hay que resaltar debidamente tanto la misión de la Virgen María, como los deberes de los hombres redimidos hacia la Madre de Dios (No. 54). En efecto, élla es la máxima cooperadora de la salvación humana por la libre fe y obediencia (No. 56). Hay una frase en la referida Constitución Dogmática que no me resisto a transcribirla; dice: "concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras el moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia" (No. 61).

La Encíclica Redemptoris Mater es la continuación y más amplia explicación de la doctrina de la Iglesia sobre la Virgen María. Las palabras iniciales dicen: la Madre del Redentor tiene un lugar preciso en el plan de la salvación y, luego, añade el Papa que su intención es reflexionar sobre el significado que María tiene en el misterio de Cristo y sobre su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia. Esta intención del Pontífice se cumple a cabalidad en este extraoridinario documento en que explica la dignidad especial, la excelsitud de esta criatura de excepción que es María, Madre de Dios, y su misión igualmente excepcional, de haber concebido y dado a luz al Verbo, al Hijo hecho Carne, venido a la tierra y adoptado la naturaleza humana, manteniendo, a la vez, su naturaleza divina, con el propósito de realizar entre los hombres su misión de salvar a la humanidad, pero de salvarla con la adopción de su misma naturaleza material, a través de un proceso a la vez similar y radicalmente diferente a los demás hombres. Porque fue similar el hecho de haberse encarnado, nacido, vivido, en haber actuado en su vida privada y pública y terminar en el sacrificio máximo: la Cruz. Pero, a la vez, fue diferente, porque el Verbo se encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo y lo hizo en una Virgen, en María, que por este hecho se convirtió en Madre de Jesús Hombre y, a la vez, en Madre de Dios Hijo. El Papa explica en forma clarividente estos hechos, que son a la vez misterios, y explica cómo la fe, la obediencia y el amor hicieron este milagro de conjugar la maternidad humana con la divina, misterio plasmado en la anunciación. Cuando el ángel le dice va a concebir y dar a luz un hijo y ella responde: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra", allí está el "Fiat" de María, explica Juan Pablo, la decisión desde el punto de vista humano y la realización del misterio divino. Es decir el plan de Dios, existente desde siempre, desde antes de la creación del mundo, se concreta en ese instante, pero contando con la voluntad de un ser humano, de un ser creado, de María, que llena de fe, llena de obediencia, llena de humildad, acepta el plan divino y se transforma en instrumento del mismo, pero en instrumento consciente, humano, libre, que pronuncia el "hágase en mí según tu palabra" y al decirlo con la boca y con el corazón, da su consentimiento para el acto más grande, más excelso, imposible de describir para la palabra humana: la Encarnación del Verbo en el seno de una criatura, que, aunque la más pura, la más elevada, es criatura y ella se transforma, como el mismo Papa dice, en criatura de Dios, pero, a la vez, Madre de El, Madre del Creador y Señor del universo. Pero todo ésto, todo este misterio, este hecho que supera toda posibilidad de entendimiento humano, se realiza por medio de la fe, porque María, en ese momento, es una criatura pura y hermosa, pero criatura humana y, como tal iluminada, guiada, dirigida por eso que llamamos fe y con esa fe, inspirada en esa fe, convencida de esa fe, obedece y pronuncia las palabras supremas: "hágase en mí según tu palabra" y en esta forma, dice Juan Pablo II, ha concebido al Hijo en la mente antes que en el seno, precisamente por la fe. Es entonces cuando la sombra del Espíritu Santo cubre a María y, en ese instante, el Verbo, el Eterno, el Creador del mundo, toma la forma y naturaleza del ser humano y se transforma, en la Encarnación,

en Dios y Hombre al mismo tiempo, expresión que nosotros podemos decirle con los labios, pero no podemos comprenderla en su cabalidad porque rebasa la capacidad humana.

Esto es lo que insiste el Papa en llamar "el plan divino de la salvación", plan en el cual estamos insertos, está inserta la Iglesia, está cada persona, porque este plan no es otra cosa que un "peregrinaje": la historia de la humanidad que nacida de Dios navega en búsqueda de su Creador que constituye su Fin.

Pero aquí viene la pregunta clave de esta disertación: ¿qué relación tiene la primera reflexión, la historia de la humanidad y su situación actual, y este segundo presupuesto, es decir la fe y la fe a través de María?

Al contestar este interrogante, culminaremos nuestro análisis.

Hablé al comienzo de las luchas, guerras, conflictos, hambre y angustia que llenan la historia humana desde la aparición del hombre sobre la faz de la tierra hasta nuestros mismos días, luchas, conflictos que, con frecuencia, nos hacen pensar en aquello de que el hombre es lobo del hombre, en que parece que lo único que ansía es la destrucción del otro.

Pero ¿cuál la causa de todo esto? No me refiero a la causa directa de cada conflicto, sino a la causa de todo este desorden humano, de este desorden que ha creado una situación tensa, de odio, de envidia, de prepotencia, de dominación, de afán de destrucción y muerte.

La causa es clara y precisa: es una humanidad sin Dios, es decir es una humanidad sin fe, una vida guiada por un concepto materialista de la existencia, en el cual la fuerza, la imposición del uno sobre el ótro, el dominio de un pueblo sobre otro pueblo, de una clase sobre otra clase, de una raza sobre otra, han sido los motores de la relación humana. Y esto hasta cierto punto tiene su propia lógica. Si prescindimos de Dios, si la fe no existe y tampoco existen las verdades eternas, es posible pensar que lo único válido es el poder, el dinero, el dominio tanto de unos hombres sobre otros como de unas naciones sobre otras. Sin fe, sin la creencia en un Ser Supremo, desaparece el sentido humano y el sentido divino de la vida entendida como el "peregrinaje" de que habla el Papa. Sin Dios, sin fe, no queda otra cosa que el propio "yo", entendido como el yo de la persona singular o el yo de las naciones. En definitiva de lo mismo porque en este supuesto -de la vida sin Dios- lo único que hay es el vacío y la posibilidad de que la propia fuerza, el propio poder, se impongan en la vida individual y en la colectiva.

Aquí está toda la explicación de los conflictos de la raza humana: la ausencia de Dios, la falta de fe. Esto es lo que sucede en el mundo actual, a nivel de individuos y de naciones. En unas es el materialismo capitalista que subordina todos los valores a la ganancia y al dinero. En otras es el materialismo histórico y dialéctico que no deja espacio para los valores del espíritu. Contrapuestos entre sí, coinciden, sin embargo, en sus consecuencias negativas.

En contraste con todo esto está la posición opuesta: la cristiana, nacida tanto de la razón como de la fe, la de creer en la existencia de Dios creador y providente. De esta raíz nace todo lo demás porque si Dios es creador del

mundo y los seres humanos sus criaturas, todos los hombres somos hermanos y las diferencias humanas son irrelevantes, ocupan un lugar insignificante y nada importan las diferencias de poder, de dinero, de raza o de color. La persona humana concebida como sustancia individual de naturaleza racional, según el célebre concepto del filósofo romano, es un ser de igual naturaleza en todos los seres humanos y ésta es la explicación de la "fraternidad" humana, que es uno de los conceptos fundamentales de la civilización occidental.

De esta raíz es de donde nace la paz y la solidaridad entre los individuos y entre los pueblos, la justa convivencia entre las personas y entre las naciones.

Es un error total pensar que estos valores -paz, justicia, solidaridad- surgen espontáneamente. No es así. Son valores éticos que hay que construirlos consciente y permanentemente, valores éticos que nacen de convicciones internas, profundas, que se remontan hasta la creencia en un Ser Supremo de quien depende el destino humano y su tránsito por la tierra.

Si no existe esta cosmovisión, la actitud humana no difiere de la del hombre primitivo, de la del hombre frente a la selva. Allí no se puede exigir justicia, ni paz, ni solidaridad. Estas palabras son huecas, carecen de sentido. Y esto es lo que ha sucedido en la historia de los individuos y de los pueblos, en que la fuerza, la ambición, la soberbia, el egoísmo, han sido las únicas reglas del obrar.

Cuan diferente, en cambio, es la cosmovisión del cristiano. Para él el mundo no es, no debe ser, la imposición de su propia ley de egoísmo y dominación. Para el cristiano, la vida tiene otra dimensión: la del viaje, la del "peregrinaje" desde las manos de Dios creador hasta la meta final: Dios mismo, peregrinaje en el cual el hombre viaja acompañado de sus hermanos, los demás hombres. En esta concepción carece de sentido el odio, la dominación, el poder del dinero, porque son valores accesorios, secundarios, vanos, transitorios. El único valor es el fin supremo de la vida humana: la posesión del mismo Ser Supremo.

Que maravillosas palabras, como siempre son las suyas, las del Papa en su última gira por nuestro continente! En Sucre, Bolivia, habló de los dioses falsos o nuevos ídolos que, básicamente, son los mismos de siempre: dinero, prestigio, poder, placer desenfrenado, afán de ganancia exclusiva, sed de poder para imponer a los demás la propia voluntad. Este es el mal del mundo originado por los que todavía desconocen a Dios. Las palabras del Pontífice ratifican la exposición anterior: son dos ópticas radicalmente distintas la de los hombres que conocen a Dios, la de la humanidad con fe y la del que le desconoce, la del hombre que viaja sin saber de dónde viene ni a dónde va, es decir del hombre sin fe.

Que El, el Autor del mundo, y su madre, la Virgen María, permitan que, a través de la fe, la humanidad recobre su camino no sólo para estar en la verdad, sino, además, para encontrar la paz, la justicia y la solidaridad, cobijados todos los hombres y todos los pueblos por la sombra de Aquel que es la causa primera y la causa final de la existencia humana.

CONCLUSIONES:

1.— María, ante todo, es nuestra Madre. Ella nos socorre y auxilia.
2.— A través de sus apariciones, Ella nos da signos de esperanza, amor y confianza.
3.— Pide nuestra conversión para que obremos el bien.
4.— Pide consagrarnos al servicio de su Hijo Jesucristo, cuando nos dice: "Haced lo que El os diga" (Jn. 2,5).
5.— La fe nos exige el testimonio de vida, mediante la práctica de las virtudes humanas y cristianas; nos exige la intimidad con Jesús para darnos, manteniéndonos vigilantes, a la acción divina y disponernos al sacrificio.
6.— Este Congreso Nacional Mariano anhela que:
- A ejemplo de María, quien presurosa acudió a servir a Isabel, nos demos al servicio de nuestros hermanos en sus necesidades concretas.
- Santifiquemos el trabajo con el fiel cumplimiento de nuestras obligaciones y responsabilidades.
- Pongamos al servicio de la familia, de la sociedad y de la Iglesia los talentos que poseemos.
- Nos abramos al diálogo con los hermanos separados, pero siempre con la debida preparación, oración y, sobre todo, con el testimonio de vida.
- Tengamos un espíritu misionero como María, preocupándonos por una evangelización más profunda y por la educación en la fe.
- Con una verdadera devoción a María, defendamos la fe católica atacada por las sectas, con las cuales no puede haber ecumenismo, puesto que confunden con su actividad proselitista.

7.— Este Congreso Nacional Mariano recomienda:
- Utilizar métodos legítimos de evangelización como: visitas a los hogares, cruzadas, distribución de literatura como el libro: "María en la Palabra de Dios" del P. Ernesto Bravo, y las orientaciones de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana con respecto a las sectas.
- La práctica del rosario en familia, como medio sencillo de evangelización.
- Aprovechar mejor, para la evangelización, los medios de comunicación social.

EL "MAGNIFICAT" DE MARIA

Aspecto teológico

LA PROVIDENCIA DIVINA Y LA LIBERTAD DEL HOMBRE

R. P. Jaime Fernández
de la Comunidad de Schoenstatt

Parte I

ANALISIS DEL TEXTO

1. ¿Cómo se nos presenta el "Magnificat"?

El Magnificat aparece ante nuestros ojos como un cántico "salido de la fe profunda de María" (36). Es la proclamación gozosa de su experiencia de fe; un testimonio personal de su encuentro con el Dios Providente, el Señor de la historia y liberador de su pueblo.

2. ¿En qué se funda esta proclamación de fe?

Juan Pablo II nos dice que en el "Magnificat" "se vislumbra la experiencia personal de María" (36). Su proclamación es, por tanto, un testimonio de su propia experiencia. Para comprender el mensaje que nos trae el "Magnificat", es preciso ahondar en el contenido mismo de esa experiencia que lo fundamenta. El Papa nos dice que fue la experiencia de "una nueva revelación de Dios" y con ella, de "una nueva autodonación" a los hombres.

María "confiesa que se ha encontrado en el centro mismo de esta plenitud" (36). Sin mérito propio ha llegado a ser no solamente testigo sino protagonista de esta culminación de la historia. Y todo esto porque "Dios ha mirado la humillación de su esclava" y "ha hecho cosas grandes" por ella. Esa ha sido su experiencia personal, la experiencia de un Dios salvador, que hace obras grandes porque es póderoso. Esto la llena de un gozo exultante. Reconoce que su "espíritu salta de gozo" en Dios su salvador. Más aún, se ha dado cuenta que esos acontecimientos vividos tan intensamente, la proyectan en toda la historia de la salvación del género humano.

El Papa nos dice que esta vivencia hace que "la fe de María adquiera una nueva conciencia y una nueva expresión" (36).

3. ¿Qué es lo que ella percibe a través de su experiencia de fe?

Ella ha experimentado "un rayo de misterio de Dios" (36), del "eterno amor que, como don irrevocable, entra en la historia de la humanidad" (36) Ese Dios que "no deteniéndose en su voluntad de prodigarse, no obstante

el pecado del hombre" "se da en el Hijo: 'Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único' (Jn. 3,16) (37).

Dicho en pocas palabras: María experimenta a Dios y lo experimenta como un Dios que es Amor salvador de los hombres y que irrumpió de hecho en Cristo a la historia humana para rescatar al hombre esclavizado por el pecado.

- En segundo lugar ella ha tenido la experiencia de que ella misma ha sido constituida gratuitamente como protagonista y testigo de esa irrupción salvadora de Dios en la humanidad. Ese es el sentido de su Maternidad. Con esto ella sabe "que en ella se realiza la promesa hecha a los padres y, ante todo, 'en favor de Abraham y su descendencia por siempre'; que ella, como Madre de Cristo, converge toda la economía salvífica", (36) Ella participa activamente en el Plan de amor que el Padre Providente quiere realizar por Cristo Nuestro Señor.
- Su experiencia le revela también el MODO cómo el Padre quiere realizar su Plan. Es por eso que proclama que Dios ha hecho objeto de "su amor preferencial" a los pobres y oprimidos. Ella percibe que el Dios Salvador es un Dios reivindicador que "derriba del trono a los poderosos" (37) y enaltece a los humildes. Es el Dios de los pobres (de los anawin, de los ebionim y de los ebioquin) de los oprimidos y perseguidos.
- Se da cuenta que con la irrupción de Dios Salvador en la historia del hombre ésta se ha tornado historia de salvación. Por el modo como Dios salva, esa historia responde a un Plan de liberación de todas las opresiones y esclavitudes que gravitan sobre el hombre, porque Dios rompe la cadena fundamental liberándolo del pecado. Al hombre se le impone una sola condición que ponga "en El toda su confianza" (Cfr. Sal 25; 31; 35; 55) (37) Dios ha hecho una "opción en favor de los pobres" y en eso radica el sentido último de "la libertad y de la liberación" (37). Es así como María que comprende profundamente este hecho y se pliega de todo corazón al Plan de Dios Providente y así "dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de la fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos". (37)
- "La Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del Magnificat" y "Desde la profundidad de la fe de la Virgen en la anunciación y en la visitación, la Iglesia llega a la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre Dios que es todopoderoso y hace 'obras grandes' al hombre: su nombre es santo". (37) Pero, a la vez, se da cuenta que en ella tiene "Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión". (37)

Parte II

PROFUNDIZACION TEOLOGICA

1. El concepto fundamental de Divina Providencia.

El concepto mismo de Providencia Divina es abstracto; a simple vista nos suscita la imagen de un Dios que prevé, previene, se preocupa y cuida de sus criaturas.

Si quisiéramos adentrarnos a las profundidades netamente dogmáticas y ahí buscar una definición que clarifique nuestros conceptos, convendría acogernos al alero de Santo Tomás de Aquino. ¿Qué nos dice Santo Tomás al respecto? Nos dice que la Providencia es la "ordenación del fin último" ("Ratio ordinis in finem ultimum"). Más concretamente aún, en la Suma contra gentiles, 3,97 afirma que "por su Providencia ordena Dios todas las cosas al Bien divino como a su fin, pero no de tal modo como si con eso el Bien divino aumentare, sino que la semejanza de su Bien impregne en lo posible las criaturas".

2. La ordenación de todo.

Cuando hablamos de una ordenación a un fin, estamos entendiendo una conducción de todas las cosas, en especial de los seres espirituales, a su último fin.

El orden es uno de los atributos de la Providencia y es un elemento inseparable e indispensable para la armonía del universo. La armonía que Dios suscita y mantiene en todo lo creado es universal y dinámica. Se expresa en el tiempo y en el espacio. El crea misteriosamente (porque no logramos comprenderlo con nuestras capacidades) un concierto universal, en que cada ser es un factor y representa una nota en la orquestación del conjunto. Nada fue creado demás ni a destiempo.

Ante nuestros ojos aparecen, con certeza, algunas notas discordantes, pero también ellas son queridas directamente o al menos permitidas por Dios y dentro de ese plan sabio son reordenadas, de tal manera que, en definitiva no disturban el conjunto. Se funden en la armonía total, Las notas discordantes que proceden a la rebeldía de las criaturas también se reintegran a la armonía del conjunto ya sea a través del arrependimiento o a través de la justicia divina. Es así, entonces, como en definitiva todo, incluso las disonancias deben ser puestas, a su debido tiempo, en el acorde supremo.

3. El plan divino

A esta ordenación dinámica del universo le llamanos Plan divino. Es un proyecto sabio y justo del Dios misericordioso, que orienta todo "con orden y medida" a su fin.

Este Plan es universal ya que en él están contempladas todas las cosas en sus detalles más mínimos: Dios ha visto todo, ha medido todo, ha contado todo" nos dice el libro Eclesiástico 1,9. Cristo agrega gráficamente, como para eliminar toda duda del significado de estas palabras: "Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados". (Mt. 10,30) Algo semejante se pone en boca de Salomón: "De todas las cosas tiene cuidado". (Sabiduría 12,13)

En este Plan no hay cabida para el azar. Con razón se dice que "la casualidad es el hado de los incrédulos. Bossuet afirmaba en forma rotunda

que: "Desde el momento que la sabiduría es infinita, no hay lugar para el azar". (Politíque, I. VII art. VI) agregaba además con cierta ironía que el azar viene a ser "un nombre con el que cubrimos nuestra ignorancia". (Discours sur l'histoire universelle IIIe P. cap. VII).

El Plan de Dios tiene todo en forma exacta sin más ni menos. Todo se debe hacer tal como El lo pensó y decidió (cfr. Mc. 10,29-31; Lu. 12,6 y 21,18). Dios tiene todo en su mano; nada se escapa de su poder y realiza su Plan con absoluta eficacia. Es esto lo que le da la continuidad a la historia. El pasado, el presente y el futuro siguen una misma trayectoria: la realización del Plan de Dios.

4. La Encarnación del Verbo.

En ese plan de Dios, El mismo se encarna. El irrumpe en la historia de la humanidad haciéndose señor de la historia. Con la Encarnación El penetra en el mismo Plan como el Escatón que conduce, desde adentro mismo del proceso humano, la historia del hombre hacia su culminación. El se compromete con el hombre de una manera casi inconcebible. Es precisamente en la historia, en la que Dios se compromete, donde mejor podemos descubir al Dios de la historia y de la vida. Es la fe práctica en la Divina Providencia la que nos permite esa inmediatez con un Dios palpitante y vivo en la historia humana, un "Deus appropinquante". Toda la historia, estando así penetrada por un Dios que se encarna y se compromete con ella, se hace historia sagrada.

5. El Plan de salvación.

Con la encarnación del Verbo de Dios se revela claramente cómo el Plan de Dios Providente es un Plan de salvación de los hombres y para comprenderlo en su sentido profundo se nos revela que "Dios es amor" (IJn 4,16) o si se quiere, es una comunidad de amor entre tres Personas divinas. De ese amor intratrinitario brota la dinámica de la creación, la conducción de todo el universo y la redención del hombre.

Dios crea por amor, para regalar sus dones infinitos compartiéndolos con las criaturas. En las criaturas tiene nuevos sujetos a quienes amar. Los seres creados reciben una comunicación del amor divino y deben crecer en ese amor. Desde esta perspectiva se puede afirmar que la historia como fruto del amor del Padre, es un proceso vital que se gesta al modo de una Alianza de amor con todas sus alternativas reales de acercamiento y alejamiento, de fidelidad e infidelidad. El proceso de vida se rompe; la Alianza queda truncada por la incredulidad de Eva, por la desobediencia de Adán, por la desconfianza que la Antigua Serpiente ha hecho anidar en el corazón de los primeros padres. Es el drama del pecado original. Es en esta perspectiva en la que aparece la imagen de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, encarnado para restaurar la primitiva Alianza de amor y sellarla para siempre en su Persona en la que se une indisolublemente la naturaleza humana y la divina.

La historia humana adquiere un nuevo principio en Cristo, el Escatón y Señor de la historia, que se hace camino de retorno. Si la historia es un comentario en el tiempo a las palabras creadoras de Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza", ahora, después de la encarnación del Verbo,

habría que agregarle: "en Cristo nuestro Señor". El primer proyecto de realizar la imagen y semejanza del hombre y de la sociedad según el pensamiento de Dios, queda modificado substancialmente: se realiza "en Cristo". En el nuevo proyecto de la historia todo debe ser recapitulado en Cristo. (Cfr. Col. 1,20 y Ef. 1,23).

Cristo pasa a ser el núcleo substancial y el sentido del Plan de la Providencia Divina y, por lo mismo, de la historia humana. Es su principio y su agente fundamental. La historia anterior a Cristo es solamente preparación a su venida y la que sigue después de su permanencia en la tierra es su repetición en cada individuo y en cada época de la historia. Por el bautismo cada uno es injertado en Cristo y sumergido en el ritmo vital suyo y en El, en el ritmo vital de la Santísima Trinidad.

6. La participación humana.

Desde una perspectiva aliancista, el Plan Divino está orientado a conducir al hombre a una relación personal y profunda con Dios a través de una Alianza de amor. La historia de esta alianza, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento está jalonada de encuentros y desencuentros de las criaturas con su Creador, esto es, se presenta con todas las alternativas de un diálogo de amor. En esta misma perspectiva podemos concebir cómo Dios ordena cada acontecimiento como un momento de encuentro. Cada uno viene a representar una acción de Dios y, a la vez, una exigencia para que la criatura reaccione.

Por la Alianza de amor a la cual Dios invita a todas sus criaturas racionales, el hombre adquiere una doble dimensión: se constituye en contrayente, porque está invitando a participar en una relación de intimidad con Dios, a identificarse con El, haciéndose uno como el Padre y el Hijo son uno en el Espíritu; pero, a la vez, se constituye en colaborador, porque se le invita a participar en la realización del Plan Divino asumiendo una tarea original; se le confiere una misión propia.

7. Los caminos de la Providencia.

Los caminos de Dios son misteriosos; a los ojos del hombre aparecen no sólo oscuros, sino que también desconcertantes. A la luz de la Alianza se podrían comparar con el juego del Padre con sus hijos, una Divina comedia en que El aparece y desaparece dejando detrás el desconcierto. ¿Qué pretende Dios con ese juego? Pretende invitarnos a una adecuación cada vez más perfecta, en la fe, a su ritmo de vida. Nos quiere hijos más fieles y perfectos; nos quiere colaboradores dóciles y audaces. Los acontecimientos en el Plan de la Providencia Divina están ordenados, entonces, a ayudarle al hombre a sumergirse en el ritmo vital de Dios.

Al hombre le resulta muy difícil seguir este juego: tiene la permanente tentación de apartarse del Plan de Dios y seguir caminos propios. Se siente movido por su instinto que lo lleva a buscar su seguridad en lo visible y tangible. Le cuesta dejarse conducir dócilmente por "cañadas oscuras".

Aunque muchas veces podemos reconocer ciertas constantes que se dan en la conducción divina de la historia y con eso, desde una perspectiva netamente humana, vemos la coherencia del proceso, sin embargo, esta con-

ducción no se puede encasillar en un esquema rígido. A cada paso descubrimos situaciones desconcertantes.

En esta conducción podemos, eso sí, constatar una línea constante y segura: la participación de las criaturas en la ejecución del Plan Divino. La Divina Providencia lleva a efecto la ejecución de su Plan con dos alternativas: actuando directamente como Causa Primera o indirectamente a través de Causas Segundas. Santo Tomás hace una afirmación de gran importancia doctrinal; nos dice que: "Dios gobierna al mundo por causas segundas" ("deus operatur per causas secundas"). Esta afirmación tiene un vuelo insospechado, porque constituye la base doctrinal para comprender las relaciones que deben existir entre las criaturas en su camino hacia Dios. Dios actúa a través de sus criaturas, ordenando unas a través de otras a su fin.

Es así entonces como cada criatura está llamada no solamente a ser un reflejo o huella de Dios, sino también su instrumento en la realización del Plan Divino. Esta conducción providente a través de causas segundas constituye la manera ordinaria de la conducción de las criaturas. Dios mueve a las criaturas a través de las criaturas, atrayéndolas por medio de las perfecciones participadas de Sí mismo. Es una forma de delegación de su poder infinito. Estos agentes actuan unos en otros según sus leyes propias. Dios, sin embargo, mantiene las riendas del gobierno en sus manos: es la Causa Primera y Ultima, pero no la única. Cuando constatamos una intervención directa al margen del orden natural instituido por el mismo Dios, entonces hablamos de una conducción extraordinaria o de un milagro.

Las causas segundas obran en la esfera en que el Creador las depositó, según su Plan de amor y sabiduría. Minerales, vegetales y animales, cada uno obra según su propia naturaleza como un agente inconsciente de la Providencia.

También el hombre es un agente de la Providencia, pero debe actuar según su naturaleza propia como una causa segunda libre. Sin embargo, de alguna manera puede frustrar los planes de Dios apartándose de su conciencia al actuar y dejándose llevar por sus pasiones y caprichos. Entonces se tuerce el curso natural así como un río que se sale de su cauce.

Esto nos plantea una seria objeción frente a la Providencia Divina: ¿Cómo es posible conjugar la omnipotencia del Dios providente con la libertad del hombre? Cuando la voluntad del hombre se pliega al querer divino, pareciera no haber problema, pero cuando entran en conflicto parecería que es imposible llegar a una solución sin negar uno de los extremos de la ecuación: o Dios no es omnipotente o las rebeldías del hombre sólo son aparentes y el no es realmente libre. Se trata evidentemente de la presencia de un misterio inescrutable. Por la fe sabemos que Dios es realmente tan omnipotente que pudo crear efectivamente seres libres sin restarse omnipotencia. En su plan providente cuenta con la libertad y la conduce sin forzarla. El hombre no es un robot perfecto, sino un ser auténticamente libre. Las disonancias de la libertad mal empleada se resuelven en la reordenación por el arrepentimiento o por la justicia divina, por el castigo.

Es así como es posible que la historia de la humanidad tome la forma de

una lucha apocalítica entre Dios y Satanás, entre el bien y el mal. El hombre es, en parte, un campo de batalla, pero, en parte, también, es aliado de Dios o del Demonio: lucha por realizar el Plan de Dios o por frustrarlo. Por eso la historia se transformó en Cristo en historia de la salvación.

8. La meta de la historia.

La meta de todo el proceso de la historia conducida providentemente por Dios es la "plenitud trinitaria de la creación, mediante una única comunión de vida en Cristo y María", que está indisolublemente unida al Señor y a su misión redentora.

El libro de los Proverbios dice que "Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de Sí mismo" (16,4). Sin embargo, esa gloria hay que entenderla en el sentido hebrero y no griego. En este caso se entiende como manifestación de la esencia divina que es su amor. Así es que podemos decir que todo fue hecho por amor y para el amor y que todo es conducido providentemente con amor. En la manifestación plena del amor misericordioso de Dios, cada criatura ocupa su lugar y juega un papel original y único.

Parte III

CONCLUSIONES

1. Las diversas actividades de los hombres frente a la historia.

Existen tres formas posibles de relacionarse con la historia: pasivamente como un simple espectador que no se compromete; activistamente como el hombre que piensa que todo depende de él y que siente que puede darle a su amaño el curso al proceso y cooperadoramente, como el hombre que está atento para descubrir la voluntad de Dios para dejarse conducir dócilmente por El en la realización de su Plan providente.

María asume su rol frente a la historia con plena conciencia. Está lejos de ser una simple espectadora. Sabe perfectamente que ese Dios que actúa haciendo cosas grandes en los pequeños, de ninguna manera anula su participación, sino, por el contrario, la incentiva. Ella se sintoniza con Dios, medita todas las cosas en su corazón y actúa en forma consecuente. Esta actitud lejos de transformarla en una criatura alienada y pasiva la lleva a grandes compromisos. No vuelve atrás aunque su identificación con el Plan de Divino la lleve al pie de la Cruz. Se juega en el compromiso con el Dios liberador de su pueblo con una fe audaz y confiada. Es así como asume vigorosamente las tareas simples de cada día, imprimiéndoles una dinámica trascendente. Ella cambia pañales, saca agua del pozo y prepara los alimentos. . . pero, en cada pequeña labor casera está contribuyendo a la redención del hombre, a la liberación plena de todas las esclavitudes, a la reordenación del curso de la historia. Está haciendo posible que los pobres queden colmados de bienes y los prepotentes que han humillado a sus hermanos a través de las generaciones, se alejen con las manos vacías. Su "SI" al Dios Providente y Liberador la hace figura histórica, gestora de un mundo nuevo, protagonista de primer rango y modelo de todos los hombres que en el transcurso

de los siglos se sientan responsables por la liberación de sus hermano

2. La Iglesia tiene en María su modelo perfecto.

Ante la urgencia de asumir el compromiso histórico de liberar a humanidad de todas las opresiones y esclavitudes, la Iglesia encuentra en Virgen María el modelo preclaro. "Dependiendo totalmente de Dios y pl namente orientada hacia El por el empuje de su fe, María, al lado de s Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la h manidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Model para emprender en su integridad el sentido de su misión" (37).

HUMILDAD Y CONFIANZA EN DIOS, FRENTE A LA SOBERBIA DE LA VIDA

Agustín Moreno Proaño, O.F.M.
Miembro de la Academia Nacional Mariana

Cuando la Santísima Virgen María, inundada ya del Espíritu Santo e inspirdada por El, llevando ya en su seno inmaculado al mismo Verbo de Dios, a la Palabra Eterna que iniciaba su vida temporal, humana con su colaboración materna, prorrumpió en ese cántico inmortal, el más bello que saliera de labios creados a la gloria del Señor, el Magníficat, lo primero que Nuestra Señora admite y declara como razón de su íntima felicidad sobrenatural es que Dios "ha mirado la humildad de su esclava", como otorgándole al Señor el mérito y la alabanza exclusivos por la maravilla ocurrida en el Misterio de la Encarnación de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad en el acogedor santuario de su cuerpo virginal.

Es de una riqueza espiritual tan fabulosa el texto evangélico que nos ha transmitido San Lucas, acaso retomado de sus diálogos confidenciales con la Madre de Jesucristo, que conservaba hasta el fin de sus días "todo esto en su corazón y lo tenía muy presente", que vale la pena recitarlos hoy una vez más, cuando estos hijos suyos del Ecuador se reunen a su sombra imprescindible para aprovechar sus enseñanzas y adecuarlas a la hora presente como garantía de fidelidad al amor de tan dulce Madre y de su Hijo benditísimo. "Alaba mi alma la grandeza del Señor; mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque Dios ha mirado la humildad de su esclava, he aquí que en adelante me llamarán Bienaventurada todas las generaciones; porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas. ¡Santo es su Nombre!" Y en el mismo cántico añade después Nuestra Señora que Dios deshizo los planes de los orgullosos y exaltó a los humildes.

¿Qué fuerza, qué encanto tiene esta virtud de la humildad en la presencia del Señor que es la que cautivó su corazón hasta el punto de hacer posible lo imposible, lo inimaginable, lo inconcebible para la limitada inteligencia humana, que Dios el eterno, el absoluto, el inmortal, se abata, se anonade, según la fuerte expresión de San Pablo "semitipsum exinanivit - haciéndose hombre, carne como nosotros, en el vientre de una Madre-Virgen, en María, cumpliendo a cabalidad lo que dijera el arcángel San Gabriel en el momento de demandar la libre aceptación de Nuestra Señora para tan adorable misterio: "Porque para Dios nada hay imposible"!

La humildad es la causa motivante de este inaudito prodigio. Acaso nadie en el pensamiento cristiano ha expresado con mayor hondura y claridad al mismo tiempo este arcano que Dante Alighieri en el último canto del Paraíso de su Divina Comedia, cuando saluda a María con estas palabras: "Vergine Madre, Figlia del tuo Figlio - Humile ed alta piú que creatura - termino

fisso d'eterno consiglio. Tu se colei que l'humana natura - glorificaste si, qu'il suo Fattore - non disdegnó di farse sua fattura" Virgen Madre, Hija de tu Hijo - humilde y esclarecida más que ninguna criatura - término fijo de los decretos eternos. Tú eres aquella que de tal manera glorificaste la naturaleza humana - que su propio Creador no se desdeñó de hacerse su criatura". Humilde y alta! ¿Cómo sería de hermosa en el cuerpo y en el alma la predestinada para Madre de Dios, cómo sería de santa, de perfecta, de encantadora y, sin embargo, entre tantas perfecciones "el Señor miró la humildad de su esclava", que fue la que le atrajo como un imán hasta el punto de solicitarle su concurso para revestirse de nuestra condición humana, y con ella reformada, hacer que los hombres se volviesen "divinae consortes naturae" participantes de la naturaleza divina, como lo afirma otra de las geniales expresiones paulinas.

Siendo el lenguaje humano deficiente, no es fácil hacerse una idea exacta y precisa de lo que es la humildad. La gran Madre Santa Teresa de Jesús de Avila, la Doctora, nos dejó su conocido aforismo de que la humildad es la verdad. Y, ¿Qué es la verdad? Porque de ella dijo Jesucristo que nos haría libres. Estoy por decir que es el reconocimiento de las evidencias; la aceptación, por parte de la inteligencia, de aquello que salta a la vista con claridad meridiana. ¿Soy yo el dueño y autor de mi vida? ¿Por qué desembocamos todos en la muerte? ¿El vastísimo cosmos con sus pasmosas leyes físicas y billones de escondidas maravillas es obra del azar? ¿Todo lo existente no es una sinfonía a la gloria de una inteligencia y bondad suprema? Y por reducir el problema al microcosmos que es el ser racional, el hombre, la asombrosa organización de su cuerpo y el mundo inagotable de sus experiencias anímicas, no hicieron confesar a uno de nestros mejores ejemplares, a Agustín de Hipona: "Señor, nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti". Hasta los paganos sinceros comprendieron que en Dios vivimos, nos movemos y existimos. Sólo el necio, el ignorante, el tonto dice en su corazón: "No hay Dios ¡", atestigua la palabra divina. Y claro, en su corazón pervertido, porque en su inteligencia siempre estará gritando la verdad contraria. Si Dios me da la vida, que es el sustento de todas las posibilidades, a quién pertenecen los talentos, las habilidades, las cualidades, las circunstancias, las oportunidades que la enriquecen y la vuelven fecunda? Al autor de la vida, a Dios. La humildad consiste, entonces en reconocer esta dependencia total de Dios por parte del hombre. Humildad viene etimológicamente de humus, palabra latina que sifnifica tierra, polvo, y la evidencia cotidiana nos demuestra que la parte tangible, visible del hombre, su cuerpo es hecho de tierra y polvo y que su alma es el soplo de Dios que lo vivifica y mantiene. Si no hubiera habido el pecado, lo congruente, lo lógico hubiera sido que los hombres fuésemos humildes por naturaleza. Y es lo que se elevó a altísimos niveles en la existencia de Nuestra Señora, la Purísima, la Inmaculada, la llena de fe y de gracia, la que estuvo siempre con el Señor.

Añádase a esto el que María por su esmeradísima educación religiosa sabía los elogios que, en cien lugares de la Sagrada Escritura, se hace de la hu-

mildad y de los humildes y los había hecho sustancia de su vida. De fijo que tomaría diariamente en sus labios los salmos de su antepasado David para decir: "Bendigo al Señor en todo momento, - su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloría en el Señor: - que los humildes lo escuchen y se alegren". Y esta otra maravilla: "Señor, mi corazón no es ambicioso, - ni mis ojos altaneros; - no pretendo grandezas - que superan mi capacidad. Sino que acallo y moderno mis deseos, - como un niño en brazos de su Madre. Por eso, el Señor "miró la humildad de su esclava", y obtuvo de ella la suma complacencia y el sumo honor.

Virgen siempre humilde, dice San Ambrosio, se hizo ciertamente más humilde cuando conoció haber sido elegida por Dios para tan gran misterio". La Santísima Virgen, comenta Gregorio Alastruey, aunque sublimada a la excelsa dignidad de Madre de Dios y enriquecida más y más con divinos dones, había conocido plenísimamente su nada, esto, es, lo que por sí era; y lo que vendría a ser si Dios la abandonara; sabía asimismo plenamente que el ser, el poder y el hacer y todos sus privilegios provenían de Dios, y que en todas estas cosas dependía siempre y en todo instante de la bondad divina. Y así San Bernardino de Siena dice de la humildad de María: Tuvo la perspectiva de su propia nada, porque continuamente vivía en relación actual con la Divina Majestad y con su nada".

Y como esta humildad de María no era solamente del orden intelectual, sino una virtud operativa, la vemos, a través de los textos evangélicos, tan modesta, tan servicial, tan obediente a las leyes de Dios y a las humanas tal el caso del Empadronamiento, tan recatada, tan hacendosa, tan compasiva, tan discreta, tan generosa, tan escondida y endiosada que para hacer la cumplida alabanza de cada una de estas facetas no bastaría una existencia entera.

Y porque María era humilde en los mínimos detalles de su proceder, se conturbó al escuchar el saludo del arcángel Gabriel con palabras tan inusitadas y se preguntaba en su interior qué significaba este saludo. Propio de los verdaderos humildes es, dice Santo Tomás de Aquino, el extrañarse de las alabanzas que se les tributen, que ellos sinceramente creen inmerecidas. Fue menester que el ángel la tranquilizace diciéndole: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Y luego, ya con el ánimo sereno escuchó la gran revelación de su maternidad virginal, refrendada con la nítida explicación del, emisario celeste: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra". Concepción y parto milagrosos, que mantendrían incólume su virginidad. De esa certeza brota la humilde y confiada respuesta de María: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y entonces el Verbo se hizo carne y empezó a habitar con nosotros. La humildad consiste principalmente en la sujeción del hombre para con Dios, advierte el Aquinate; y una sujeción confiada en su infinita bondad y misericordia. "El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en clemencia, canta el salmista. El Señor nos colma de gracia y de ternura. Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles". "¡Qué bondad tan grande, Señor, reservas para tus fieles, y concedes a los que a ti se acogen a la vista de todos!"

La confianza en Dios es el fruto maduro de la humildad. En la penuria de Belén, en la dorolosa profecía de Simeón, en el aparente desapego del Niño Jesús en el templo en medio de los doctores, en la huida a Egipto, en la respuesta seca con ocasión de las Bodas de Caná, y hasta en el trueque con Juan al pie de la Cruz, el Corazón de María jamás desfalleció porque se nutría de la confianza en el Señor, de quien su Hijo Divino le enseñó que era el Padre nuestro que está en los cielos, perfectísimo, y que hace salir su sol, sobre buenos y malos y hace caer su lluvia sobre justos e injustos, sin acepción de personas y que todos los atardeceres busca al hijo pródigo, oteando en lontanaza, el Padre generoso que nos inunda con su luz y no nos escatima el pan de cada día, y que tanto amó al mundo que le dio su Hijo Unigénito para que no perezca ninguno de los que creen en El. Confianza de Hija, confianza de Madre, confianza de Esposa, confianza de quien hermosamente es llamada por nuestro pueblo: Templo y sagrario de la Santísima Trinidad.

Me parece escuchar las palabras de Jesucristo que nos dice: He ahí a vuestra Madre; he ahí el modelo de humildad y confianza en Dios que tenéis que imitar. Sólo hace falta que nosotros, como el venturoso Juan, la recibamos en la casa de nuestro corazón y nuestra vida.

Peró, ¿Es posible que ocurra este milagro en nuestra época? ¿No somos a caso testigos de la transformación más honda, intensa y preocupante de la historia humana? ¿No parece que vamos sin rumbo cierto, como tanteando las metas, haciendo concesiones y talvez aprobando ideas, modales y actitudes de dudosa procedencia, cuando no francamente hostiles a la voluntad de Dios, expresada en la Sagrada Escritura y en la tradición? Siempre anduvieron sueltos los enemigos del alma: mundo, demonio y carne; en su tiempo el evangelista San Juan ponía ya en alerta a los adultos y a los jóvenes cristianos, diciéndoles: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en el. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y su concupiscencia, mas el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre".

Los portentosos avances técnicos y científicos, frutos de la inteligencia y del trabajo humanos, en lugar de acercarnos más a Dios, que nos hizo a su imagen y semejanza y nos dio la capacidad para estos logros y otros que nos debieran llenar de humildad, no han servido, en gran parte, sino para la soberbia de la vida, para el olvido del Creador o para su desprecio, para el derroche y el desparpajo en el uso de los bienes materiales, para el acrecentamiento del miedo, de las enfermedades y de los odios.

En nuestra sociedad occidental, el consumismo desaforado, el ansia de tener más y más cosas, la desesperación por amasar dinero con poco, fácil o ningún trabajo, la sed del poder para disfrutar de sus ventajas en provecho egoísta, el derroche de los fondos propios y ajenos en lujos y francachelas, la obsesión por los placeres lícitos e ilícitos, el olvido de la solidaridad con los pobres, la violencia institucionalizada o insurgente, las injusticias con los marginados y explotados y mil otros síntomas de decadencia, y de soberbia

de la vida, podemos honestamente decir que afectan únicamente a los incrédulos, a los "buenos" (entre comillas) católicos que se ufanan de su fidelidad a la Iglesia y de sus prácticas religiosas? Un nuevo tipo de heroicidad, equivalente al martirio de los primeros siglos del Cristianismo, se requiere hoy para ser leal a Dios y a sus designios. Vivimos tan rodeados de tentaciones, que ya ni nos parecen tales. La noción del pecado está francamente sacudida. No hay maldad, por insigne que sea, que no encuentre sus panegiristas y defensores. Panorama exagerado, tétrico y desolador. Ojalá que sí; pero tampoco se me oculta que Dios hace su obra silenciosamente, y así como nadie en Roma, en Jerusalén misma y en las grandes metrópolis de la antigüedad, nadie se percató del milagro de los milagros, de la encarnación del Hijo de Dios en el seno purísimo de María en Nazareth, gracias a su humildad y a su confianza ciega en el Señor, así también hoy, se inmolan en el silencio de los claustros, en las salas de los hospitales, en las escuelas de aldea y en las parroquias de montaña, en las lejanas selvas de las misiones y aún en el recio trabajo de la cátedra universitaria o el monótono servicio de la oficina o de la fábrica, almas privilegiadas, avezadas a los renunciamientos y a las privaciones, que siguen tras las huellas de María humilde y confiada. Desde la aurora de la humanidad andan mezclados el bien y el mal. Apenas había dos hermanos, Caín y Abel, y el uno mató al otro por oscuros rencores impulsados por la soberbia de la vida. Lucifer mismo y sus secuaces perdieron sus tronos en el cielo porque se dejaron inficionar de la soberbia. Y desde entonces anda multiplicando fórmulas de arrastrarnos a los hombres junto a sí por el ancho camino del orgullo y de la vanidad. En el paraíso terrenal engañó a nuestros primeros padres con la añagaza de que se volverían como dioses y los condenó a la muerte y a la desgracia. Al complacerse en sus indiscutibles conquistas y triunfos intelectuales y científicos, el hombre moderno corre el riesgo de creerse Dios, autónomo e indipendiente. Corre el riesgo de negar las verdades evidentes y de quemar incienso al ídolo de su propia soberbia. Nadie está libre de esta tentación. Como en la mitología de la Grecia, el hombre ha desatado fuerzas que no puede controlar. Ha robado el fuego del cielo al desnuclear el átomo y liberar su energía catastrófica. Ha manipulado la ingeniería genética, despojando al ser humano de las defensas naturales y amenazándolo con originar monstruos. Ha abusado de la sexualidad con el consiguiente aparecimiento del virus de inmuno deficiencia adquirida y su letal secuela. Domina la velocidad del ruido y va tras la conquista de la velocidad de la luz y ensaya viajes a los astros. Ha descubierto la computación que supera los límites de la inteligencia y de la memoria. Se acerca al descubrimiento de los orígenes del universo y a la fijación de su edad. El hombre se tiene ya por un semidios. Insatisfecho de sus éxitos querría perennizar la vida corporal por medio de la invernación y el congelamiento. La lista de sus logros y sus ambiciones es interminable. Pero, ¿le ha acercado todo esto a la más segura consecución de su destino eterno? ¿Le ha unido más a Dios y se ha vuelto más bondadoso, indulgente, justo y espiritual? El enemigo malo que nos anda susurrando a cada instante el "seréis como dio-

ses'' parece ser que ha llevado la gran tajada por el camino de la soberbia de la vida, y por las concupiscencias de los ojos y de la carne. El mundo sobrenatural es el gran desconocido. En él nada ha cambiado desde que la Trinidad excelsa pronunciara el "hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". María dijo: "el Señor hizo en mí maravillas", Gloria al Señor! Con cada uno de nosotros quiere también el Señor hacer maravillas, si encuentra nuestra inteligencia y nuestro corazón humildes y confiados. Isabel dijo a María: "Bienaventurada Tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". Aquí está la clave de nuestra felicidad. Creer lo que el Señor nos ha revelado, pero creerlo con humildad y confianza "como un niño en brazos de su madre".

¡María, Reina, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, limpia nuestra ceguera, calma el ímpetu de nuestras pasiones, aplasta nuestra soberbia con el roce de tu pie inmaculado, guíanos con tu ejemplo en esta hora difícil y muéstranos el fruto bendito de tu vientre, Jesús, el manso y humilde de corazón por excelencia; Así sea!

"LA IGLESIA FRENTE A LA PERSECUCION CONTEMPORANEA EN BUSCA DE LA UNIDAD".

Hno. Eduardo Muñoz Borrero F.S.C.
Miembro de la Academia Nacional Mariana

Para situar este asunto en el quicio en que ha de moverse; necesariamente debemos conectarlo con la consoladora verdad teológica: MARIA MADRE DE LA IGLESIA, proclamada en un momento solemne del Concilio Vaticano II, por la autoridad suprema del pontífice Paulo VI.

Ahora bien, este título no es una denominación externa, sino que corresponde a una realidad. Se llama María Madre de la Iglesia porque lo es. Y lo es no sólo en su verdad teológica, sino también en su actividad psicológica. Porque es Madre de la Iglesia, María tiene para con ella entrañas de madre, o lo que es lo mismo actitud de amor. Cristo no pudo hacer a María Madre de la Iglesia sin darle al mismo tiempo un corazón, un amor y una vocación maternales, de dimensión y profundidad eclesial. Es doctrina tradicional de la Iglesia que llevando al Salvador en su seno, María llevaba asimismo en él a todos aquellos de quienes la vida del Salvador encerraba la vida.

Todos cuantos estamos unidos a Cristo y formamos, según la palabra del Apóstol, los miembros de su cuerpo, salidos de su carne y de sus huesos, hemos salido con Cristo del seno de la Virgen María, como cuerpo unido a la cabeza. Por esto es un sentido místico y espiritual, pero muy real, nosotros somos los hijos de María y ella es la madre de todos nosotros.

Esta intervención directa de la Madre de Jesús en la vida espiritual de los hombres ha dado lugar a un cúmulo de apelativos, frases, metáforas que se encuentran en la literatura patrística y que son, tomados en su conjunto, una prueba irrefragable del sentido tradicional de la Iglesia con respecto a la maternidad de adopción de María Santísima para con los hombres. Y de tal manera deben interpretarse estos elogios en el sentido de una solidaridad con su Hijo -que no puede ser otra que la fundada en su título de Madre-, que de atribuírselos a ella sola con independencia de Jesús la situarían en un plano antidogmático, fundando en Ella todo el sistema de la redención.

Después de la famosa definición pronunciada por el Concilio de Efeso, se desvaneció el interés por las relaciones entre María y la Iglesia para dirigirlos hacia la divina maternidad, tema que por mucho tiempo continuó dominando la mariología. Nuestra época vuelve a ocuparse del asunto, los últimos documentos pontificios son prueba palmaria.

Tanto María como la Iglesia son madres de los hombres, deben caminar unidas. La Sagrada Escritura nos presenta a la Iglesia, distinta de Cristo, bajo varias imágenes y figuras: San Pedro llama a la Iglesia "una nación santa, un pueblo de adquisición, y "pueblo de Dios" (I. Pet. 29). De aquí que la

Iglesia es el nuevo pueblo de Dios y el nuevo Israel, que continúa aventajando al Israel antiguo. Considerada la Iglesia como nuevo pueblo de Dios, es María comparable a ella por ser la personificación ideal de la misma y la realización perfecta de cuanto Dios desea realizar por la venida de su Hijo.

La comunidad cristiana es el pueblo de Dios en Cristo su Cabeza, cuya vida le anima, es el Cuerpo de Cristo, y la Vrigen Sma., el primero y más importante miembro de este cuerpo, el más estrechamente unido a la Cabeza, aventajando a los demás en excelencia y eminencia a causa de su maternidad y consorcio con el Salvador, superior a los de los demás miembros. Así como María participó en la unión hipostática en el momento mismo de la Encarnación, así también cooperó con su Hijo en el momento mismo de la redención. La Sma. Virgen concibió espiritualmente al Cuerpo de Cristo junto con la Cabeza al concebir a Jesús, y como socia del Redentor, le dio a luz junto a la cruz maternal de la Iglesia, es también el seno del Cuerpo "En la hora suprema de su sacrificio, el Redentor atrae a su Madre a su tremendo padecer para asociarla a su acto redentor. Recibe El la dedicación, el amor y los méritos de su Madre, cuya agonía integra en su propia pasión para ofrecerlo todo al Padre, que acepta la cooperación de la Madre junto con la operación del Hijo para conceder reconciliación al mundo (Cyril Vallert).

Aunque María actúa solidariamente con Cristo, su solidaridad con nuestra raza no sufre menoscabo, sino que sale inmensamente beneficiada. Ella actúa en nuestro nombre, como representante de todos los que necesitamos redención, nos une a todos en el mismo acto redentor. Cooperó al nacimiento de la Iglesia, no simplemente dando la naturaleza humana al Salvador, sino sufriendo con El.

La Misión de María no terminó con la vida de Jesucristo, antes bien comenzó entonces una nueva, la de llevar en su regazo y alimentar con sus dolores y consolar con su ternura a sus nuevos hijos, la humanidad entera. Esa maternidad durará hasta el fin de los tiempos.

La Encíclica "Redemptoris Mater" con precisas palabras considera a la Madre de Dios en el centro de la Iglesia Peregrina. Esta Iglesia que "va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios", anunciando la cruz y la muerte del Señor, hata que El venga (cf. 1 Cor. 11,26)... "El la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y la proveyó de medios aptos para una unión vivible y social. El Concilio Vaticano II habla de la Iglesia en camino, estableciendo una analogía con el Israel de la Antigua Alianza en camino a través del desierto..." Caminando, pues, la Iglesia a través de los peligros y tribulaciones, se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió... y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo, hasta que por la Cruz liegue a la luz sin ocaso. "(R. Mater N; 25).

Por la Cruz llegue a la luz sin ocaso. Precisamente en este camino de peregrinación eclesial a través del tiempo no han escaseado las cruces de la persecución decidida o soterrada, cruel o en apariencia inofensiva. "La Iglesia -según León XIII no puede dejar de vivir sacudida por la persecución. Se equivocan los que quieren para la Iglesia, un estado de plena tranquilidad; "En Ramá se oyó una voz, llanto y gran lamentación, era Raquel, que lloraba

a sus hijos..." La Santa Iglesia de Cristo ha debido soportar en todos los tiempos contradicciones y persecuciones por la verdad y por la justicia. ¿"Qué maravilla, si la Iglesia Católica que es la continuadora de la divina misión, -pregunta el Papa- y la depositaria incorruptible de sus verdades haya encontrado la misma suerte"?

La justicia o santidad ha suscitado y seguirá suscitando siempre el odio y la persecución por parte de los injustos o impíos. "El que obra el mal, odia la luz y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas, leemos en el Evangelio de San Juan (Jn. 3-20). Esa es la verdadera razón de las persecuciones que padecen los justos, según sentencia del Divino Maestro.

La persecución es su patrimonio, porque Dios saca de ella bienes más elevados y valiosos, purificando y probando a sus hijos. Pero aún permitiendo las vejaciones, lo cual proporciona medios nuevos e impensados con los que la obra de la Iglesia se mantiene y crece, sin que prevalgan las fuerzas conjuradas para su daño.

Desde los primeros días de la Iglesia, apareció la persecución ensañada con los apóstoles y primeros discípulos de Jesús y fue como la característica de los primeros siglos de la era cristiana especialmente en el Imperio Romano. La imitación del único Modelo llevaba su recompensa en sí misma. El martirio medio místico por excelencia, era la mejor manera de unirse a Jesús. "El era quien inspiraba a los confesores de la fe -escribe Daniel Rops- las fulgurantes respuestas y los gritos admirables que brotaban de sus labios". Incontables son los mártires que ofrendaron su vida en los tres primeros siglos de la Iglesia. Cuando se cerró la época de las persecuciones y cuando el martirio por la fe abandonó su carácter colectivo y pasó a no ser ya, de ordinario, sino un hecho individual lo que en líneas generales ha seguido siendo hasta nuestros días, San Juan Crissóstomo exclamó: "Oí decir a nuestros padres que era antaño, en los tiempos de las persecuciones, cuando había verdaderos cristianos".

A lo largo de los siglos y en diversas naciones no han faltado los crímenes contra predicadores, misioneros, sacerdotes, religiosos y seglares. ¿No vemos llevar al honor de los altares por el Papa a tantos confesores de la fe?

Por conmemorarse está el bicentenario de la Revolución Francesa, que si bien tuvo sus aspectos positivos, derramó sangre a raudales. Gran número de mártires, bajo el Terror, consumaron su sacrificio invocando a la Virgen María, como los mártires de Orange y las carmelitas de Compiègne y las ursulinas de Valenciennes o los confesores de la fe en la prisión de los Carmelitas de París. Los vendeanos derramaron su sangre cantando la Salve, el Magníficat o los cánticos populares de N. Sra. "Esa revolución según dijo el entonces parlamentario Matovelle, y hoy Siervo de Dios, se propuso abolir el cristianismo y hacer desaparecer hasta la noción de Dios.

Transcurrieron los años y en la misma Francia, en las naciones vecinas quedaron brotes persecutorios, no de forma violenta; pero sí taimada, o lo que hoy diríamos sofisticada. También las jóvenes Repúblicas Hispanoamericanas por seguir corrientes novedosas sacarán aquí y allá la espada persecutoria. En nuestro mismo país registremos las páginas de la historia de hace

más de cien años, las de las postrimerías del siglo XIX o principios del actual. Sacerdotes como Moscoso, Maldonado y el seglar Vivar sufrieron verdaderos martirios. Otros soportaron, como el mismo Matovelle, vendavales persecutorios, llevando enhiesta la cruz e inflamado el amor a María.

Al inicio de la década del veinte, la noble nación mejicana vio correr sangre martirial y soportó terribles sacudidas con leyes irreligiosas y actitudes hostiles de gobiernos anticatólicos.

Más tarde le tocará el turno a Alemania que ya sufrió en el Kulturkampsf (lucha por la civilización) con un violento conflicto entre el Estado y la Iglesia. A pesar de la persecución del hambre y de la miseria, el clero, en su inmensa mayoría siguió fiel a su religión. El Kulturkampí no dio los resultados que Bismark esperaba. Y después de la segunda guerra mundial en la que ofrendaron su vida tantos confesores de la fe, el catolicismo se levanta pujante.

Por diez años España padeció lo indecible a causa de leyes sectarias inspiradas en miope anticlericalismo, causantes después de todo de la guerra civil que produjo tanta mortandad. Sin ser nuestro propósito dar un balance de aquellos terribles tiempos, sólo comparables a los de las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia, nos bastará indicar que fueron inmolados trece obispos, centenares de sacerdotes, religiosos y religiosas. Y los numerosos millares de hombres y mujeres asesinados únicamente por su condición de católicos ¡Salve corona de los mártires!

El tiempo de que disponemos no nos permite extender nuestra mirada a los países de Europa Oriental donde la espesa nube de la intolerancia opaca el sol de la verdadera libertad religiosa como lo quiere la Iglesia. Citemos sólo dos ejemplos: En Lituania antes de la guerra existían 1.500 iglesias. Hoy, apenas si sobrepasan de las 600. La vida religiosa espera con impaciencia el día en que pueda desarrollarse libremente. En Albania, el bautismo de un niño constituye delito de muerte.

Juan Pablo II en el documento escrito con motivo del milenio de la Iglesia de la Rus de Kiev indica: "La Iglesia ucranaiana está probada en los últimos decenios por grandes adversidades... Que el futuro os ofrezca la alegría de ver superadas las incomprensiones y la mutua desconfianza.

Y podríamos hablar de las persecuciones en Asia. Africa y de aquellas que se producen en nuestra misma América.

Que el martirio ocurre con más frecuencia de lo que se cree lo prueba la elocuente frase de monseñor Josef Tomko, el cardenal responsable de los asuntos misioneros de la Iglesia; "Nos los están matando uno por mes". ¿Quién no recuerda la figura de Monseñor Arnulfo Romero Arzobispo de San Salvador, que dejó al pie del altar su última y más preciada ofrenda: su propia vida truncada en su plenitud por la mano asesina de los enemigos de la justicia y de la libertad, en aquel 24 de marzo de 1980?

Y más cerca de nosotros los dos misioneros del Coca, monseñor Alejandro Labaca y la religiosa que lo acompañaba, sacrificados brutalmente, aunque por equivocación, por aquellos mismos a quienes trataban de evangelizar y de defender?

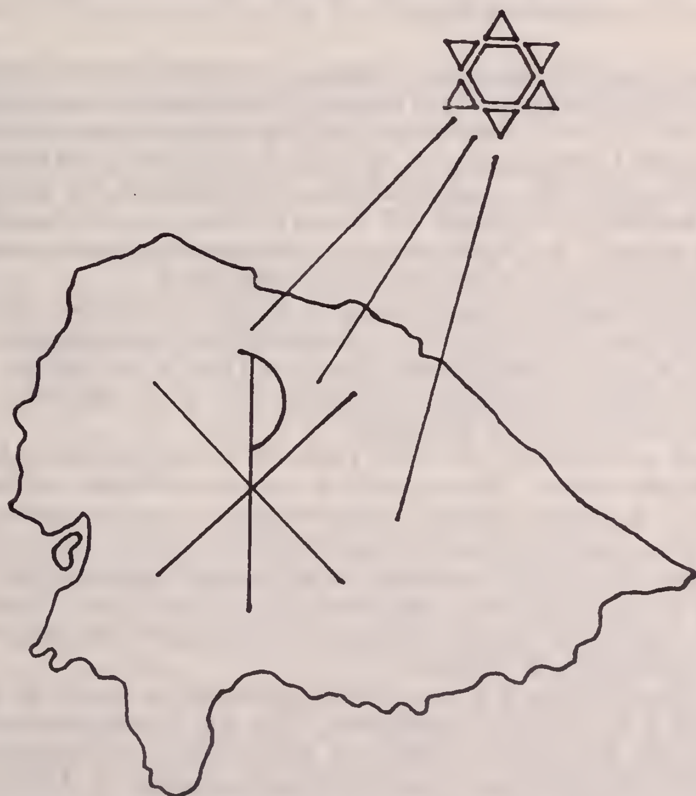
Los mártires no son patrimonio exclusivo del pasado, no son únicamente perlas viejas que la Iglesia luce con admiración y orgullo. También son hijos de nuestro tiempo.

Existen también las persecuciones y atentados contra la Iglesia doméstica que es la familia ¿acaso nuevos Herodes no atentan la vida de los niños aún en el seno de sus madres con desparpajo y cinismo?

Pero basta:

Vayamos por la Madre al Hijo, y por el Hijo a Dios. Mezclemos, como el devoto anónimo de la escuela franciscana en el siglo XIII, "la leche de la Madre con la Sangre del Hijo, y hagamos de ello un licor de gran dulzura" para las horas duras de nuestra existencia.

Hacia Cristo con María y como María



IV Congreso Nacional Mariano del Ecuador

PREFERENCIA POR LOS POBRES: OBRAS DE MISERICORDIA EN EL MUNDO ACTUAL

Embajador Rogelio Valdivieso E.

"Mi alma alaba al Señor...!
Su nombre es Santo...
Manifestó su fuerza vencedora
y dispersó a los hombres de soberbio corazón.
Derribó a los poderosos de sus tronos
y elevó a los humildes.
Llenó de bienes a los hambrientos
y despidió a los ricos con las manos vacías...!
(Lc. 1,46-55).

Parece increíble escuchar de labios de MARIA, la más dulce, humilde y sencilla mujer de Nazareth, el llamado "canto más revolucionario de la historia". Pero es que la misericordia de Dios ensalzada por ella en el MAGNIFICAT, asume formas históricas en favor de la "Esclava del Señor" y de todos los pobres como ella. Los orgullosos, los poderosos, los ricos, no poseen la última palabra en los planes del Reino de Dios, sino los humildes, los sencillos, los pobres. En María empieza a realizarse ese Reino, en que los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos.

María pertenece a los "pobres de Yaveh" del "resto" del pueblo de Israel; a quienes el dolor, el exilio y la esclavitud de dos deportaciones, crucificaron en el pesar. Isaías llama "siervo de Dios" a ese pueblo. Y María, pueblerina de Israel, se identifica por eso como "sierva del Señor": esa palabra define al pueblo pobre y creyente.

María se encuentra así, en el punto de conjunción de un mundo antiguo y un mundo nuevo. Recoge todo el drama sociológico del pueblo israelita oprimido, mutilado, disperso, empobrecido; y, con la penetración formidable de una mujer sin mancha liberada de las tinieblas del pecado, atraviesa el camino sinuoso de los siglos, para fustigar la misma traición del ayer al Dios de la paz y del amor, agigantada en el "aquí" y el "ahora" de nuestra historia, con caracteres que sobrepasan los linderos del cinismo y la locura, el odio, la tiranía y la muerte.

El Magnificat de la Virgen María, surgió en un marco de relaciones muy parecidas a las que hoy padecemos. Por eso lo encontramos tan nuestro, tan cercano, tan actual. "María se hace nuestra contemporánea como por encanto". Ella tiene sus oídos abiertos al mensaje del Altísimo y sus labios vibrantes para alabarlo por las maravillas de su Amor. Pero tiene también sus oídos abiertos a los clamores de su pueblo judío sumido en la opresión. Con la fidelidad de los profetas, adora a Dios, y sufre con los oprimidos de su

pueblo. La fidelidad al "Uno" (con mayúscula) implica la fidelidad al otro: el que es sordo a los gemidos del pobre, es mudo delante de Dios. María levanta su voz, engrandece la misericordia del Señor, y le suplica que se manifieste como liberación del humillado y del hambriento.

En su Encíclica "Marialis Cultus", Pablo VI señala a María como "una mujer que, lejos de ser pasivamente sumisa o de una religiosidad alienante, no dudó en afirmar que Dios es vengador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos; reconoce en María a "la primera entre los humildes y los pobres" (cf. L.G. 55); subraya que "la Virgen Santísima nos ofrece el modelo acabado del discípulo del Señor: obrero de la ciudad terrena y temporal, y al mismo tiempo peregrino diligente en dirección a la ciudad celestial y eterna, promotor de la justicia que libera al oprimido, y de la caridad que ayuda al necesitado; pero sobre todo, testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones". (M.C. 37).

En definitiva, a la luz del pontificado, María se presenta como la Mujer liberadora. Prolonga el linaje de las mujeres heroicas del Antiguo Testamento, que se comprometieron con la justicia de Dios y de los hombres, como Débora y Judith.

El trasfondo del Magníficat, lo constituye el carácter dramático de nuestro mundo que, en su ordenación injusta, está en contradicción con el plan de Dios sobre la sociedad y sobre los hombres.

Los pobres... Tal vez suena como gastada esta palabra; pero lamentablemente no se gasta su dura realidad, sino que se agiganta su tragedia y se masifica su impotencia.

Los pobres del Magníficat (los mismos de hoy), aluden, desde luego, a esa maravillosa pobreza espiritual (infancia espiritual), que es el sentirse necesitado del Señor, cliente de Dios, en condición de oír la revelación sobre el Reino. Así fue María, así son sus seguidores, o mejor, como ella, seguidores del Cristo de las bienaventuranzas. La pobreza espiritual permite vivir en solidaridad con los pobres de bienes materiales, culturales, sociales; asumir las consecuencias; caminar con ellos en la inseguridad de la búsqueda y con la confianza puesta en el Señor.

Pero, no podemos cerrar los ojos, a esa letanía descriptiva de la pobreza, que nos hace espectar la dolorosa carabana de los "empobrecidos". Prefiero no hablar yo; que hable el Evangelio, que hable la Iglesia depositaria de la revelación, como cuando el Vaticano II, acogiendo justamente el Magníficat de María, nos llama a tomar conciencia de las "grandes injusticias estructurales de nuestras sociedades, y de la urgencia de una solidaridad liberadora con los pobres". Que nos hable la Iglesia viva de Latinoamérica, en la que estamos inmersos, angustiados por no oír "la voz de los que no tienen voz"; asombrados de mirar atropellos desgarradores, que nos arrancan lágrimas.

Medellín, supo recoger el clamor de los pobres, y en su tono profético encontró un lenguaje incisivo para hablar del dolor y las esperanzas de nuestros pueblos, y optó por la liberación de los hambrientos y por un testimonio de pobreza evangélica. Allí donde se detectan injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz, más

aún, un rechazo del Señor mismo" (Documento sobre la Paz).

Para Medellín, la realidad de pobreza, miseria y explotación en que vive la inmensa mayoría de los pueblos de L.A., constituye sin duda el más radical reto al anuncio del Evangelio, que nos revela a un Dios que "ensalzó a los humildes".

Y Puebla, vuelve a tomar la posición de Medellín, con una clara y profética "opción preferencial y solidaria por los pobres". Definitivamente condena el abuso del poder en sus múltiples facetas. Pero, creemos en el desafío del Magníficat: la fuerza vencedora de Dios, dispersará a los soberbios y derribará de sus tronos a los poderosos y ricos, despidiéndolos con las manos vacías".

Los Obispos de L.A., desafían en nombre del Dios de la misericordia y la justicia: "La permanente violación de los derechos y la dignidad humana (No. 41). La injusticia institucionalizada (No. 9). La tendencia a la modernización con exorbitantes crecimientos económicos, y la tendencia a la pauperrización y a la exclusión creciente de las grandes mayorías. "Estas tendencias, dice, favorecen la apropiación por una minoría privilegiada, de gran parte de la riqueza, así como de los beneficios de la ciencia y la cultura; por otro lado engendran la pobreza de una gran mayoría, con el bloqueo de sus legítimas aspiraciones de justicia y participación" (No. 1208). "La riqueza creciente de unos pocos, sigue paralela a la creciente miseria de las masas" (No. 1209), surgiendo así un conflicto socio-económico inmensamente grave.

Puebla denuncia la opresión, la violación de la privacidad, las torturas escalofriantes, los exilios inhumanos. Y, junto a eso, cómo no denunciar la privación de la vida sin más, como si fuera un juego de niños con absurdos juguetes de guerra. Hermanos!: ya nos vamos acostumbrando a la muerte del hombre... ¿Qué más nos da que sea indio o negro, de izquierda o derecha, inocente o culpable? Matamos al hombre... Lo matamos con el silencio y la indiferencia. Lo matamos de tristeza... Lo matamos con sueldos de hambre, con halagos, con mentiras, con denuncias falsas. Lo matamos con prepotencia y con odio. O lo matamos suavemente, adormeciendo su espíritu, para que no piense ni sienta como hombre. Mata el fusil y mata la propaganda. Y muere el hombre... ¿Total?... ¡Es un hombre...!

"El contraste entre la miseria y la opulencia -dice Puebla- es un obstáculo insuperable para establecer el reinado de la paz, y se traduce en frustraciones crecientes y en trágicas tensiones" (Nos.: 138 - 1260 - 1264 - 1269).

Volvemos a preguntarnos: **¿Quién es el pobre?**

Como María, la Iglesia de Puebla describe el peregrinaje deprimente de "rostros" que revelan una pobreza injusta, engendrada por el pecado social:

— Rostros de **niños** golpeados antes de nacer, con deficiencias mentales y corporales irreparables.
— Rostros de **jóvenes** desorientados, frustrados, desocupados...
— Rostros de **indígenas**, en situaciones infrahumanas.
— Rostros de **campesinos**, privados de tierra, en dependencia interna y externa.

— Rostros de **obreros** mal retribuidos y desorganizados.
— Rostros de **subempleados y desempleados**, sometidos a denigrantes cálculos económicos.
— Rostros de **marginados y hacinados urbanos**, carentes de bienes, en contraste con la ostentación de la riqueza.
— Rostros de **ancianos**, con la marginación agobiadora de los que no producen. (Nos. 31 - 40).

Y, ustedes y yo, seguiríamos enumerando la carabana interminable: la mujer vilipendiada, los drogadictos, los alcohólicos, los prisioneros de guerra; los inocentes o casi inocentes torturados en el infierno de las cárceles y abandonados a su miseria e impotencia. Los analfabetas, los inmigrantes, los minusválidos, los enfermos sin médico ni medicinas. Los débiles mentales, los homosexuales, el hijo de nadie...

A más de los enunciados, nuestros Obispos del Ecuador en sus "**Opciones Pastorales**", llaman nuestra atención, nuestro servicio y nuestro amor, sobre situaciones de pobreza que, por ecuatoriana, nos duele aún más: **la mortalidad infantil**, la falta de vivienda, inveterados problemas de salud, desnutrición masiva, inestabilidad laboral; inmigraciones campesinas hacia las ciudades explayadas en suburbios más densos que los cementerios. Desorientación y pérdida de valores morales, baja producción agrícola, encarecimiento de productos de primera necesidad, descomposición familiar, mendicidad, opresión, dependencia... (Nos. 10 - 26).

Hermanos:

Este diagnóstico de la realidad no terminaría nunca. Creo que el primer compromiso de esta tarde mariana, sería esforzarnos por imitar a María Santísima, comprometiéndonos a encarnarnos en nuestra realidad social, para que la fuerza y el gemido de su dolor lacerante, golpee nuestras conciencias, y nos impulse a la conversión, para hacernos merecedores de la compasiva misericordia del Dios del Magníficat. Así, entenderemos la "preferencia del Señor por los pobres".

Así comprendemos mejor la palabra de Juan Pablo II en su Carta Encíclica "REDEMPTORIS MATER": "La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del Magníficat, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que, **no se puede separar la verdad sobre Dios que salva**, sobre Dios que es fuente de todo don, **de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y humildes**, que, cantado en el **Magníficat**, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús"... "Se debe salvaguardar cuidadosamente la importancia que "los pobres" y "la opción en favor de los pobres" tienen, en la palabra del Dios vivo. Se trata de temas y problemas orgánicamente relacionados con el **sentido cristiano de la libertad y la liberación** de la que María, al lado de su Hijo, es la imagen perfecta". ("Redemptoris Mater" No. 37).

Y ese Dios misericordioso ama a los pobres con libertad y gratuidad, no porque son buenos o mejores que otros, sino porque son pobres (afligidos y hambrientos). El es "vindicador de los humildes". El Dios de la Biblia es Dios de la justicia. El Reino de Dios es contrario a toda injusticia.

Y falta preguntarse:

¿Cómo ejercer las obras de misericordia en el mundo actual?

Ese enunciado doctrinal: dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, redimir al cautivo; y aquel: dar consejo... corregir al que yerra... todo ese maravilloso código de amor y misericordia, es el mismo ayer, hoy y siempre; pero, considero que su aplicación concreta en la vida de la historia y en la historia de la vida, debe basarse en una real atención a los "signos de los tiempos". Diré algo al respecto:

Creo yo que: obras de misericordia en el mundo actual, pueden ser:

— Que la autoridad, en cualquier dimensión, viva su sentido de "servicio". Haga conciencia de que, los regímenes represivos contrarrestan todo intento de una justa y clamorosa reforma social, y deponga la soberbia que es fuente de injusticia y barrera contra todo esfuerzo de conversión.
— Recordando aquello de MAX THURIAN de Taizé: "La justicia social y política, la igualdad de derechos y la comunidad de bienes, son los signos de la misericordia del Rey-Mesías, cantada por su Madre y sierva".
— Liberación del ser humano, económica, social, política; liberación de todo tipo de servidumbre; liberación del pecado y comunión con Dios, fundamento último de la fraternidad humana.
— Evitar caer en posiciones idealistas, que no son sino formas de evadir una realidad cruda y exigente.
— Denunciar con valentía evangélica, toda situación de violencia, despojo, dominación, discriminación, abuso del poder, y los mecanismos generadores de la pobreza y la injusticia. (P. 1269).
— Acercarse al pobre, acompañarlo, servirlo. (P. 1145).
— NO, a la limosna, al regalo ostentoso, tal vez de aquello que ya estorba porque no sirve. NO, al fomento de la mendicidad. NO, al paternalismo.
— Multiplicar las oportunidades de promoción humano-cristiana.
— Respeto a la dignidad del hombre y a los derechos humanos.
— Reclamar y luchar porque el pueblo sea "tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia, capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales y en la elección de su gobernantes. (P. 135).
— Romper la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza en que viven los más débiles; las postergaciones, los sometimientos indignos, que contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y de hermandad solidaria.
— Dar paso al pueblo para que se organice como elemento humano responsable, libre, con derecho a defenderse y promover sus intereses al servicio del bien común (Cf. Juan Pablo II: Alocución a los obreros de Monterrey).
— Distribución equitativa de los ingresos.
— No empobrecer más con: la fuga de capitales, boycotts empresariales, desinversión, mercados negros, sabotaje político...
— Oposición tenaz a esas armas mortíferas de la humanidad; droga, narco-

tráfico, y todo lo que degenera la dignidad trascendental del hombre.

— Que la Iglesia se cuestione: qué sentido ha tenido su tarea evangelizadora o sus actitudes frente al evangelio? Es cuestionador pensar que, cien o más millones de personas en L.A. que están en extrema pobreza, son cristianos, es decir, han sido bautizados. ¿Flojera? ¿Debilidad? ¿Acomodo...?
— Como lo enseña Jesús: "Dar la vida": tal como lo hizo El. Como lo han hecho tantos religiosos, sacerdotes, obispos, misioneros seglares, campesinos, que han entregado sus vidas por dar testimonio del amor de Dios a los pobres.
— Incrementar la posibilidad adquisitiva del pan, la educación, medicinas, vivienda, trabajo; la producción que eleva el nivel de vida, a cambio de invertir millonadas en la mortífera y antievangélica carrera armamentista.
— Una Iglesia pobre, puede y debe evangelizar a los ricos que tienen su corazón apegado a las riquezas, liberándolos de esa esclavitud y de su egoísmo (P. 1156).
— El progrma de liberación abarca al hombre todo: cuerpo y espíritu. Medellín recomienda que, frente a las estructuras que condicionan al hombre, vayamos más allá de la simple liberación de las ataduras externas, hasta la fuente misma de las opresiones que tienen su nido en el corazón y más lejos todavía, hasta la raíz de todas las esclavitudes: el pecado.
— Llevar a los hombres el Pan de la Palabra, el Evangelio, que es el código supremo del "hombre nuevo", hecho "a imagen y semejanza de Dios".
— Recibir y compartir el regalo de María Santísima, que nos brinda en su canto del Magníficat, y que es el símbolo de la liberación total del hombre. "Su mensaje encierra un anuncio triple: una afirmación poderosa de Dios, la respuesta de nuestra fe a su llamada, y una esperanza en la eficacia de la Palabra Divina". (E. Villar).

Termino:

En el fondo, el Magníficat cantado por María, está entretejido del amor misericordioso de Dios por los hombres, amor que quiere la liberación de toda clase de esclavitudes. De este amor participa María. Ella comparte las aspiraciones más profundas de su pueblo y goza porque dichas aspiraciones se empiezan a cumplir. Con Ella, que "se alegra en Dios su Salvador", subsiste en nosotros la fe y la esperanza de que la palabra definitiva corresponde al bien y no al mal; a la vida y no a la muerte.

Pero nunca, nunca dejará de resonar en nuestras vidas, la palabra profética de la "Bendita entre todas las mujeres": "Dios exalta a los humildes. Dios quita del trono a los poderosos, para que dejen de usar de su poder, en función de sus intereses, y lo hagan al servicio del bien común de todos, pudiendo estar entonces en condición de recibir la salvación. Todo esto, sencillamente, para darnos a todos la oportunidad de construir aquí, y luego llegar un día, a la plenitud del único Reino de justicia, de amor y de paz". "La liberación pasa por el camino de la conversión; de lo contrario, el mundo quedará en su iniquidad y en sus divisiones. Esta conversión se efectúa en modalidades diferentes, pero apunta siempre al mismo fin: hacer de todos

los hombres hijos de Dios, hermanos entre sí, señores libres frente a los bienes de este mundo, y miembros del Reino de Dios. No se invierten las relaciones por espíritu de revancha, para que los dominados se conviertan en dominadores y los pobres se vuelvan ricos y opresores; sino que se invierten en función de la conversión, por la cual, no habrá clases antagónicas, ni oprimidos ni opresores, sino que serán todos hermanos unos de otros, moradores todos dela misma casa del Padre". (leonardo Boff).

La turbulenta marejada humana, se acalla en el remanso de la plegaria. Me atrevo a poner en mis labios, y les invito a unirse a mí, en la oración de Monseñor Helder Cámara, profeta de nuestro tiempo:

"María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia,
al disponernos a nuestra misión en el mundo,
pensamos en ti.
Pero de modo especial pensamos en ti,
por ese perfecto modelo de acción de gracias
que es el himno que cantaste, cuando tu prima Santa Isabel
te proclamó la más feliz entre las mujeres.
No te fijaste en tu felicidad,
sino que pensaste en la humanidad entera.
Pensaste en todos.
Pero tomaste una clara opción en favor de los pobres,
como haría más tarde tu Hijo Jesús.
¿Qué hay en ti, en tus palabras, en tu voz,
cuando anuncias en el Magníficat
la humillación de los poderosos
y la elevación de los humildes,
la saciedad de los que tienen hambre
y el desmayo de los ricos,
que nadie se atreve a llamarte revolucionaria
ni mirarte con sospecha?...
¡Préstanos tu voz y canta con nosotros!
¡Pide a tu Hijo que en todos nosotros
se realicen plenamente los planes del Padre!"

¡GRACIAS, Virgen María!, tu Magníficat es un desafío a nuestras posturas cobardes y egoístas.

El Eco cristalino de tu voz, golpea las puertas de nuestro mundo, y nos deja una voz de esperanza...

¡Que se cumpla lo que has dicho!

CONCLUSIONES

1.— A la luz del "Magníficar" de María, la liberación abarca a la totalidad de la persona humana. Es integral y debe poner al hombre al servicio de la sociedad como miembro activo.
Para que el hombre sea libre necesita convertirse, despojándose de la soberbia, del egoísmo y, a su vez, abrirse a la acción de la gracia, humildemente, como María.

2.— En el proceso de liberación es preciso aceptar las propias limitaciones para que Dios pueda obrar maravillas, como obró en María.
Es necesario, por tanto, aceptarnos tales como somos y ayudarnos a liberarnos por medio del Evangelio, que debemos predicar con la palabra y con el testimonio.

3.— El cántico del "Magníficat" nos propone un doble compromiso de acción cristiana: la acción preferencial por los pobres y las obras de misericordia.
Por lo tanto:
- Debemos encarnarnos en la realidad de los pobres y compartir con ellos lo que tenemos, sin paternalismos;
- Comprometernos apostólicamente con nuestras parroquias, insertándonos en sus diversas actividades, especialmente en favor de los pobres;
- Dar testimonio de pobreza: viviendo la pobreza material y espiritual, amando a los pobres, trabajando por los pobres y practicando las obras de misericordia;

Atención a pedidos:

a) El Congreso Nacional Mariano acoge la solicitud de tener un Encuentro Nacional Juvenil en el que intervengan activamente los Colegios católicos y se abran a la actividad apostólica de la Iglesia participando en las tareas de evangelización y catequesis de sus parroquias.

   En ese Encuentro se puede realizar la consagración de la juvenil al Corazón Inmaculado de María, de acuerdo al pedido del Colegio San José de la Salle de Guayaquil.

b) Dejar al criterio de la CEE la solicitud de prolongar para el Ecuador el Año Mariano hasta 1989.

c) El Congreso Nacional Mariano deja en manos de las Autoridades Eclesiásticas de Quito el pedido de iluminación de los monumentos de la Basílica del Voto Nacional y de la Virgen del Panecillo.

Aspecto teológico

SENTIDO ESCATOLOGICO: MARIA LLEVA A LA SALVACION

P. Gerardo Barriga V.

Introducción

Para comenzar cumpliré con dos actos de justicia: pedir disculpas adelantadas al distinguido público por las inevitables deficiencias de esta exposición y agradecer, como en efecto agradezco, a las honorables Autoridades y particularmente a Monseñor Bernardino Echeverría, que me han proporcionado la oportunidad de aportar una modestísima colaboración en este histórico acontecimiento.

La Iglesia en Ecuador, por medio de sus Autoridades y Organizaciones, prosigue escribiendo páginas de historia religiosa y patria al dejar constancia tangible de hechos significativos como son: este Congreso Mariano renovador y la inauguración definitiva del grandioso Monumento de piedra y admirable testimonio de fe, de trabajo y de patriotismo que es la Basílica del Voto Nacional.

¡Felicitémonos, ecuatorianos!

La Mediación de la Virgen María

El tema programado para esta intervención es el de la Mediación de María considerada en su aspecto teológico, lo que quiere decir que hay que tratarlo en directa relación con Dios.

Dada la limitación del tiempo se hace forzoso encuadrar tan amplio tema en las más apretadas síntesis. Como quiera que la índole de la exposición se presta para enunciados doctrinales enfocados en Dios, será más provechoso si lo doctrinal nos impulsa a lo vivencial.

Digamos en primer término que la Mediación de María no es ni un cariñoso comedimiento maternal de la Virgen Madre ni un título piadoso endilgado por sus devotos.

La Mediación Mariana se relaciona directamente con Dios y con sus Misterios, ya de cierta manera está presente y vigente en los hechos revelados de la Sagrada Escritura, aunque en Ella no conste la palabra "MEDIADORA".

Remontémonos hasta los orígenes para contemplar en Dios a la Mujer por excelencia, MARIA.

1. La mujer en la mente de Dios

Descubramos en Dios a la Mujer que habría de ser Medianera.

Antes de toda Creación sólo Dios ES. En la Omnipresencia Divina está

presente todo Ser. Como en nuestra mente están nuestros proyectos, así, en Dios de modo perfectísimo y misterioso, están presentes todas las criaturas, las espirituales y las cósmicas.

En la Omnipresencia y Omniciencia de Dios, al modo de la Mente divina, se encontraba la humanidad, y entre la humanidad total, el futuro Hijo del hombre y la Madre del Hijo del hombre, MARIA.

Así pues, las palabras bíblicas que la Iglesia aplica a la Virgen María, son adecuadas y verdaderas: "Yavé me creó primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra". (Proverbios 8.22,23).

Para nosotros los cristianos, es un gozo contemplar en Dios, eternamente presente, a la Madre del Hijo del hombre y Madre de los hombres.

La razón de ser de la Mujer Medianera está en Dios mismo.

2. El Fiat del Creador y el Fiat de la criatura

El omnipotente Fiat del Creador saca de la nada a la Materia cósmica primigenia.

En millonadas de tiempos de Sabiduría divina va modelando galaxias, constelaciones, estrellas, planetas. . . y nuestra Tierra.

En esta Materia cósmica primigenia estaban en potencia todo mineral y todo vegetal, todo reino animal y la humanidad toda; pues, sobre el hombre el Creador sentenció: "ERES POLVO. . ." (Génesis 3.19)

El HAGASE creador abarca la totalidad de lo existente. El mismo Cristo, en cuanto hombre, y María, la Mujer prototipo, proceden del Fiat de Dios Creador.

¿Por qué remontarnos a la primera deflagración cósmica para hablar de la Mediación de la Virgen? Porque el HAGASE que hizo la Creación universal, al transcurrir millonadas de milenios, resonará en labios de María como "HAGASE" DE ENCARNACION.

Y la Mediación de María procede de los recónditos de este Misterio.

3. El Misterio de Iniquidad.

En el universo angélico se origina el Misterio de iniquidad, como lo adjetiva la Sagrada Escritura.

La rebeldía luciferina multiplicada por la rebeldía de millones de ángeles contra Dios da inicio al Pecado. Desde entonces el Mal es una realidad.

En el Cosmos, Dios rubrica con la exclamación "¡ESTO ESTA BIEN!" cada etapa de su obra creadora. Para culminarla, crea, modela y forma al hombre y a la mujer en los moldes de su imagen y semejanza.

Dios puede contemplarse en sus criaturas buenas y racionales.

Mas, el Tentador pone en juego su inteligencia y su poder, su perversidad y su mentira, su odio a Dios y su envidia al hombre.

Fabrica el gran engaño y provoca en Adán y en Eva el orgullo insensato, la rebelión insolente, la ambición de divinidad. "Seréis como dioses".

El hombre y la mujer aceptan los mentirosos argumentos; eligen la rebelión y la desobediencia, y pecan contra Dios.

El misterio de Pecado se ha engendrado en el hombre; se propagará a su descendencia; inficionará la Tierra. . . Su destino será el mismo que el de Lucifer y sus ángeles: la condenación.

Pero el Amor y la Misericordia, la Sabiduría y el Poder de Dios resuelve salvar al que es imagen y semejanza del Creador.

Uno de los muchos recursos de salvación será el de una Mujer MEDIADORA entre Dios y la humanidad pecadora.

4. La Mediación en la promesa.

El ángel rebelde y el hombre pecador inician su obra maligna desde las raíces de la humanidad.

En todo esto hay que tener presente que Dios respeta sus propias leyes de creación y los atributos de naturaleza propios de los seres racionales, por ser obra del poder y de la sabiduría divina. Por eso, el hombre pecador y el ángel rebelde tienen un inmenso ámbito de libertad y de acción para inventar y ejercitar el Mal de innumerables y prodigiosas maneras.

Lo medular del Misterio del Mal consiste en ser antiverdad, antiamor, antisantidad, es decir, mentira, odio y perversidad contra Dios y contra el hombre. La condenación eterna es la consecuencia lógica del Mal y de sus maldades.

Ante el pecado satánico y adámico Dios interviene con sus Designios, Planes y Decretos.

¡Planes dignos de Dios!

Los inicia con sanciones y promesas.

" Serás maldita. . ."

"Pondré enemistad entre ti y la mujer. . ."

y entre tu linaje y su linaje. . ."

El te pisará la cabeza. . ." (Génesis 3.14.15)

Junto con las sanciones a la pareja rebelde, se destaca la maldición y no precisamente a un animal reptante, sino al Maligno y la suprema humillación del que ambiciona ser adorado como Dios.

"Pondré enemistad entre ti y la mujer. . ."

Con estas palabras Dios anuncia y decreta un singular género de relación entre el Demonio y la Mujer.

Satán y el infierno profesarán a la Mujer odio demoníaco, destructivo, envenenado. La Mujer responderá a esta enemistad luciferina con medios y recursos que Dios pondrá a su disposición.

El Maligno tiene un reino de ángeles rebeldes especializados en perversidad, y a lo largo de la historia de los pueblos también contará con legiones de adictos y secuaces, todos ellos significados por la palabra bíblica "linaje".

Por otra parte, la Mujer prototipo profetizada será Mujer Madre y su linaje se llamará el HIJO DEL HOMBRE, y este Hijo del hombre contará con millones de seguidores que constituirán su linaje y el linaje de la Mujer Madres. La Madre y el Hijo pisarán la cabeza del padre de la mentira.

La mediación, de la Mujer prometida y profetizada está presente en el Decreto del Señor y será efectiva a su tiempo.

Todos sabemos, junto con la Iglesia universal, que esta Mujer prototipo es María.

Que esta Mujer Madre de Jesucristo, es María.

Que esta Madre, vencedora del Demonio, es María.
Que María es la Mediadora por excelencia, por Decreto de Dios.

5. Hacia el cumplimiento de las promesas.

A partir de Adán y Eva y de su descendencia comienza en el mundo el nomadismo aventurero, las fatigas y las penurias, el odio y las venganzas entre pueblos.

El Mal se multiplica en todo género de males: idolatrías, supersticiones, tinieblas de ignorancia entremezcladas con lentos progresos de cultura.

En estas entrecruzadas tramas de la historia de las naciones Dios abre caminos a sus promesas.

Se constituye para Sí un pueblo propio. A este pueblo le entrega los tesoros de su Palabra, de su Ley, de sus Planes.

Lentamente, por medio de sus patriarcas, jueces, reyes y profetas desenvuelve el proceso de sus Designios.

No solamente que le confía la misión de ser instrumento vivo de sus Planes, sino que con la sangre de este pueblo se engendrará el linaje de la Mujer Madre, y de ella, el linaje del Hijo que aplastará la soberbia del Maligno.

Cumplidos los tiempos, la Mujer Madre y el Hijo Salvador serán Promesa cumplida, real, viva, personal.

Si el pueblo judío, sus reyes y profetas, sus hombres y mujeres, en las manos de Dios y su Providencia, fueron instrumentos vivos para el cumplimiento de las Promesas salvadoras, con más razón la MEDIACION de la Madre del Redentor está ya presente en el proceso histórico de esta nación y por la sangre de la tribu de Judá.

Como se ve, la Mediación de la Mujer está enraizada en el linaje físico de la Madre, María, y de su Hijo, Jesucristo.

6. Año Mariano

Cumplidos los tiempos del Calendario de Dios, nace en tierra de Israel, la Niña, la Mujer prometida en el Paraíso, María.

El Señor Dios ha intervenido directamente en la concepción de esta criatura excepcional. Ni el hálito del Infierno ni la infección del pecado original tuvieron el menor acceso en esta Niña.

Siglos más tarde, Ella misma se denominaría en Lourdes "YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION".

Con sobra de razón la Iglesia ha dedicado un año entero a celebrar este Misterio que repercute en los cielos y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad, en la humanidad y en el linaje de esta Niña, cuando sea Madre.

La Iglesia en Ecuador también está ejecutando su correspondiente partitura en esta sinfonía mariana universal.

Nosotros, aunque desentonemos poco o mucho proseguiremos con el tema.

7. Y el Verbo se hizo carne.

Es la hora de Dios
La eternidad entra en el tiempo.
Lo temporal se une a lo eterno.
Las promesas del Creador se realizan en la criatura.

Lo imposible para los hombres,
Dios lo hace posible en la humanidad.
El misterio de encarnación se hace realidad tangible.
Dios se hace hombre, sin dejar de ser Dios.
Dios-Hombre. Hombre-Dios.
Lo increado y lo creado, unidos.
Naturaleza divina y Naturaleza humana
hipostáticamente unidas en la única Persona, Jesucristo.
El seno purísimo de María es el Arcano en donde
se realiza el sublime Misterio.
"Hágase en mí según tu palabra".

La Naturaleza Divina asume la Naturaleza humana tomándola de la naturaleza humana inmaculada de la Virgen María.

Dios se hace hombre de la carne y de la sangre de María Virgen.

"Y El Verbo se hizo carne".

El Hijo del Padre Celestial es también Hijo de María por obra de Encarnación.

¡Encarnación!
Por la acción omnipotente de la Paternidad del Padre.
Por la acción del Amor. Amor Espíritu Santo.
Por la acción filial del Verbo.
Por eso, la Virgen María es físicamente MADRE DE DIOS.
El Padre nos ha entregado a su Hijo por MEDIO de María.

El Hijo se ha hecho hombre como nosotros y para nosotros, POR MEDIO DE LA VIRGEN MARIA.

La Mediación de María radica en la Maternidad divina y humana de la Madre de Dios.

8. La Mediación.

En la Redemptoris Mater, el Papa Juan Pablo II escribe: "La Iglesia sabe y enseña con San Pablo que uno solo es nuestro Mediador. (A continuación la cita bíblica correspondiente) "Hay un solo Dios y también un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos". I Timoteo 2.5,6. Y añade un texto conciliar: "La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder"; es mediación en Cristo, concluye el Santo Padre.

Bastaría releer el capítulo pertinente para recordar y esclarecer nuestros criterios al respecto.

Aquí nos hemos permitido considerar la Mediación Mariana enfocando también otras facetas.

La Mediación comprende ciertos elementos: dos extremos, un intermedio, los que se transmite y la acción mediadora mutua.

Aplicando estos elementos a la Mediación jesucristina, tenemos: Por un lado a Dios y por otro, la Creación cósmica, angelical y humana, en la que nos encontramos cada uno de nosotros. En el intermedio, el Mediador Jesucristo. Lo transmitido: todo cuanto es Obra de Redención. Y entrelazándolo todo: la Acción Mediadora.

Ahora bien, Jesucristo es el Unico mediador; Mediador en virtud de Encarnación y Mediador PARA la obra de Redención, comprendiendo el misterio de la Redención en su amplitud absoluta.

¡Sólo Cristo, Mediador Unico y Universal!

¿En dónde cabe la Mediación de María?

La Mediación de María la hemos visto prometida, profetizada, prefigurada y preparada desde el Paraíso hasta la Encarnación del Hijo de Dios, Hijo de María.

Más, también hay otros hechos justificativos.

Con Amor y Sabiduría, con Providencia y Generosidad, Dios ha dignificado al hombre de muchas maneras. Le ha honrado en su confianza al hacerlo estrecho COLABORADOR en su obra de Creación, de Redención, de Salvación.

Toda la Sagrada Escritura, la historia de las naciones, de la Iglesia y hasta de las personas individuales están proclamando que Dios realiza sus Planes CONTANDO CON LA COLABORACION DEL HOMBRE.

Esta Cooperación es una modalidad de MEDIACION. Por supuesto que la colaboración del hombre en las obras de Dios se fundamentan y justifican en el Unico Mediador Jesucristo.

Cristo que se nos entrega Personalmente en la Eucaristía, ha querido hacernos partícipes también de su condición de Mediador.

¿No es mediación la angustiada plegaria de una afligida Madre de familia clamando misericordia al Señor por sus hijos extraviados?

¿No es mediación en la Mediación de Jesucristo el Ministerio Sacerdotal en todas sus formas?

¿Cuál no será pues, la realidad, la dignidad, el alcance y la eficacia de la Mediación de la Virgen María, Madre del Mediador Cristo Hombre Dios?

9. La Praxis de la Mediación

La Mediación es una MODALIDAD de la actividad. Jesucristo no es solamente Mediador.

CRISTO ES TODO EN TODO.

De parecida manera, la Mediación de la Virgen María es un aspecto dentro de la totalidad vivencial de su Persona.

Como se ha dicho, la Mediación de María se realiza en virtud y dentro de la Mediación de Jesucristo.

La actividad mediadora se ejerce de varios modos: como intercesión, protección, ayuda, donación. . .

La acción mediadora de la Madre de Dios se ejerce en los grandes ámbitos que conciernen el género humano: la Vida, el Pecado, la Vivencia cristiana, la Salvación, la Santidad.

Dios es la fuente absoluta y primerísima de toda gracia, de todo don, de todo bien. Jesucristo es el Mediador de la Acción divina hacia toda Creación, en la que se incluye la humanidad.

La Madre del Mediador participa de este Atributo para beneficio de los hombres.

"MUJER, AHI TIENES A TU HIJO.
HIJO, AHI TIENES A TU MADRE".

Esta Mediación la aplica en el ámbito de la vida. Los pobres, los enfermos, los angustiados con sus problemas, acuden a la Madre Buena en busca de socorro. La Madre bondadosa dispone de los tesoros de su Hijo para remediar las prosaicas pero duras necesidades de la vida.

MARIA, MEDIADORA EN EL AMBITO DEL PECADO

"Santa María, Madre de Dios,
RUEGA POR NOSOTROS, PECADORES.
RUEGA POR LOS PECADORES, AHORA..."

Y la piadosísima Madre de sus hijos extraviados, extrae de los tesoros de Redención de su Hijo Jesucristo las gracias de arrepentimiento, de perdón, de conversión en favor de hijos e hijas sumidas en el pecado.

MEDIACION MARIANA EN LA VIDA CRISTIANA

En los santuarios, en los templos, en los hogares cristianos, qué hace la Madre de Dios y Madre nuestra? Pues, en íntima colaboración con su Hijo y con el Espíritu Santo, ayuda a fomentar y a perfeccionar la vida cristiana en todas las personas de buena voluntad que saben que vida cristiana no consiste tan sólo en algunas de las otras prácticas piadosas, sino en la vivencia progresiva del Evangelio.

MEDIACION DE MARIA SANTISIMA
EN EL AMBITO DE LA SANTIDAD.

Por supuesto que la santidad de los santos canonizados y no, es el resultado de una acción conjunta del Señor Jesús, del Espíritu Santo y de la misma persona. Pero la Santísima Virgen ha intervenido, con la discreción que empleó en Caná, en el proceso de perfección de los bienaventurados.

De manera resaltante o subyacente, en la vida en el espíritu, en el corazón de los santos se destacan los rasgos marianos. No en vano han sido sus hijos predilectos, precisamente por su cooperación excepcional en la obra de Dios en ellos.

10. Interacción de la Mediación.

Dentro del "Triángulo" teológico, considremos brevemente la INTERACCION de la Mediación.

Hemos dicho que las relaciones de los fieles con la Virgen María se mueven, por lo general, en el ámbito de las necesidades básicas de la vida: enfermedades, conflictos, problemas familiares, económicos, judiciales...

A la Madre de Dios se la considera y trata como un paño de lágrimas. Este modo de relación es bueno, es humano y es cristiano.

Pero la misión de la Madre de Dios no consiste solamente solamente en protección y socorrismo.

Los objetivos de la Mediación de María son los mismos que los de su Hijo.

Reiteremos.

La presencia y acción del Mediador Jesucristo y de su Santísima Madre en las necesidades y problemas netamente humanos, son un hecho real y cotidiano.

Pero son solamente un aspecto parcial, pues, al fin de cuentas "no solo de pan vive el hombre".

La Vida que Dios quiere darnos es la misma Vida de Dios, por participación.

En la verdadera vida cristiana (y subrayo verdadera) no van separadas ni divorciadas vida humana y vida divina. Por el contrario, en la vivencia cristiana auténtica, lo humano y lo sobrenatural se compenetran, se complementan, se necesitan.

Dios quiere más que convivir con el hombre. Quiere vivir dentro de él, en su alma, en su corazón, en su ser entero, para dignificarlo, ennoblecerlo, perfeccionarlo, santificarlo y glorificarlo.

QUIERE SER LA VIDA DE NUESTRA VIDA.

Y esto no es devocionismo. Es Evangelio. Basta escucharle a Jesucristo en San Juan.

Si estos y tantos otros son los grandes objetivos del Mediador Jesús, lo son también de María, la Madre de Jesús.

Su maternal Mediación Por Cristo y En Cristo se ejerce en el mundo de lo humano y problemático, pero también y sobre todo, en el universo de la Gracia, de la vida divina, de la Santidad.

La Mediación de María se proyecta

DE DIOS, EN CRISTO, HACIA LOS FIELES;

Y DE LOS CRISTIANOS HACIA DIOS, EN CRISTO, POR MARIA.

Para que haya INTERACCION DE LA MEDIACION tiene que haber acción también de la otra parte, es decir, de la parte de los beneficiados en la acción mediadora.

Nadie es "salvado" a la fuerza.

En la Sabiduría pedagógica de la Providencia la COOPERACION humana es elemento importantísimo en la Obra de Dios, obra de Redención, de salvación, de santificación.

Por supuesto, Jesucristo administra su Mediación según su libre y sapiente voluntad, pero esta Mediación también se ACTUALIZA AL TENOR DE LA COOPERACION del hombre.

De parecida manera, la Mediación de la Virgen María.

La acción cooperadora que incita a actuar a la Mediación jesucristina y mariana, el hombre la expresa de muchas maneras: en forma de oración, de agradecimiento, de alabanza, de sufrimiento, de obras de vida, de vivencias sacramentales o litúrgicas...

La Mediación de Cristo y de María no se expresa sólo como respuesta a una petición o ruego; no es un toma y daca material o espiritual.

La Mediación jesucristina y mariana es una Modalidad atributiva vivencial de la Persona, de la Misión y de la Acción de Cristo y de María; Mediación participada y de cierta manera ejercida por la Iglesia en la tierra y en el cielo en la obra ad extra universal de Dios.

11. Trinitarismo de la Mediación Mariana

Después de un período poco menos que iconoclasta en una cristiandad en crisis, los Papas Paulo VI y Juan Pablo II se han esforzado por renovar entre tantas otras cosas, la devoción a la Madre de Dios.

Esta renovación mariana no ha de limitarse a un fervoroso devocionismo.

Felizmente en el pueblo de Dios, entre muchos elementos positivos, prosiguen abriéndose camino el movimiento bíblico y la vivencia litúrgica. Esto facilita enseñar a nuestros cristianos a utilizar las Mediaciones de María según los grandes objetivos del Evangelio.

Resordemos lo dicho anteriormente:

En la vivencia cristiana auténtica, lo humano y lo sobrenatural se complementan, se compenetran, se necesitan, Es obra de la pedagogía pastoral ayudar a nuestros hermanos a vivir la Vida divina en y con la prosaica vida común.

Y no se trata de utopías piadosas. El Espíritu Santo dice: "Ya comáis, ya bebais, o hagáis cualquier otra cosa, HACEDLO TODO PARA GLORIA DE DIOS". (I. Corintios 10,31).

También hay que repetirlo:

Es bueno y es cristiano acudir a la Mediación de María en busca de socorro para remediar necesidades materiales.

Pero la Mediación de la Virgen María no se limita al socorrismo económico, conflictivo, material.

Se recurrirá a la Madre de Dios en la medida en que se conoce y aprecia las excelencias, las prerrogativas, los alcances de su misión.

En los relatos evangélicos de la Anunciación, de la Encarnación y de la Visitación vemos a la Virgen María dentro de las Grandezas de Dios y de sus Obras.

La vemos Hija dilecta del Padre Celestial que la elige para Madre de su Hijo.

La vemos Madre del Verbo de Dios, Hijo de Dios.

La vemos Templo purísimo del Espíritu Santo y santuario en el que el Amor omnipotente realizó el misterio de Encarnación.

La conocemos y contemplamos Trinitaria por ser obra excelentísima del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

También por el Evangelio conocemos la respuesta de María a los Tres; la cooperación de la Hija a la voluntad del Padre, a la Palabra de su Hijo, a la Gracia del Espíritu Santo.

María Virgen es Trinitaria por ser Obra de los Tres y es Trinitaria por la vivencia de la Vida de los Tres con la plenitud de su Persona.

Por sobre las motivaciones y argumentos que fundamentan la Mediación de María, se justifica y efectiviza la Mediación de María en el Trinitarismo de Dios en Ella y el Trinitarismo vivencial de María con, por y en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Su mediación es trinitaria principalmente para hacer trinitarismo vivencial en la Iglesia, en la gente consagrada, en el pueblo cristiano y en la persona individual.

El Cristianismo es Trinitario porque es Obra de los Tres: Escuchemos al Señor Jesús:

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, Y ENSEÑANDOLES A GUARDAR TODO LO QUE YO OS HE MANDADO". (S. Mateo 28,19).

¿Quién mejor que María conoce, ama y obedece al Padre Celestial?

¿Quién más que Ella querrá enseñar a sus hijos a vivir la filiación de bautizados con el Padre?

María, al mismo tiempo Hija dilectísima del Padre y Madre amantísima de los cristianos, cómo no ha de querer emplear su mediación para establecer y perfeccionar entre el Padre Celestial y sus hijos lazos de amor filial, de confianza, de convivencia en lo íntimo de los corazones?

El Cristo que curó a los enfermos, consoló a los afligidos, alimentó a los hambrientos, este mismo Cristo reveló a los pueblos sencillos la misericordia, la bondad, la generosidad, el amor del Padre Celestial para que le conozcan y amen como buenos hijos.

María, la Hija predilecta del Padre, cómo no ha de secundar la obra de su Hijo a fin de que los cristianos encuentren por medio de la Madre al Hijo, por medio del Hijo al Padre de todos?

¿Nuestros fieles realmente viven su filiación con su Padre celestial?

¿No estarán necesitando y esperando nuestra mediaciones orientadoras que les lleve a su Madre, a su Hermano, a su Padre Dios?

En cuanto a la intermediación de la Virgen María de sus hijos a su Hijo y de Cristo a los cristianos, podríamos sintetizar en la consigna que María dio a los servidores en las Bodas de Caná.

En esa ocasión les dice: "HACED LO QUE EL OS DIGA". Si bien esta Mediación se hizo en circunstancias de una fiesta doméstica con ocasión de la celebración de un matrimonio, sin embargo, la expresión mariana tiene un alcance muy amplio.

En efecto; lo que Jesucristo dijo y nos dice con su persona, con sus actos, con sus palabras se llama Evangelio.

María emplea el imperativo "HACED", palabra pragmática, activa, colaboradora, vivencial.

HACED lo que Cristo os dice: o sea, practicad, vivid con el cuerpo y con el alma, la Palabra de Jesús.

Todo Cristo es Palabra. Todo el Evangelio es su Palabra.

Encarnad a Cristo Palabra en la mente, en el corazón, en el trabajo, en el dolor, en la familia, en la sociedad.

La Madre de Cristo sabe lo que significa encarnar, vivenciar, personificar el Evangelio de su Hijo. Ella más que nadie ha cumplido y vivido su propia consigna: Hacer lo que su Hijo dice, enseña, revela, sugiere, manda para ser cristianos de verdad.

Y la acción mediadora de María en la Iglesia, en las familias, en los fieles va en ese sentido y hacia estos objetivos: ayudar a sus hijos a encarnar la Palabra, lo que quiere decir ayudar a "cristificarnos".

12. La Mediación de María y el Espíritu Santo

Decíamos que los enunciados doctrinales teológicos deberían desembocar en la vivencia cristiana. Esto es lo que pretendemos.

La vivencia cristiana consiste en la compenetración mutua y vivencial de las Supremas Realidades divinas con la vida física, ordinaria, conflictiva y peregrina del hombre comunitario e individual. De ninguna manera es una religiosidad piadosa o deshumanizada.

El Cristianismo verdadero es el Evangelio completo. Y el Evangelio completo es para el pueblo y para todos, y no para privilegiados.

La Obra del Mediador Jesucristo es universal. Y en esta obra universal el Espíritu Santo tiene una Misión múltiple.

Cristo actúa con Espíritu Santo.

La Virgen María, Mediadora del Mediador, ejerce su Misión colaborando en la obra del Espíritu en la Iglesia y en los fieles.

La llena del Espíritu Santo, sabe por experiencia propia, en qué consiste la acción del Paráclito y con qué realiza su obra santificadora.

María sabe como nadie, cuán necesario es el Espíritu Santo para caminar hacia el objetivo señalado por el Padre: "Sed santos porque yo vuestro Dios soy santo". Y cuán indispensable es el Espíritu para cumplir el programa señaldo por el Señor Jesús: "Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto".

Nadie mejor que el Templo purísimo del Espíritu Santo hará valer su Mediación ante El para alcanzar las gracias, los dones que necesitan sus hijos, como también para enseñarles a emplear los tesoros que provienen del Espíritu, de Cristo y del Padre.

Nosotros los responsables de la pastoral y todo buen hijo de la Madre de Dios, sigamos elevando los corazones de nuestros hermanos hasta los Bienes trascendentes que Dios nos ofrece.

No les dejemos que se consuman en el fuego lento de sus problemas y necesidades.

Enseñemos y ayudemos a nuestros hermanos a ennoblecer lo común, a sublimar lo ordinario, a sobrenaturalizar lo humano con los supremos Bienes que Dios pone a su disposición, con la presencia y vivencia de Dios mismo en ellos.

Hagamos honor a la Misión de la Virgen María utilizando y enseñando a utilizar la Mediación Mariana EN CRISTO, PARA EL PADRE, CON SU ESPIRITU SANTO.

COMO HA DE SER LA VERDADERA DEVOCION A LA VIRGEN

Por el P. Ernesto Bravo P., S.I.
profesor de Teología Bíblica en la
Universidad Católica del Ecuador.

El primer pensamiento que ha tenido María después de recibir el Anuncio del Angel en Nazaret, ha sido ponerse en marcha y emprender un largo viaje hacia las montañas de Judea. Aprovecha, sin duda, alguna caravana que dirige allá, porque en esa época nadie viaja solo.

Son tres o cuatro días de marcha. Una sola idea domina su espíritu: la idea del servicio. Quiere ir a servir a su anciana prima Isabel que ha sido favorecida por Dios con un milagro: en su vejez va a tener un hijo. Y María ha pensado inmediatamente en que va a necesitar ayuda. Y ahí está Ella para servir.

Ella también lleva un secreto en su interior: cree que más tarde o más temprano no podrá ocultárselo a su prima. Pero todavía no sabe qué podrá decirle, ni cómo dará a conocer los insondables misterios de Dios que se han obrado en Ella. Los tres o cuatro días de su penoso itinerario son para Ella días de reflexión serena y de endiosada meditación. Bien sabemos que era de temperamento reflexivo y que con espontánea facilidad se entregaba a la meditación.

Me llamarán bienaventurada.

Su sorpresa, sin embargo, fue grande cuando, al llegar a Ain Karim, a casa de Isabel y Zacarías, y expresar su simple saludo de "shalom" o "paz a esta casa", o quizá "la paz sea con vosotros", este saludo provocó una verdadera conmoción. Como dice el puntual historiador que es Lucas: "El niño saltó de gozo en el seno de Isabel. Ella misma quedó llena del Espíritu Santo y desgarrando los aires con un grito" dio comienzo a los elogios que siglo tras siglo se seguirán repitiendo para gloria y exaltación de la Madre de Dios:

"¡Bendita tú entre las mujeres
y bendito el fruto de tu vientre!
Y ¿de dónde a mí esto:
que la Madre de mi Señor venga a mí?...
¡Bienaventurada tú por haber creído!" (lc. 1,41).

María siente entonces cómo en su interior se acumulan todos los pensamientos que en esos días ha ido revolviendo y han sido el objeto luminoso de sus meditaciones y prorrumpe en ese maravilloso cántico que llamamos el Magníficat:

"Engrandece mi alma al Señor
y mi espíritu se llena de gozo en Dios mi salvador"... (Lc. 1,46-55).

No voy a detenerme en él, porque no pertenece a nuestro tema y fue ya objeto de bellas exposiciones el día de ayer. Quiero ahora tan solo destacar de él una frase. Aquella en que María, como elevándose por encima de las montañas de Judea en que se halla Ain Karim y convirtiéndolas en torreón de anchos horizontes, avizora desde allí las lejanías de la historia, y profetiza el culto que todos los hombres habrán de tributarle:

" ¡Desde ahora todas las generaciones
me llamarán bienaventurada!"

Ella, una mujer del pueblo, sencilla y pobre, Ella tan humilde de corazón, ha sentido cómo el Espíritu la inundaba y ha visto por encima de los siglos las largas teorías de hombres y mujeres, que en Europa y Asia, en América y Africa avanzaban entonando cánticos en su honor y llamándola "bienaventurada" y "bendita entre todas las mujeres".

Todo viene de Dios

Pero no es que Ella se atribuya nada a sí misma. Todo lo refiere a Dios y sabe que es Ella el florón más bello de la obra de Jesucristo y sabe que de Dios viene todo lo que Ella posee:

"Porque ha hecho grandes cosas en favor mío
El Poderoso
cuyo Nombre es santo" (Lc. 1,49).

Puede estar tranquilo nuestro hermano protestante, porque al alabar a María Santísima no estamos robando a Dios nada, sino al contrario exaltando en Ella lo que Dios mismo ha querido obrar en Ella. Cada perla y cada joya que en Ella descubrimos no es sino una parte de los tesoros que Dios quiso con profusión volcar sobre Ella. En Ella brilla más luminosa que en nadie la obra de Dios y es Ella el monumento más pleno y esplendente de la Redención de Cristo.

Sé que estos temas se han ido tocando aquí en este IV Congreso Nacional Mariano a lo largo de los días, y al ritmo de las varias conferencias.

Pero yo aquí quiero contemplar cómo el culto y la devoción a María están profetizados y autorizados por el mismo Evangelio y dolerme de ese tipo de cristianismo que han adoptado nuestros hermanos protestantes en que no queda un lugar para María; de ese tipo de cristianismo que se quiere implantar entre nosotros que no solo excluye totalmente a la Madre santísima del Señor, sino que cree legítimo el dedicarse a insultarla o a echar lodo sobre su buen nombre empañando su virginidad y negando sus títulos más ciertos.

María en América

Siempre será característica nuestra el amor y la devoción a la Virgen María. Esa es la devoción que recibimos de nuestros padres desde los días mismos del descubrimiento de América y desde los comienzos de la Evangelización de nuestro Continente. La devoción a María ha calado tan hondo en nuestros pueblos que cuando Ella llegara a faltar, algo importante de nuestra

nacionalidad y de nuestro ser mismo, se habría perdido. Pues, como decía Juan Pablo II y lo recuerda Puebla, "esta experiencia del culto mariano pertenece a la identidad misma de nuestros pueblos" (1).

Adondequiera que vamos, en todo este Continente latinoamericano, sentimos que nuestra fe, nuestra fe cristiana, se matiza dulcemente y se viste de no sé que singulares características que la hacen un cristianismo mariano. Porque nunca hemos entendido que se pudiera separar a Cristo de María.

Recuerdo haber oído que uno de nuestros grandes obispos de la India, donde ahora tan gloriosamente florece y va implantándose el cristianismo, le decía a uno de nuestros obispos latinoamericanos: "En muchas cosas nuestras regiones -la India y la América Latina- se parecen tanto: tenemos las mismas dificultades; nos acechan los mismos problemas. Nuestra pastoral tiene que recorrer los mismos senderos. Pero usted en América tiene una gran ventaja sobre nosotros: sus pueblos profesan una honda devoción a la Virgen Santísima. En ella pueden ustedes apoyarse en su apostolado. Nosotros acá en la India la tenemos que ir creando, porque no existe todavía".

Críticas y desviaciones

Esta es una realidad innegable. Nosotros no tenemos por qué avergonzarnos de nuestra devoción a la Madre Santísima de nuestro Redentor. Debemos sí, examinar esta devoción de continuo, para que sea lo que debe ser: un paso que nos conduzca a Cristo. Debemos purificarla de todas aquellas adherencias que pueden empañarla o enturbiarla, desviándola de su correcta situación dentro de la vida cristiana.

Hemos de reconocer que en los últimos años ha habido en la devoción a María cierto enfriamiento que no podemos achacar exclusivamente al influjo de nuestros hermanos separados que desde la acerca de enfrente critican nuestras procesiones o vienen audazmente casa por casa a motejar nuestro rosario familiar o nuestras imágenes de la Virgen del Quinche, la Dolorosa, o María Auxiliadora. A veces nuestros mismos teólogos o pastores han dado entrada, en su espíritu y en sus predicaciones y parroquias, a actitudes negadoras e iconoclastas cuyo origen no es del caso aquí analizar.

Algunos critican con razón ciertos excesos o ciertas desviaciones de la piedad popular. Algunos pretendían tan solo salvaguardar el absoluto e inalienable primado de Cristo en la fe y en el culto de la Comunidad Cristiana colocando a María en el puesto exacto que le corresponde en la Historia de la Salvación, totalmente subordinada a Cristo y dentro del misterio de la Iglesia.

¿No había también el peligro de que la devoción a María cayese en cierto sentimentalismo o en una búsqueda inconsciente de cierta compensación en casos de frustración afectiva?

Sí, había también, a no dudarlo, ciertos prejuicios de tinte racionalista frente a ciertas pretensas apariciones o milagros atribuidos a la Virgen, con la queja concomitante de favorecer una mentalidad o actividades pías o infantiles, incompatibles con el ideal del Cristiano adulto

La enseñanza de la Iglesia

El Magisterio de la Iglesia se ocupa continuamente del tema mariano

Son innumerables los documentos en que ha ido expresándose. No nos quejemos si rara vez lo hace para frenar los movimientos populares desviados y casi siempre se dirige más bien a alentar y estimular la piedad indicando en forma positiva cuál es el camino recto.

Creo que nuestra época puede considerarse afortunada porque dispone, en estos tiempos, de tres documentos de excepcional importancia emanados del Magisterio, .documentos que han contribuido a dar un nuevo giro a nuestra devoción mariana, a saber:

1. El Capítulo VIII de la Constitución dogmática "Lumen Gentium" (promulgada el 21 de noviembre de 1964, en la 3a. etapa del Concilio).

2. La exhortación apostólica "Marialis Cultus" del Papa Paulo VI para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Sma. Virgen María. Es del 2 de febrero de 1974.

3. La encíclica "Redemptoris Mater" del Papa Juan Pablo II sobre la Bienaventurada Virgen María en la Vida de la Iglesia paregrina, de 25 de marzo de 1987, precisamente para el Año Mariano que estamos celebrando.

Los cambios culturales

No cabe duda que la devoción a María sufre también las oscilaciones correspondientes al puesto y a la imagen que cada época cultural atribuye a la mujer como tal.

Cómo negar tampoco que la Iglesia -inmersa como está en las realidades de este mundo- y nuestra misma Religión que, como río caudaloso, va acompañando los siglos de nuestro peregrinar humano, contágiase forzosamente y se matiza con el aporte de los minerales y tierras y arroyos de varias procedencias que recoge a su paso, y son estos elementos que va mostrando en sus formas y usos de cada época.

La devoción a la Virgen Santísima, como elemento integrante de nuestra fe cristiana y de nuestra vida cristiana, no es ajena a estos vaivenes, matizaciones y variaciones que se presentan con los cambios culturales de las épocas.

El Padre Antonio González Dorado nos acaba de entregar desde el Paraguay un libro sobre mariología popular latinoamericana, cuyo solo título es un desafío: "De María Conquistadora a María Liberadora" (2).

Vino María con los conquistadores y los misioneros de las primeras oleadas y al poco tiempo entre el pueblo cristiano de nuestra América adoptó un rostro y una imagen, la que de tales circunstancias se desprendía. Era la Virgen Conquistadora. Pero pronto Ella, en el Quinche, en Cochapamba y en Luján, en Caacupé, pero sobre todo en Guadalupe, Ella misma quiso buscar aquí un arraigo suyo propio y una configuración de autoctonía que la hizo toda nuestra: fue el Refugio de los Pecadores y el Consuelo de los Afligidos. Participó en nuestras luchas libertarias y recibió el bastón de mando de los generales y siempre estuvo junto a nuestro pueblo en los avatares de nuestras vidas republicanas, gozando con nosotros, o mostrándose doliente y sufrida con nuestros padecimientos. Compañera siempre en todos los azares de nuestra vida.

Modernamente se habla mucho de liberación femenina en lucha por asen-

tar sus derechos. El pueblo mismo todo entero en la América Latina gime de dolor y espera su gran liberación. Extráense entonces aquellos versículos del Magníficat en que María habla "casi desafiando las costumbres y la mentalidad de su época y afirma la dignidad y los derechos inalienables de la persona humana y más en particular de los pobres, los marginados, los perseguidos, los despreciados, entre los que se encontraba también incluida la mujer de ese tiempo" (3).

Surgirá entonces la Virgen Liberadora. Y así en cada época. Porque no cabe duda que en las imágenes nuestras y en nuestros santuarios marianos se ha producido una especie de encarnación de María para nosotros. Para usar una frase de Puebla, "Como el de Guadalupe, los otros santuarios marianos del Continente son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana" (4). Por eso nuestro pueblo la siente no solo cercana, sino suya; y lleno de fervor, se la apropia no consciente que nadie se la arrebate. Ahí encontramos los valores y los peligros de la fe popular y de sus manifestaciones externas.

Las correcciones necesarias

La devoción a María, como todo fenómeno humano puede analizarse en sus varios componentes y podemos verla que consta de expresiones dictadas.

- por las circunstancias históricas,
- por la sensibilidad y la psicología de los creyentes,
- por las diferentes tradiciones culturales de los pueblos.

Estos elementos pueden cambiar con el cambiar de los tiempos, y esto no es malo. Lo contrario sería lo malo. Es decir el que por rutina o tradicionalismo nos aferráramos a formas caducas que fueron buenas en otro tiempo pero que ahora ya no se adaptan a las nuevas formas culturales o sociales.

Que solo por estar vinculadas a la Virgen Santísima tolerásemos o fomentásemos formas falsas o desviadas en el culto mariano. Paulo VI en la "Marialis Cultus" recordaba algunas de estas desviaciones:

— La vana credulidad
— El sentimentalismo estéril
— el afán de novedades curiosas
— la mezcla de intereses personales, comerciales, económicos (5).

Todos debemos examinar nuestra devoción a María para rectificar la mira y los instrumentos todos de abordo que conducen nuestra nave espacial, no hacia la luna, sino hacia la Reina del cielo y en resumen hacia Dios, el Señor del universo.

Caracteres propios de la devoción a María

El Papa Paulo VI en la **Marialis Cultus** apunta cuatro notas características que debe tener el culto mariano en la Iglesia de hoy. Valdrá la pena recorrer

estas características que no pueden faltar jamás en nuestra devoción mariana. Cuando nuestra devoción a la Virgen Santísima se haya vuelto algo absoluto de por sí, es evidente que hemos errado el camino. Cuando convertimos a María en el punto último de nuestro itinerario de fe, estación terminal de nuestra vida cristiana, María misma no aprueba nuestra conducta. Ella misma no quiere ser otra cosa que el camino que nos conduzca a Cristo y nos haga manifiestas las obras de Dios.

La primera nota que apunta el Papa es la

a) Nota trinitaria: ya que el culto mariano es parte del culto cristiano.

Ahora bien, todo el culto cristiano, o mejor, toda la vida cristiana debe estar impregnada y penetrada de esta vivencia trinitaria pues debe ser "un culto al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo" (6). Todo el honor tributado a María, sin terminarse en Ella, debe llegar hasta la Trinidad Santísima, que ha ensalzado tan grandiosamente a María hasta las cumbres de la santidad. Nuestro afán será precisamente ir recorriendo las grandes verdades de nuestra fe llevados de la mano de María. Ella fue templo purísimo de la Trinidad. Leeremos en los misterios de su vida, desde la anunciación del ángel la presencia y la realidad actuante de las Divinas Personas en nuestro mundo terreno y nos iremos familiarizando cristianamente con el misterio trinitario en nosotros.

Precisamente la "Redemptoris Mater" se abre con un hermoso texto trinitario tomado de la Carta de los Gálatas; observemos en él la mención particularizada de las Tres Divinas Personas: "Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de Mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley, para que recibieran la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!" (Gál 4,4) (7).

b) La segunda, la Nota cristológica: María definitivamente ha quedado inserta en la economía salvífica, allí donde Cristo posee el primado absoluto.

Todo Converge a El, todo hace referencia a El.

"Efectivamente -nos dice el Papa- la meditación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también participada" (8).

Honrando a María honramos a Cristo que se complació en honrar de tal modo a su Madre y nos indignaremos siempre de aquellos hermanos nuestros que creen hacer honor a Cristo deshonrando a su Madre.

c) Es la tercera la Nota pneumatológica: Descubrir la importancia de la intervención del Espíritu Santo en María, significa poner a la luz una riqueza teológica y espiritual incomparable de la tradición cristiana y subra-

yar un momento culminante de la acción del mismo divino Espíritu santificador en la Historia de la Salvación.

El Espíritu Santo, de "Dios desconocido" (cfr. Hch 17,23), en estos últimos tiempos casi se está volviendo el Dios de moda de ciertos círculos cristianos, mientras para otros sigue siendo por lo menos el "Deus absconditus" que obra en silencio. Es la era de la Iglesia, la tercera edad del trabajo silencioso pero potente del Espíritu, y San Pablo nos ha amonestado, casi como un test de desafío que "Aquellos que se dejan guiar por el Espíritu, ésos son hijos de Dios" (Rom. 8,14). María es quien mejor nos puede iniciar en esta ciencia arcana de la docilidad a la conducción del Espíritu, cumbre certera de la vida espiritual.

d) Viene finalmente la **Nota eclesial**; Destaca el puesto que ocupa María dentro de la Iglesia. María -como dice el Concilio- "en la Iglesia de Dios ocupa, después de Cristo, el puesto más alto, al par que el más cercano a nosotros" (9). Se comprende mejor a María mirándola a través de lo que es la Iglesia. Tal como se comprende mejor a la Iglesia si se la ve a través de lo que es María. Este es un camino nuevo en que se ha embarcado la mariología con admirables resultados. Puede, por otra parte decirse que no es nuevo, sino al revés el más antiguo de todos. Y hasta podría decirse que de aquí nació la mariología en sus raíces más antiguas y primitivas, en Justino y en San Ireneo. Los mismos títulos tan conocidos que con naturalidad ahora aplicamos a María de Esposa y Virgen, de Madre de los Vivientes y Esposa del Espíritu Santo, y nueva Eva, primitivamente, antaño, dijéronse de la Iglesia. Hay, en efecto, entre María y la Iglesia tantos elementos comunes que resulta útil para una mejor comprensión de nuestra fe emparejarlos y compararlos. El Papa en la **Redemptoris Mater** se extiende largamente sobre este punto en su encíclica (10). María y la Iglesia son fruto de la acción santificadora del Espíritu Santo. María Virgen por su integridad corporal y por su entrega absoluta sin tacha ni mengua en total fidelidad a Dios. La Iglesia Virgen sin deficiencia ni falla en su fe amorosa de entrega al Esposo Cristo. María Madre de Cristo, la Iglesia Madre y engendradora de Cristo en las almas. Ambas guardan y atesoran celosamente la Palabra para meditarla en su corazón. Ambas están unificadas en su acción apostólica que tiende a hacer continuamente presente el Reino de Dios en las realidades del mundo. Finalmente María glorificada en el cielo, muestra a la Iglesia el término adonde ha de llegar, y es como la realización esplendorosa de lo que la Iglesia misma un día llegará a ser como "Novia del Cordero" (cfr. Apc. 21,9).

Nuevos elementos de orientación

Junto a estas notas características que debe tener nuestra devoción a María, ponía el Papa Paulo VI cuatro orientaciones para revitalizar el culto a María y casi como piedra de toque de su legitimidad y hasta me atrevería a decir de su consonancia con los nuevos tiempos que vive la Iglesia

1.- Orientación bíblica: Necesidad y realidad de nuestro tiempo en todos los sectores de la vida cristiana y de la teología. Nos encontramos frente a uno de los fenómenos que caracterizan este tiempo nuevo de la Iglesia. La Bíblica cada vez más insistentemente va apareciendo en las manos de los fieles. Puede decirse que la difusión de la Biblia entre el Pueblo cristiano es una de las bendiciones que ha derramado sobre nosotros el Espíritu Santo después del Concilio. Con razón decía Mons. Echeverría en la Iglesia de San Francisco al pregonar el comienzo del Quinto Centenario de la Evangelización de América, que si la primera evangelización se había hecho con la cruz en la mano, esta segunda etapa de la evangelización había de hacerse con la Biblia en la mano. Florecieron por todas partes al paso de los misioneros las cruces. No hubo camino, no hubo cumbre, no hubo encrucijada donde no brotara este árbol singular descarnado pero sólido; aparentemente sin fruto, pero el más fecundo de todos, y era la señal inequívoca de la presencia del cristianismo y de la Redención. Así ahora va a ser indispensable que la Biblia se convierta en el libro del cristiano. Desde que aprenda a leer hasta cuando sus ojos cansados declinen a la luz de la vida. Que el Libro de Dios le abra los misterios de la vida y le entregue la Historia de la Salvación y le ilumine no menos los arcanos de Dios y la nueva vida sobrenatural y eterna. Que en todas sus páginas le pregone "el sublime conocimiento de Jesucristo" (Fil 3,8).

Claro está que aquí puede en nuestro espíritu infiltrarse una duda: y ¿qué encontramos en la Biblia sobre María? ¿No es muy poco lo que sus páginas consagran a la Madre de Dios? ¿No surgen, incluso, de allí verdaderas objeciones contra la Virgen, según nos esgrimen a diario los hermanos separados?

René Laurentin decía hace algunos años que fue lamentable que, allá en los comienzos de la Reforma, tanto católicos como protestantes se pusieran de acuerdo en que la Biblia tenía muy poco -casi nada- sobre María; con lo que entre los Católicos cundieron las milagrerías y los relatos de apariciones o las fantasías de las leyendas (enderezados a suplir esta falta). Entre los hermanos protestantes, en cambio, se volvió pretexto para excluir a María de la teología, de su culto y totalmente de su vida.

Debemos decir que en la Biblia hay mucho más de lo que se ha creído, que en las páginas inspiradas hay todo lo que necesitamos saber sobre María. Nos lo ha mostrado el Concilio renovando enteramente, a base de la Biblia, la presentación que habitualmente se hacía de María. Nos lo ha mostrado Paulo VI y más recientemente la encíclica de nuestro S. Padre Juan Pablo II, Redemptoris Mater.

2.- Orientación litúrgica: La liturgia "constituye una regla de oro para la piedad cristiana", como dice el Papa Paulo VI (11). Las devociones marianas tienen que estar en armonía con la liturgia y de ella han de extraer la inspiración. La oración litúrgica ha de ejercer una función educadora en la devoción popular. En gracia de los sacerdotes sobre todo, me permito aquí atraer la atención sobre un punto concreto. Acaban de aparecer los nuevos misales que traen una colección de misas nuevas para las fiestas de la Virgen. Me ha sorprendido la riqueza bíblica y teológica de los nuevos textos. No so-

lo en las lecturas tomadas de la Biblia, sino en los prefacios y colectas hay una densidad de contenido que debería servir para la meditación y para la predicación contribuyendo a renovarlas y revitalizarlas en profundidad. De este modo las devociones particulares y la liturgia no andarán disociadas y con vida autónoma.

3.- **Orientación ecuménica.** Constituye el ecumenismo una dimensión indispensable de nuestro cristianismo actual. Esto nos ha de llevar, lo primero de todo, a tomar en cuenta a los de la acera de enfrente. Hemos vivido solos y en paz como de puertas adentro con nuestro cristianismo mariano y nuestras prácticas piadosas. Ahora nos sentimos observados por nuestros hermanos protestantes que están prontos a señalar y criticar cualquier cosa en que descubran un exceso o una desviación. Deberemos evitar todo aquello que legítimamente pueda ofender a otros cristianos (12). El Papa Juan Pablo II, por su parte, nos ha mostrado dos aspectos positivos de la devoción a María en este punto del ecumenismo. Lo primero, casi como una incitación a los hermanos protestantes, al presentarnos a María como el **modelo de cristianismo** ofrecido a todos los cristianos. "Es necesario, dice que los cristianos profundicen en sí mismos y en cada una de sus comunidades aquella **obediencia de la fe** de la que María es el primero y más claro ejemplo" (13). Atrae, lo segundo, el Papa nuestra atención sobre María como madre del Señor, destinada a ser "la Madre común de todos los cristianos" (14). Como dice Puebla: "María hace que la Iglesia se sienta familia" (15). Pero sobre este tema del Ecumenismo no debo extenderme más, puesto que nuestro colega don Enrique Villasís tuvo aquí mismo una muy competente exposición sobre dicho tema.

4.- **Orientación antropológica.** Una renovación eficaz del culto mariano no puede prescindir de las adquisiciones seguras y comprobadas de las ciencias humanas. Debe, en particular, tener en consideración la mentalidad, bien arraigada ahora, que pone al hombre y a la mujer en el mismo plano en la vida familiar, en la acción política y en el campo social y cultural. Cierto tipo de devoción se ha limitado a presentar a María como modelo tan solo por su vida de escondimiento, de humildad y de pobreza. La **Marialis Cultus** y no menos la **Redemptoris Mater** nos muestran a María como modelo, no precisamente por el tipo de vida que llevó, sino porque en su situación concreta "se apegó completamente a la voluntad de Dios" (16).

Es normal que los fieles expresen sus sentimientos de devoción a la Virgen Santísima según las categorías y las representaciones de su propia época (17).

Sin embargo, la devoción en sí misma no está ligada a los esquemas representativos y a las concepciones antropológicas de una determinada época cultural; por lo mismo sus expresioens concretas deben sujetarse a una ilustrada evolución.

La figura de María tal como emerge de las páginas del Evangelio contiene valores eternos, válidos para todas las épocas, de modo que siempre podemos mirarla como el espejo en que ha de mirarse de continuo la vida cristiana.

Amar, creer, imitar

Nadie ama sino lo que conoce. Si hemos de amar a la Virgen Santísima con un amor que no sea trasunto tan solo del sentimentalismo o la tradición familiar, necesitamos conocerla. Conocer sus sentimientos más hondos, conocer los móviles que guiaron su vida de fe -ella la peregrina de la fe- y la condujeron por los más arduos itinerarios hasta en la noche oscura del alma y la Pasión de las agonías del Calvario.

María será así el objeto no solo de nuestras alabanzas y plegarias sino el espejo de nuestra vida de cristianos. Imitando a María creceremos en la vida cristiana y nos acercaremos más a Cristo. Ella nos dará la comprensión íntima de Cristo.

Trono de la Sabiduría, es la Virgen Santísima también la celestial intercesora nuestra ante Dios y ante Cristo como lo fue en Caná. Encumbrada a la gloria del cielo, no se ha olvidado de nosotros. Antes bien, le podemos repetir las palabras que dirigió Mardoqueo a la Reina Ester y que la liturgia aplica a María: "¡Mira que si has sido ensalzada a esas alturas, es porque Dios quería que precisamente desde allí velaras por tu pueblo y por los que son de tu misma raza!" (Cfr. Est. 4,17).

He dicho.

---

(1). Puebla, n. 283. Juan Pablo II, Homilía de Zapopán, de 30 de enero de 1979

(2). Editorial Sal Terrae, Santander, 1988.

(3). L. Gambero en Nuovo Dizionario di Mariologia, pg. 428. Ed. paoline, Torino, 1985.

(4). Puebla, n. 282.

(5). M.C. n. 38; LG 67.

(6).

(7). R.M. n. 1

(8). R.M. n. 38; L. G. n. 60.

(9). L. G. n. 54.

(10). No. 42, 43, 44.

(11). M. C. n. 23.

(12). L. G. n. 67; M. C. n. 32.

(13). R. M. n. 29.

(14). R. M. m. 29-30.

(15). Puebla, n. 295.

(16). M. C. n. 35.

(17). M. C. n. 36.

MIRAR A MARIA Y MIRAR A LOS HERMANOS

Srta. Márita Sartari,
Directora del Mov. de Focolares

Excelentísimos Señores Obispos,
Reverendos Religiosos y Religiosas,
Queridísimos laicos.

El tema que se me ha confiado en la conclusión de este congreso Mariano, que he seguido con todos ustedes con gran interés, tiene por título:

"Mirar a María, mirar a los hermanos. Fundamentos de la Hermandad. Consecuencias".

En estos días se han dicho muchas cosas sobre María, interesantes y profundas. La Encíclica LA MADRE DEL REDENTOR es un manantial del cual brotará para la Iglesia siempre nueva luz para comprender a María en toda su grandeza y descubrir el designio del amor de Dios sobre ella.

En el capítulo de la mediación, nos parece comprender como María haya hecho la Voluntad de Dios, como ha amado a los hermanos, como ella sea nuestro modelo y como en un dolor abismal haya merecido ser madre -además que de Jesús- de todos los miembros del cuerpo místico.

Sobre estos puntos queremos hacer ahora una breve meditación acudiendo a la espiritualidad de Chiara Lubich, iniciadora y actual presidenta del Movimiento de los Focolares que represento.

Nos podemos preguntar ¿Cuál es la influencia de María en el hombre de hoy y en la sociedad contemporánea?

María ofrece al hombre de hoy una espiritualidad moderna, un modo de vivir el cristianismo en esta época, afrontando los problemas actuales y abriéndolo a los horizontes mostrados por el Concilio Vaticano II.

"La influencia de María sobre el hombre de hoy".

María, invita al hombre de nuestro tiempo a **una gran elección**: le indica cuál debe ser la finalidad por la cual vivir, cuál ideal debe animarlo: qué es lo que debe poner en el primer lugar de su vida.

Hoy, como siempre, los hombres, todos los hombres, quieren dar un por qué a su propia vida y actuar bajo el empuje de un ideal por alcanzar. En el mundo occidental, por ejemplo, **el ideal que más cautiva a las masas es la plena autonomía de la propia personalidad individual.** Se diría que hay un esfuerzo de la humanidad para convertirse en autónoma y adulta; hay una búsqueda para ser, **pero que se dirige más al tener que al ser.** En concreto, este modo de ver las cosas se traduce para los adultos de hoy, en una exigencia **de bienestar y de libertad en todos los campos.**

Aunque haya también aspectos positivos en estas tensiones, como la defensa de los derechos humanos, de la libertad, de un mínimo de bienestar, de la paz, de la seguridad, no se puede negar que tal visión de las cosas resulta un tanto negativa y peligrosa.
Para alcanzar estas metas, el hombre moderno a menudo se compromete a superar barreras y prejuicios, pero también valores del pasado que no se pueden descuidar ni renunciar. Además, él pone en segundo lugar y a menudo descuida, la dimensión trascendente de la vida y las reglas éticas tradicionales. Son todas tendencias censurables que influeyen también, de una u otra forma, sobre la gente que cree, especialmente sobre los jóvenes.

Y he aquí que María, conociendo cómo la realidad no se limita a esta tierra, habla al corazón de estos hombres y los invita a no hacer de la afirmación de sí, de la propia autonomía y del bienestar (todos ideales destinados a pasar) el fin por el cual vivir, sino a poner en el primer lugar, en la propia alma, a Dios, así como ella lo hizo.
María vivió de Dios, de la fe en Dios. Para ella Dios lo era todo. Por otra parte, es solo Dios el que da pleno sentido a la vida que llevamos sobre esta tierra; es solamente El quien da significado a la vida ultraterrena, que aunque a menudo el hombre moderno no la tiene en cuenta, existe y no terminará nunca.
Si, es necesario que el hombre de hoy haga esta gran conversión: que no sea más él mismo el centro de su interés, sino Dios.
Cómo presenta María a Dios, al hombre de hoy?
Lo presenta en su verdadera realidad, lo presenta como amor. El Dios verdadero, el Dios de los Cristianos, es Amor. María sabe que presentando a Dios en su verdadera esencia, el hombre pronto se dará cuenta de que no está solo para vivir su propia existencia; que está con él Alguien que lo ama, que lo piensa, que es para él más padre que un padre terreno. Comprenderá que si ese Padre ha sido capaz un día de mandar a su Hijo a la tierra a morir por él para salvarlo de las ataduras del pecado, puede estar seguro de que sabrá intervenir en cualquiera de sus necesidades, como dice Jesús cuando afirma: "No se afanen, diciendo, ¿qué comeremos? ¿ qué beberemos? ¿con qué nos vestiremos? (. . .) vuestro Padre Celestial ya sabe de qué tienen necesidad" (Mt. 6,31).
Creer, por lo tanto en Dios Amor. Vivir la propia existencia en esta fe. Poder repetir de sí mismos cuanto ha escrito el Evangelista San Juan: "Y nosotros hemos creído en el Amor" (1 Jn. 4,16).
Pero no basta limitarse a creer que Dios ama al hombre, María enseña que es necesario que el hombre corresponda a su amor con el propio amor. Es necesario amar a Dios.
Hay una palabra del Evangelio que indica claramente el modo de amar a Dios. Ella dice: "No aquel que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7,21).
Se puede pensar que para amar a Dios sean suficientes expresiones verbales o

que sea una cuestión de sentimiento. No: Amar a Dios significa hacer su voluntad. No hacer la propia voluntad sino la de Dios.
Y esto significa: no programar en la propia vida algo limitado e insatisfactorio, sino abandonarse y cumplir el designio que Dios -en su Amor- tiene sobre cada uno de nosotros.
Hoy el programa de muchos hombres modernos es el de una buena sistematización económica y de una buena posición social. El trabajo es visto como un medio para tener a disposición mayores instrumentos de bienestar. El tiempo libre se orienta a la búsqueda de experiencias, de conocimientos, de placer. Toman un gran relieve los viajes, el turismo, los espectáculos.
Como se ve es un programa únicamente terreno, que ha perdido todo aliento cristiano, que da poca felicidad aquí sobre la tierra y no prepara para la vida eterna. Un programa que no conoce sobre todo lo que el hombre, si vive como hijo de Dios, puede experimentar ya en esta vida.
Programar el cumplir en el curso de la vida terrena no la propia sino la voluntad de Dios, es prepararse a hacer de la existencia una maravillosa aventura divina. Quien lo ha hecho así, como María o como los Santos, sabe qué extraoridinarias sorpresas le reserva.
Haciendo la voluntad de Dios, el Señor responde verdaderamente a nuestro Amor con su amor. Si nosotros damos con generosidad de lo nuestro a los hermanos, El nos colma de bienes con sobreabundancia; si buscamos su Reino, nos da en exceso cuanto necesitamos; si lo ponemos a El en el primer lugar de nuestro corazón, anteponiéndolo a los parientes y a todo bien, El nos retribuye según su medida, es decir, nos da el ciento por uno, y con el céntuplo nos da también la vida eterna.
Por lo tanto, hacer la Voluntad de Dios! Ella se expresa de diversas maneras: nos habla en nuestra conciencia o a través de los deberes de nuestro estado; otras veces es la voz de los mandamientos de Dios. También se le descubre en los acontecimientos.
Hay una voluntad de Dios expresada en un mandamiento de Jesús, que María subraya de modo particular.
Es aquella que se refiere al amor al prójimo. Es importantísima, porque, al final de esta vida, seremos examinados sobre ella. Jesús nos dirá: "Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber; era forastero y me hospedaste; desnudo y me vestiste; enfermo y me visitaste, encarcelado y viniste a verme". (Mt. 25,35-36).
Nosotros debemos vivir este amor al prójimo con todas las personas que encontramos durante el día, sabiendo que Jesus considera hecho a él mismo cuanto hacemos para con todos. Serán nuestros familiares a quien vestimos, alimentamos, consolamos, aconsejamos. . . Serán los colegas del trabajo; será la sociedad a la que debemos amar sirviendo en las oficinas, en las escuelas, en el parlamento. . . .
Debemos amar a todos, sin excluir a nadie. Debemos, amar también a los enemigos.
Esto es cristianismo.
Pero el amor cristiano no tiene una sola dirección. No está dirigido unica

mente hacia los otros. Debe también volver a nosotros. De hecho, una joya del Evangelio de Jesús es el amor recíproco, la caridad recíproca, especialmente entre cristianos: "Amense unos a otros como yo los he amado" (Jn. 15,120. María, tomada por las palabras de Jesús, nos recuerda que este mandamiento agrada particularmente a Jesús porque lo dice suyo y nuevo. Esta es la síntesis del Evangelio y el corazón de las enseñanzas de Jesús. El hecho es que Jesús, cuando vino a la tierra, no ha partido de la nada como cada uno de nosotros, sino que ha partido del Cielo.

Es como un emigrante, cuando va a un país lejano, se adapta sin duda al nuevo ambiente, pero lleva consigo sus propias costumbres. y a menudo continúa hablando su propio idioma. Así, Jesús se adaptó en todo a la vida de los hombres en la tierra, pero trajo -porque era Dios- el modo de vivir de la Trinidad que es amor, amor recíproco.

Así quiere El de nosotros, y así también lo quiere María. Ella, a quien Jesús en la cruz la hizo Madre nuestra cuando la confió a Juan, como bien explica la reciente encíclica del Papa "La Madre del Redentor", desea -como toda buena madre- que los hombres, sus hijos, se amen y se amen como Jesús los ha amado, muriendo si es necesario por ellos.

Los primeros cristianos habían comprendido la enseñanza de Jesús sobre el amor recíproco, la entendieron como punto central de la buena nueva y la pusieron en práctica con mucho celo. De hecho, la gente pagana que los miraba, decía de ellos: "Mirad. . . cómo se aman entre ellos. . . cómo están listos a morir el uno por el otro" (1).

Entonces tratemos también nosotros de amarnos, entre cristianos sobre todo, esforzémonos por poner esta caridad recíproca a la base de toda nuestra vida, como quiere la Escritura. No nos advierte Jesús que incluso si estuviésemos por hacer una ofrenda en el altar, pero nuestro hermano tuviera algo en contra nuestro, es mejor no hacer la ofrenda sino ir primero a reconciliarse con el hermano? He aquí cuán importante es el amor fraterno para El. Este es el cristianismo.

Y si amamos, todas nuestras acciones adquirirán valor, aunque sean pequeñas y humildes.

El amor recíproco vivido así, será fuente de una siempre nueva alegría en nuestra vida, será fuente de luz y de paz porque la caridad trae consigo los frutos del Espíritu.

Además, amándonos como Jesús nos ha amado, se comprobará un fenómeno sobrenatural en nuestra existencia: Jesús estará espiritualmente presente entre nosotros, porque El ha dicho: "Donde dos o tres están reunidos en mi Nombre, yo estoy en medio de ellos". (Mt. 18,20).

María ama de una especial manera esta presencia de Jesús entre sus hijos. Ella, que lo ha dado físicamente al mundo, no desea otra cosa que verlo vivo espiritualmente también hoy en el mundo, entre los cristianos.

Debemos, por lo tanto, empeñarnos en la caridad recíproca con todo nuestro corazón.

Porque si nos amamos, podremos irradiar el cristianismo ampliamente y con eficacia en la sociedad secularizada en que vivimos, porque precisamente por

nuestro amor recíproco, los hombres, incluso los de hoy, creerán, ya que está escrito: "Que sean uno en el amor) para que el mundo crea (Jn. 17,21). Y esto es lo que experimentaron los primeros cristianos.
Y tanta era la fuerza divina que emanaba de este modo de vivir el cristianismo, que en breve tiempo se habían difundido de tal manera que estaban presentes prácticamente en todas partes del mundo hasta entonces conocido, como afirma Tertuliano: "Somos de ayer y, sin embargo, ya hemos invadido toda la tierra. . ." (2).
Elegir a Dios Amor como ideal de la vida; hacer su voluntad para corresponder a su Amor con nuestro amor; sobre todo amar al prójimo y amarnos: estas son las primeras enseñanzas de María.
Pero no es suficiente: María da también al hombre de hoy una nueva explicación del dolor.
Ella afronta plenamente este problema, siempre presente en toda época, pero de manera especial en esta época, con todas sus contradicciones y grandes problemas en toda persona, al cual a menudo no se sabe dar una respuesta.
Pero, qué significado tiene para María el sufrimiento? Cuál es el mejor modo de afrontarlo?
Hoy en el mundo, -a excepción de una parte minoritaria que es creyente y prácticamente y, sobre todo, de una élite constituida por personas empeñadas en su vida cristiana-, el dolor es visto con miedo, porque no se le comprende y se tiende, por lo tanto, a no considerarlo. También los espectáculos, la T.V., la publicidad, tienden a presentar una imagen de bienestar y de seguridad. A la muerte, sobre todo, se la quiere olvidar como si fuera una realidad muy lejana, desviando con cuidado la propia atención de todo lo que hace sufrir y que se mira como una desgracia.
En cambio el misterio del dolor tiene un significado distinto.
Ha sido Jesús, quien nos ha dado una explicación con sus palabras y con su propia vida. El ha sufrido y ha muerto. Ciertamente todo ha sido causado por el mal, por hombres que lo condenaron, flagelaron y crucificaron. Pero El ha visto siempre en su dolor y en su muerte un motivo más profundo: el sufrió y murió para salvar a los hombres; ese era el precio para reunirlos con Dios, dado que estaban alejados por el pecado, y para reunirlos entre sí.
Y desde la hora en la que Jesús estuvo clavado en la cruz, también el dolor humano, todo dolor, ha adquirido un significado análogo al suyo.
El hombre sufre ciertamente por un factor negativo como un incidente, una enfermedad o una desventura. . . Pero Dios, que es Amor también para con él, como lo ha sido para Jesús, da otro motivo a su dolor: con él el hombre contribuye a la propia salvación, a la propia santificación, o coopera a la de sus hermanos.
Los Santos han conocido este nuevo modo de concebir el sufrimiento. De hecho, en cada dolor que llega, en cada cruz no ven solamente el aspecto externo, material y terreno, sino que perciben la mano de Dios que todo lo permite para que puedan obrar con Cristo el propio bien espiritual y el de los demás.
Ellos, mirando al Crucificado, han comprendido el valor del sufrimiento. Por

esto ellos se han identificado con él y han encontrado una profunda unión con Dios. Como Santa Calra de Asís que después de haberse detenido largo rato ante el crucifijo de San Damián, regresaba donde sus compañeras irradiando una luz que revelaba su acrecentada unión con el Señor.

Como San Buenaventura, que pasando espiritualmente a través de las llagas de Jesús, se inflamaba en esa hoguera del amor de Dios que es su corazón.

Como Santa Catalina de Sena, que con su binomio "sangre y fuego", enseñaba la necesidad de acoger al sufrimiento para "arder" de amor a Dios.

Hoy, María nos enseña un dolor particular de Jesús, aquel supremo dolor cuando en el culmen de su sufrimiento, gritó: "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?" (Mt. 15,34).

El Hijo de Dios tuvo en aquel terrible momento la impresión de que el Padre, que era uno con él, lo abandonase. Y el desgarro que probó en lo más íntimo de su ser fue tan abismal que no se puede explicar. Experimentaba en su divino corazón aquella separación de Dios, con todas sus consecuencias, que el hombre había adquirido con el pecado: su alma estaba sumergida en la obscuridad más negra, en la duda más atroz, en la total ausencia de paz; advertía todo el peso de nuestros pecados que había tomado sobre sí. . . Pero, a pesar de eso, él se entregó con total confianza al Padre: Padre, -dijo- en tus manos encomiendo mi espíritu". (Lc. 23,46).

María, centrando nuestra atención sobre Jesús crucificado y abandonado, quiere ayudarnos a encontrar la fuerza para superar toda dificultad, todo dolor aún los más graves, los más trágicos.

Si también nuestro corazón sufriera por alguna falta de paz, de tranquilidad, de seguridad, recordaremos el sufrimiento de Jesús. Si advirtiéramos la aridez, la obscuridad, la confusión dentro de nosotros, o si nos agobiara la duda o el peso de nuestros pecados, pensemos en El. Y entrando en lo más profundo de nuestro corazón, le diremos que queremos hacer como El: aceptar el dolor, darle nuestro sí. Si hacemos así y continuamos viviendo nuestra vida cristiana, experimentaremos, como por milagro, que cuando se abraza el dolor, especialmente si es espiritual, se transofrma, por una divina alquimía, en amor. Y con el sufrimiento bien llevado crecerá en nosotros la unión con Dios y ayudaremos a los otros a encontrarla o a consolidarla.

Finalmente, hay otra invitación que María hace a los hombres modernos. Los orienta a la fraternidad universal, a la unidad de la familia humana. Si bien nuestro planeta en nuestra época atraviesa por múltiples tensiones, María empuja a los hombres, de varias maneras, a la unidad y la quiere en las más variadas realidades. Quiere familias unidas, las diversas generaciones unidas, pide la unidad entre las razas, entre los pueblos, entre los cristianos y, como sea posible, con los fieles de otras religiones y también, al menos en el campo operativo, con todos los hombres que buscan el bien del hombre. Ella ama a toda la humanidad y desea la fraternidad universal.

He aquí, algunas exigencias que la Virgen manifiesta.

Sería conveniente que nosotros nos esforcemos por poner en práctica con total empeño, al menos uno de estos requerimientos. Y ello será suficiente para advertir algo verdaderamente nuevo en nuestra vida crisitana.

Ya millones de personas siguen estas indicaciones de María en el mundo, que son muy universales, con la consiguiente solución de muchos problemas personales, familiares y sociales, con la transformación de ellos mismos en auténticos apóstoles de una nueva civilización del amor.
María, que hizo de Dios el ideal de su vida, haga de manera que lo sea también para nosotros.
María, que hizo propia la voluntad de Dios en la encarnación y en toda su vida, nos ayude a cumplirla a la perfección.
Ella, que amó al prójimo como lo demostró en la visita a Santa Isabel y en las bodas de Caná, infunda en nuestro corazón esta caridad.
María, que vivió el amor recíproco con plenitud en la familia de Nazareth, nos ayude a ponerlo en práctica.
María, que supo ofrecer todos los dolores al pie de la cruz, fortifique nuestros corazones cuando el dolor nos invada.
María, que es madre universal, nos ensanche el corazón a toda la humanidad.
Con ella, la primera Laica de la Iglesia y con su espiritualidad, también nosotros que la mayoría somos laicos, podremos estar a la altura de la tarea que la Iglesia de hoy nos pide: trabajar por nuestra santificación que es vocación universal del hombre, contribuir a renovar y difundir la Iglesia; animar cristianamente las cosas y los asuntos del mundo en el cual estamos sumergidos. Y todo por la gloria de Dios y de su Madre.

NOTA *El texto de esta conferencia pertenece a Chiara Lubich, Fundadora del Movimiento de Focolares, y leído en el Congreso Mariano por Márita Sartori, miembro de dicho Movimiento.*

CONCLUSIONES

1.— En la devoción a la Santísima Virgen María, debemos evitar el fanatismo, el fetichismo, la idolatría, el materialismo, el milagrismo, la comercialización, los abusos con ocasión de las fiestas, el quedarse solo en María sin ir a Jesús y la falta de evengelización y catequesis.

2.— Para orientar adecuadamente la devoción a la Santísima Virgen María, nos proponemos evangelizar y catequizar, especialmente en las escuelas y colegios católicos; defender las prerrogativas de María y usar un lenguaje apropiado al invocarla; fomentar el rezo del santo rosario y el angelus; y usar los medios de comunicación social.

3.— Intensificar cada año la celebración de la festividad de la Anunciación el día 25 de marzo; aumentar la difusión por todos los medios posibles la práctica secular del rezo del Angelus tres veces al día; fomentar la devoción de los primeros sábados del mes en honor de la Santísima Virgen e intensificar la práctica de los Cinco Primeros Sábados en desagravio de todas las ofensas proferidas contra la Madre de Dios y realizar retiros espirituales cada primer sábado como medio de evangelización de los adultos. (Solicitud de las Comunidades Femeninas de Vida Cristiana, de las Hijas de María y de los Movimientos de Apostolado de Guayaquil).

DISCURSO DE CLAUSURA

Mons. Bernardino Echeverría Ruiz

No cabe duda de que Dios ha sido grande con nosotros. Nos ha permitido realizar este encuentro de espiritualidad, de intelectualidad, de solidaridad, de amor y de fe, justamente en este rincón de la ciudad de Quito donde se evocan los más bellos episodios de nuestra historia, donde se han dado cita en un capítulo de nuestra historia, los más altos representantes de los Gobiernos: Presidente de la República y presidentes de nuestros Congresos Nacionales, para realizar actos de eterna trascendencia, como aquel de la Consagración de nuestro pueblo al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. En este bello rincón de Quito, donde se levanta el monumento más grande que ha dedicado nuestro pueblo a la gloria del Señor, con esta Basílica del Voto Nacional que nos evoca recuerdos sagrados y emocionantes; no hay duda, decimos, que es un regalo de Dios el que hayamos podido reunirnos en este lugar, donde hemos evocado la memoria de ese gran ecuatoriano, insigne ciudadano, ilustre legislador, verdadero sacerdote del Señor y profeta de nuestro tiempo, Julio María Matovelle, y que nos hayamos congregado para realizar este encuentro en nombre de María que, según el criterio de todos sus participantes, ha sido un encuentro de fraternidad, un encuentro de intelectualidad, un encuentro de fe, un encuentro de amor. Estoy persuadido de que el capítulo de la historia de la Iglesia que estamos cerrando en este instante, pasará a ser uno de los más gloriosos y trascendentales de nuestra historia.

Yes aquí, una vez más, que hemos sentido el espíritu de Dios moverse en nuestras almas, aquí hemos sentido la presencia de María como la Reina de nuestra Patria, aquí nuestros espíritus se han sentido vivificados por la fuerza del Espíritu Santo.

Por esta razón creo un deber de mi parte, finalizar estas jornadas, dirigiendo, en primer lugar, nuestro pensamiento a Dios, para darle gracias por los singulares beneficios que aquí hemos recibido; todos hemos sentido el aleteo del Espíritu Santo, a través de las brillantes y profundas intervenciones de quienes han tomado la palabra, en nombre del pueblo ecuatoriano, durante las sesiones del Congreso. Siento también la necesidad, de volver mis ojos inundados de lágrimas de gratitud a Nuestra Madre de los Cielos, la Virgen Santísima, para decirle nuestra palabra sencilla y filial de acción de gracias, por todos los beneficios espirituales que hemos recibido en esta semana. Antes determinar estas inolvidables jornadas de espiritualidad, unamos una vez más, nuestras voces para dar gracias a la Madre de Dios y Madre nuestra por los beneficios tan grandes que hemos recibido al habérsenos permitido celebrar este Cuarto Congreso Mariano Nacional.

Asimismo quiero en este instante cumplir con un mandato de mi corazón, y es el de agradecer con toda el alma, por la generosa y decicida colaboración de quienes han trabajado en la celebración de este Congreso. Pienso,

en primer lugar, en los miembros que formaron la comisión organizadora que durante estos últimos meses nos dimos cita en la sala de sesiones de la Conferencia Episcopal, para preparar este Congreso; pienso asimismo en los brillantes expositores en los diversos días del Congreso. No hace falta que exalte los méritos de esas intervenciones, porque las lleváis vosotros dentro de vuestro corazón, como el mejor recuerdo de estos días de cielo. Pienso asimismo en todos los que han acudido a este Congreso Mariano Nacional. trayendo la característica de nuestras diferencias propias de los diversos lugares de donde venimos, junto con el sello de nuestra identidad de ecuatorianos que se manifiesta en nuestro acendrado amor a María y en nuestro propósito de vivir las gloriosas tradiciones de fe que hemos recibido de nuestros mayores.

Finalmente, quiero presentar la expresión del más profundo reconocimiento, también a la Conferencia Episcopal que encargó a una Comisión integrada por miembros de la Conferencia y de la Academia Nacional Mariana, la realización de este Congreso; agradecemos asimismo a la Comunidad de Padres Oblatos por habernos facilitado esta celebración, no solamente cediéndonos los locales, en los que se ha realizado el Congreso, sino atendiendo de manera muy gentil a todos sus participantes. Por esta gratitud, desearía que formulemos todos un voto por la pronta glorificación del Siervo de Dios, Padre Julio María Matovelle. Finalmente, siento la obligación de dejar constancia de este reconocimiento para el Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, que ha querido participar, asiduamente, en todas las sesiones del Congreso, honrándolo con su presencia e iluminándolo con su sabiduría.

Los que preparamos la realización de este Congreso, podemos sentirnos contentos, pues, a más de haber conseguido cumplir con la voluntad de la Conferencia Episcopal, hemos también podido ofrecer uno de los Congresos más importantes que se han celebrado bajo el nombre y la protección de la Santísima Virgen María. Pero también queremos destacar que, un Congreso como el que acabamos de celebrar era una ineludible necesidad.

Ciertamente nuestra celebración del Año Mariano Internacional, hubiera sido incompleta si no hubiéramos programado un acontecimiento de caracter nacional como este Congreso que ha logrado congregar, bajo el manto de María, a todo el pueblo ecuatoriano, a representantes de todas las Diócesis del Ecuador, que no solamente han enviado sus delegados, sino que también se han hecho presentes por los distinguidos personajes que han presentado sus brillantes intervenciones como expositores del Congreso.

Pero si este Congreso quiso, ante todo, sintonizar con el pensamiento del Santo Padre, si escogió su maravillosa Encíclica Redemptoris Mater para elaborar el plan de exposiciones, también es verdad que este Congreso se ha realizado con una doble inspiración inmediata. Dos acontecimientos han servido de marco coyuntural para la realización del mismo. Estos dos acontecimientos son: en primer lugar, la Consagración de la Basílica del Voto Nacional, y, en segundo lugar, la celebración de un Congreso Eucarístico de caracter nacional. La consagración de la Basílica del Voto Nacional es un acontecimiento trascendental en la historia del pueblo ecuatoriano, es la culminación de un itinerario sostenido durante todo un siglo, es el cumplimiento

de un compromiso contraído por las más altas autoridades de nuestra Patria. La construcción de la Basílica del Voto Nacional, si bien nació en el corazón de algunos sacerdotes que quisieron perpetuar el singular hecho de la Consagración del pueblo Ecuatoriano al Sagrado Corazón de Jesús, en realidad fue un compromiso contraído por el Gobierno del Ecuador, quien, con un decreto formulado por el Pentavirato en 1893, resolvió construir este templo con fondos del Estado, aunque contando también con la contribución de la Iglesia y de sus fieles.

Desgraciadamente la decisión de construir el templo votivo tuvo que estrellarse con acontecimientos históricos que cambiaron el rumbo de nuestra Patria. La revolución liberal y las leyes persecutorias contra la Iglesia, que caracterizaron a esta revolución, fueron causa para que el decreto del Gobierno quedara sin aplicación.

Como los planos de la Basílica exigían grandes sumas de dinero para su construcción, el propósito de construir la Basílica del Voto Nacional se estrelló también contra la carencia de los fondos necesarios para tal propósito. Ciertamente, la Congregación de los Padres, Oblatos del Padre Julio Matovelle ha trabajado tesoneramente para cumplir con el compromiso de levantar el templo, pero todos sus esfuerzos tuvieron que estrellarse una vez más ante la falta de los recursos necesarios para una obra de tanta envergadura.

La divina Providencia ayudó a resolver este problema, gracias a la ayuda eficaz y decisiva dada por el actual Gobierno del Ing. León Febres-Cordero, para la terminación del templo. Sin esta ayuda hubiéramos tenido que esperar otros cien años, antes de ver realizado el compromiso del pueblo ecuatoriano.

Prácticamente el Templo Votivo está ya terminado, para completar la obra faltaba solamente el acto de la consagración del mismo. Este acto de la consagración debía revestir toda la solemnidad y grandeza, porque esta oportunidad ha permitido al pueblo ecuatoriano identificarse con su pasado de gloria, y, sobre todo, revivir el gran acontecimiento de su consagración al Sagrado Corazón de Jesús. El Congreso Mariano fue concebido justamente como el marco histórico dentro del cual debía realizarse este singular acto de la consagración del Templo Votivo.

Otra circunstancia contribuyó también a pensar en la celebración de este Congreso Mariano. Esta circunstancia fue la resolución de la Conferencia Episcòpal, de celebrar el Quinto Congreso Eucarístico Nacional en la ciudad de Guayaquil. Cuando la Conferencia anunció este hecho, mediante el Pregón del mes de Julio de 1987, escogió un hermoso slogan. "Con María al encuentro de Cristo, Pan bajado del Cielo".

Esto significaba que el Congreso Eucarístico iba a tener un carácter también mariano, coincidiendo en este caso con la decisión de la nación hermana, el Perú, que al celebrar el V Congreso Eucarístico Bolivariano, quiso que fuera un Congreso Mariano-Eucarístico. En esta forma, la Iglesia peregrina, caminando siempre, de acontecimiento en acontecimiento, avanza hacia su meta que es el verdadero encuentro con Cristo, objetivo también del Año Mariano Internacional.

Pero al celebrar el Congreso Mariano Nacional, en conexión con la Consagración de la Basílica del Voto Nacional, espontáneamente nos ha venido a la memoria otro gran acontecimiento que tiene que ver directamente con la consagración. Nos referimos a la Consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús, consagración que colocó al pueblo ecuatoriano en un pedestal de gloria, del que no han podido removerle ni los más violentos ataques de los encarnizados enemigos de la fe. Y al pensar en la Consagración como un episodio de nuestra historia, no podemos eludir el desafío que ese glorioso hecho plantea al pueblo ecuatoriano. Hoy nos preguntamos: ¿el hecho de la Consagración del pueblo ecuatoriano, es solamente un recuerdo histórico o continúa siendo una realidad vivencial también en la hora presente? Ante este reto yo creo que debemos confesar con humildad que en la hora presente, la consagración oficial de nuestro pueblo al Sagrado Corazón, más que una realidad, es solamente un recuerdo, un capítulo de nuestra historia. Nada más, un capítulo de nuestra historia.

Esta consideración nos plantea un nuevo desafío. ¿Debemos permanecer indiferentes ante este olvido de nuestra obligación de pueblo consagrado al Corazón de Jesús?, o ¿tenemos la obligación de hacer algo para hacer, también en nuestro tiempo, verdadera la consagración de nuestro pueblo al Sagrado Corazón de Jesús? Creo que esto es para nosotros un insoslayable desafío y en ello he pensado al presenciar la entrega que hizo la delegación del Colegio de San José de la Salle de Guayaquil, solicitando que, como preparación para el Congreso Eucarístico Nacional que se va a celebrar en Guayaquil, se emprenda en una valiente cruzada por llegar al alma de nuestro pueblo, para pedirle que al celebrar los quinientos años de evangelización de nuestro Continente, y los cuatrocientos cincuenta de la evangelización de nuestra Patria, hagamos todo lo posible para crear un ambiente social que nos permita volver a ratificar nuestra consagración al Sagrado Corazón de Jesús, con mayor conciencia de lo que esto significa. Qué hermoso sería si para el año 1992 en que celebramos dos grandes acontecimientos, el centenario de la colocación de la primera piedra de la Basílica junto con la declaración del Patronato del Inmaculado Corazón de María para el pueblo ecuatoriano, pudiéramos ratificar solemnemente nuestra consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

Creo que valdría la pena emprender en una fervorosa cruzada de entronización de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en todos los hogares cristianos de nuestra Patria, para por medio de un numeroso ejército de apóstoles comprometidos, emprender en una campaña, puerta a puerta, para dejar la imagen del Corazón de Jesús, juntamente con un mensaje evangelizador que estimule al pueblo cristiano a vivir su compromiso de seguidor de Cristo.

Esta campaña de puerta a puerta es tanto más necesaria en la hora presente, cuando, valiéndose justamente de este mismo procedimiento, las innumerables sectas que están creando la rotura del alma de nuestro pueblo, lo utilizan para su campaña de proselitismo que alarma por su agresividad y es cada día más dolorosa por las deserciones que hemos tenido que presen-

ciar de tantos hermanos nuestros que un día entraron con nosotros en las mismas Iglesias, y nos arrodillamos delante de las mismas imágenes para decir nuestras mismas oraciones, en momentos de iguales necesidades. Esta práctica sencilla de visitar los hogares para dejar en cada familia un mensaje evangélico, ha producido grandes éxitos en campañas similares. Yo por mi parte, creo que la obra de la evangelización, ya no es la que hacíamos ayer desde el púlpito de las Iglesias, sino la que debemos hacer, entrando en cada casa, para crear una nueva conciencia que, identificándose con su pasado de fe, pueda ser la respuesta que debemos dar los católicos en la hora presente para cumplir el mandato de Cristo, de ir a enseñar a toda criatura lo que Cristo enseñó a los primeros discípulos.

Sería muy bello, si en este día en que terminamos nuestro Congreso Mariano Nacional, día en el que providencialmente celebramos también justamente la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, nos comprometamos como protagonistas de este Congreso a realizar esta gran cruzada que servirá de inmediato como una maravillosa preparación para el V Congreso Eucarístico Nacional. Esto servirá también para celebrar con alegría y con esperanzas renovadas, los quinientos años de la Evangelización de nuestro Continente.

Muy estimados amigos y compañeros de estas jornadas del Cuarto Congreso Mariano Nacional, al declarar clausurado este Congreso, grabemos firmemente en nuestro corazón el compromiso de que vamos a emprender en una dinámica cruzada de la entronización del Corazón de Jesús en los hogares, para dar con ello un paso hacia adelante, en la obra nunca terminada de la evangelización de nuestro pueblo. Muchas gracias.

ORACION PARA EL AÑO MARIANO

1. Madre del Redentor, en este año dedicado a ti, exultantes de gozo te proclamamos bienaventurada. Dios Padre te eligió antes de la creación del mundo para realizar su providencial designio de salvación. Tu creíste en su amor y obedeciste a su palabra. El Hijo de Dios te quiso como madre suya, al hacerse hombre para salvar a la humanidad. Tu lo acogiste con solícita obediencia y corazón indiviso. El Espíritu Santo te amó como a su esposa mística y te colmó de dones singulares. Tú te dejaste modelar dócil a su acción escondida y poderosa

2 En la vigilia del tercer milenio cristiano, te confiamos la Iglesia, que te reconoce y te invoca como Madre. Tú que en la tierra la precediste en la peregrinación de la fe, confórtala en las dificultades y en las pruebas, y haz que sea en el mundo cada vez más eficaz signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano.

3. A ti, Madre de los cristianos, confiamos de modo especial los pueblos que celebran, en este Año Mariano, el sexto centenario o el milenario de su adhesión al Evangelio. Su ya larga historia está marcada por una profunda devoción a ti. Vuelve a ellos tu mirada amorosa; y fortalece a cuantos sufren por la fe

4. A ti, Madre de los hombres y de las naciones encomendamos llenos de confianza la humanidad entera con sus temores y sus esperanzas. No permitas que le falte la luz de la verdadera sabiduría. Guíala en la búsqueda de la libertad y de la justicia para todos. Dirige sus pasos por los caminos de la paz. Haz que todos encuentren a Cristo, camino, verdad y vida. Sostiene, oh Virgen María, nuestro caminar en la fe y alcánzanos la gracia de la salvación eterna. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Madre de Dios y Madre nuestra, María!

Juan Pablo II

